

La vida secreta de la última
WICCANA

Gemma Taccón

D.J.57

La vida secreta de la última wiccana

Gema Tacón

La vida secreta de la última wiccana

Primera edición: Octubre de 2017

©Gema Tacón, 2017

Ilustración y diseño de portada ©Mónica Gallart, 2017

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781549784569

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

«La paciencia y la perseverancia
tienen un efecto mágico
ante el que las dificultades desaparecen
y los obstáculos se desvanecen».
John Quincy

Índice

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO 17

BIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

Prólogo

No recuerdo exactamente cuándo conocí a Gema Tacón ni la primera vez que crucé palabra con ella, pero hay una imagen que jamás podré olvidar: ella delante de un micrófono enumerando uno por uno los seres fantásticos que se había *cargado* en su última novela. Porque si hay algo que destacar de Gema, es esa vena a lo George R. R. Martin que le sale cuando imagina sus historias. Lo mismo te crea una con elfos y hadas que otra donde las princesas de toda la vida cambian el príncipe azul por una botella de ron. Y es que de historias se alimenta la imaginación del ser humano.

Todos —y me atrevería a decir que sin excepción— hemos creado alguna vez un mundo: nuestro mundo. En él, podemos ser o no los protagonistas. Quizá sean personas de nuestro entorno, quizá seres con los que una vez soñamos o quizá un suceso de nuestras vidas que nos dejó huella, y que de alguna manera queremos inmortalizar.

Ya sea de una forma u otra, en ese mundo nuestro se mezclará la realidad con la fantasía, e inconscientemente volcaremos nuestros anhelos, sentimientos, esperanzas y, sobre todo, nuestro ingenio e imaginación, porque, sin lugar a dudas, de esta última facultad rebosamos todos en mayor o menor medida —ahora sí, sin excepción—.

Dejando a un lado las interpretaciones de Freud, ¿quién no ha soñado alguna vez que vuela, que tiene poderes mágicos o que se verá envuelto en una batalla épica donde toda clase de criaturas lucharán por mantener el mundo a salvo?; ese mundo que hemos creado, ese mundo que es nuestro.

Gema Tacón, una creadora de mundos, una soñadora de leyendas —y una asesina de todo ser viviente que posea una pizca de magia—, ha hilvanado una historia donde no faltarán la brujería, seres fantásticos, un enemigo al que eliminar y el afán de un grupo de muchachos por salvaguardar su aquelarre.

Pero ¿cuánto de realidad y cuánto de imaginación hay tras estas líneas?

Gema, a pesar de no dejar títere con cabeza en sus escritos, lo que tampoco deja es la labor de documentación que toda novela que se precie lleva consigo, sea del género que sea. Se ha adentrado en el oscuro mundo de la brujería, centrándose en una religión en particular: la Wicca, destapada después de que las últimas leyes que perseguían la brujería fueran abolidas en 1952. Muchos son los que han negado su existencia, intentado así vilipendiar todo lo que esta religión conlleva, como son sus iniciaciones, sus dioses, el ocultismo, sus tradiciones y sus rituales. Pero a pesar de todos esos intentos por denostarla, la realidad es que, desde que salió a la luz, no ha hecho más que ganar adeptos, básicamente debido a los tres pilares sobre los que se sustenta: respeto a la vida sin ninguna

clase de sacrificios, firme creencia en la reencarnación humana y un uso de la magia que no vulnere las leyes de la naturaleza, que no se sobreponga a ellas ni las altere.

Pero Gema no se queda ahí. No. Porque otra virtud —y sin duda la que la convierte en una todoterreno— es su capacidad de trabajo y minuciosidad, llegando al punto de que el nombre de cada personaje tiene un porqué, un significado con respecto a la historia de cada uno, con lo que representa, donde se entrelazan la ciencia y el ocultismo, llevándonos de nuevo a esa frágil línea que separa la realidad de la fantasía.

Por lo tanto, es necesario volver a preguntarse: ¿Hasta qué punto se mezclan verdad e imaginación en esos mundos que creamos?

Bienvenidos al mundo de los Wiccanos.

C. Santana.

Capítulo uno

El funeral

Llevaba días sin dormir; no quería moverme de su lado. Deseaba que mi cara fuese lo primero que viera al despertar y lo último al cerrar sus preciosos ojos verdes. Salí un rato al pasillo y encontré a Rosa hablando con los médicos. Nunca habíamos tenido la típica relación madre e hija. De pequeña me fui a vivir con mi abuela y, un día, no recuerdo cuándo exactamente, dejé de decirle mamá y comencé a llamarla por su nombre.

Al acercarme, oí de pasada lo que llevaba un tiempo temiendo e interrumpí la conversación:

—¡Sé que saldrá de esta! ¡Lo sé; siempre lo hace! ¡Es la persona más fuerte que conozco! —le grité a los médicos, intentando que el caudal de lágrimas que tenía contenido no se desbordase de mis ojos. Ni siquiera miré a Rosa a la cara. Ella, simplemente, quería deshacerse del «muerto», nunca mejor dicho. No tenía ningún derecho a opinar.

—Anastasia, hija mía, ni ellos mismos saben cómo sigue viva. Lo más sensato es hacer lo que dicen los especialistas y dejará de sufrir.

Mi madre no comprendía lo que sus palabras podían llegar a herirme. Ella era mi amiga, mi compañera, mi confidente. Siempre fue la persona que estuvo allí cuando tuve un problema. Poseía la cualidad de hacerme sonreír, llorar o enfadar. Conseguía que todo el mundo hiciese lo que mejor le convenía sin que ni siquiera se diesen cuenta de que los estaba manipulando. Era mi heroína. No podía abandonarme; me negaba a que eso fuese así.

Escuchamos el alboroto de los médicos y las enfermeras dirigiéndose al final del pasillo, que era justamente donde mi abuela se encontraba. Corrí tras ellos y, justo antes de entrar en la habitación, golpeé en mi carrera a un hombre mayor que andaba con un bastón, tirándoselo al suelo y casi derrumbándolo a él también. Paré precipitadamente, lo recogí y se lo devolví. Cuando nuestras manos se rozaron, se me erizaron los vellos de todo el cuerpo. Sentí como si una extraña energía saliese del hombre y entrase por los poros de mi piel, soltándome una pequeña descarga eléctrica. Lo miré más detenidamente y me sonrió. Tenía lo que en su día debieron ser unos picarones ojos marrón chocolate, rodeados por unas marcadas arrugas de la edad. Su pelo, totalmente blanco, estaba cubierto por una gorra, poco habitual para sus años. Al agacharme, descubrí que, en vez de los zapatos típicos de los abuelitos, usaba unas deportivas negras, y olía a canela y manzana.

—Me alegra conocerte al fin, Anastasia —me dijo, y me dio un inesperado

abrazo.

Noté cómo dejaba caer algo dentro del bolsillo de mi chaquetón. En el instante en que le fui a preguntar quién era, mi madre salió llorando desconsolada de la habitación. Me olvidé de aquel extraño y fui rápida hasta la estancia.

Al entrar en el dormitorio, la vi. Parecía que estuviese durmiendo. Tenía una sonrisa en la cara y sus mejillas estaban más sonrojadas que nunca. Llevaba una flor en el pelo y otra en la mano. Me acerqué temblorosa a la cama. Deseaba que se levantase y me diese un susto de los suyos o que me tirase un vaso de agua para despertarme de esa locura, como me hacía cuando no quería ir al colegio. En ese mismo momento, ni me habría enfadado con ella por hacerlo.

La cortina que separaba la habitación en dos tapaba la mesita de noche que tenía a la derecha. Me senté a su lado y le cogí la mano en la que no llevaba la margarita. Entonces, no pude más y todo lo que tenía en mi interior, esa pena tan grande que había estado latente y, sin embargo, aletargada dentro de mi ser salió al exterior. Lloré como si no existiese un mañana, derramé lágrima tras lágrima por cada sonrisa, cada momento, cada caricia, cada beso que ella me dio. Me apoyé en su regazo y me quedé allí hasta que mis ojos no tuvieron más líquido que expulsar.

Al incorporarme, reparé en un bonito ramo de flores silvestres que reposaba encima de la mesita gris. No tenía ni idea de quién lo había traído; el que hubiese sido, no conocía a mi abuela lo bastante. A ella no le gustaban las flores. Siempre dijo que las cosas que nacían en libertad debían seguir así: libres. Y que, si alguien le regalaba flores muertas en vez de bombones con licor, se las tiraría a la cabeza. Ambas teníamos el mismo mal humor y, por eso, a veces chocábamos considerablemente. La quería más que a nadie en este mundo. Me extrañó muchísimo que tuviese una flor en la mano y otra adornando su precioso rostro y que no hubiese matado al culpable.

Llegué a nuestra querida casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. Todo me olía y me recordaba a ella. Estaba enfadada. No era justo; todavía la necesitaba a mi lado. Al día siguiente cumpliría dieciocho años y podría quedarme a vivir allí sola sin que me molestasen Rosa ni los de los servicios sociales. Bajé a la cocina para comer algo rápido y regresar al cementerio. De sobra sabía cuando abrí el frigorífico que no encontraría mucho. Aun así, lo hice. Me sorprendió ver en su interior una cajita verde con una nota pegada. La puse encima de la mesa donde tantas veces habíamos comido y reído juntas, despegué el diminuto papel y lo leí en voz alta:

—«¡Felicidades! ¡Pronto recibirás tus regalos!! Te quiero, bichito. Siento no haber podido estar contigo más tiempo».

Era la letra de mi abuela; de eso no cabía ninguna duda. ¿Cuándo había tenido

tiempo de escribirla? Abrí la caja con muchísima curiosidad. En su interior había un pequeño *cupcake* de chocolate con una velita y un minicartelito con un uno y un ocho. Me dio pena comérmelo. Después de todo, era lo último que había dejado para mí. Lo introduje de nuevo en la cajita junto con la nota y lo guardé en el congelador para que no se estropease.

Me embutí en unos vaqueros negros y elegí mi camisa de lana preferida: ancha y con unos boquetitos en los extremos de las mangas para meter los pulgares. Me costó bastante trabajo encontrar ropa negra en mi armario; Iris nunca me dejaba usarla. Me calcé las botas altas que tanto me gustaban, me até la melena negra en una cola alta —luchando por ocultar los dichosos rizos que sobresalían a ambos lados de mis sienes, sin éxito alguno— y salí del cuarto de baño, pasando por delante de la puerta cerrada de su dormitorio. Agarré temblorosa el pomo y lo giré lentamente con la esperanza de encontrármela sentada revisando sus viejos libros de cocina. En aquellos instantes me habría gustado haberle prestado más atención a su afición por la cocina y los frascos extraños. Si me paraba a pensar, cada vez que le pedía uno de sus libros me decía que no tenía edad suficiente para leerlos. Siempre creí que se trataban de novelas de asesinatos sangrientos y cosas así. Nunca me habría imaginado a Iris con un libro erótico en las manos.

Entré en el dormitorio y me senté en su cama, cogí la almohada y la abracé con fuerza, aspiré su aroma y me tumbé en su lado de la cama, rompiendo de nuevo a llorar en silencio hasta que me quedé dormida.

—¡No te lleves eso también! ¡Como se entere quien tú sabes, nos va a cortar las alas!

—Quiero este libro. Esa vieja bruja lleva demasiado tiempo con él. Además, nadie lo va a saber.

Escuché unos murmullos y abrí los ojos, asustada. Para mi asombro, vi la tapa del baúl donde mi abuela guardaba todos sus pequeños tesoros bajo llave abierta por primera vez. Me senté de un salto y escuché un golpe bajo mis pies. A continuación, unas lucecitas revolotearon alrededor de mí, soltando unos polvos y haciéndome estornudar. Miré hacia el suelo y cogí un libro marrón que estaba tirado casi al lado de la puerta. Lo recogí, cerré el arcón y apreté el candado que lo guardaba. Nunca supe dónde escondía Iris la llave, y no comprendía cómo diantres se había podido abrir.

Me asusté ante la idea de no estar sola y de que alguien estuviese intentando robarme lo poco que me quedaba de ella. Miré en toda la casa, sin encontrar rastro de nadie que no fuese yo misma atemorizándome con mi propio reflejo al pasar por los espejos y las ventanas. Regresé al dormitorio, arrastré el pesado baúl de madera escaleras abajo y lo escondí en el garaje, tapándolo con un

montón de mantas viejas y adornos navideños. Después de lo mal que me encontraba, tenía todo el derecho del mundo a estar paranoica.

Arranqué el coche, tomé aire y puse rumbo al cementerio. Sabía de sobra que no tenía carnet de conducir ni edad suficiente. Había tenido una buena maestra y me llevaba de calle a cualquier profesor de autoescuela. En aquella mierda de pueblo, todos nos conocíamos bien, y aquel día estaba segura de que ninguno de los cutre-agentes de la ley que teníamos sería capaz de decirme nada.

El coche de mi abuela podría tener más o menos la misma edad que ella. Desde que tenía uso de razón, lo recordaba igual de destartado. En varias ocasiones le pregunté por qué no compraba otro, y su respuesta siempre fue la misma: «Cariño, por muy viejo que sea, siempre será especial para mí».

Aquella era una mañana de las que a Iris le encantaban. La climatología no podría haber estado más acertada. Estaba lloviendo, hacía frío y no se veía a metro y medio de distancia. No teníamos muchos amigos ni otro familiar que no fuese Rosa, así que preocuparme por la falta de asistencia a la ceremonia era una estupidez. Sabía que seríamos pocas personas. Mi abuela siempre tuvo un carácter reservado, seco y desagradable con la mayoría de los vecinos del pueblo. Siempre creí que la única que realmente la conocía era yo.

El aparcamiento del cementerio estaba repleto de coches de todas las clases y colores. Supuse que se habría muerto alguien importante ese mismo día. Me puse mi abrigo con capucha antes de salir y vi el pequeño paraguas lila —que aguardaba a que Iris lo usase— sobre el asiento trasero. Por un instante, hice ademán de cogerlo, acostumbrada a las grandes reprimendas por parte de mi abuela si no lo llevaba, pero ese día necesitaba mojarme. Mi mente requería de una pequeña dosis de realidad, y cuál mejor que la fría lluvia.

Salí del concurrido aparcamiento y fui dando grandes zancadas en zigzag, evitando los charcos de barro del desastroso césped. Metí las manos en los bolsillos y jugueteé un rato con algo que había en uno de ellos sin prestarle mucha atención.

Rosa estaba guarecida bajo un árbol con un tipo alto y delgado a su lado, quien se hacía el caballeroso y le sostenía una enorme sombrilla roja, que, por su tamaño, más que en un sitio como aquel, debería haber estado pinchada en la arena de alguna playa, con ellos dos ahogándose, todo sea dicho de paso. La imagen de esos dos personajes hundiéndose en el mar y siendo engullidos por un enorme tiburón blanco me sacó una sonrisa y me dio las fuerzas necesarias para acercarme hasta ellos.

—Rosa —la saludé con desgana.

—Anastasia, te presento al señor Hippomane. Me ha ayudado con el papeleo del seguro y todas esas cosas con las que se suponía que ibas a lidiar tú...

—Tengo derecho a un ratito de duelo en la intimidad de mi casa, ¿no crees?

—De eso tenemos que hablar cuando todo termine.

—Como quieras. ¿Dónde es? —le pregunté, deseando quitármelos de encima.

—En el panteón familiar —me respondió, pillándome por sorpresa.

Era la primera noticia que tenía de que tuviéramos ambas cosas: panteón y familia. Se hizo la interesante y me adelantó, seguida de su nuevo y fiel perrito faldero con nombre extraño, que a saber de dónde lo habría sacado. No me quedó otra que ir tras ella yo también. Gracias al cielo, el agua continuaba cayendo de forma discreta pero constante y me enfriaba un poco los malos pensamientos.

Noté cómo alguien me observaba. Desde pequeña, tenía esa habilidad. Nunca fui muy popular en el colegio ni en el instituto; siempre me sentí como fuera de lugar. Las conversaciones de los demás niños de mi edad me parecían estúpidas y sin sentido, así que tener el don de saber cuándo cuchichean a tus espaldas no es una gran virtud, e hizo que me volviese un poco sociópata. Busqué los ojos que me miraban y di con una figura escondida detrás de un árbol. Pegué un pequeño traspie en un charco y, cuando volví a mirar, el individuo en cuestión había desaparecido. Desde luego, si alguien se estaba entreteniendo en espiarnos en medio de un cementerio y bajo la lluvia, no tendría que estar demasiado bien del coco.

Rosa se dirigió hacia un gran número de personas vestidas de negro que se encontraban alrededor de una especie de mausoleo rodeado por unas vallas metálicas con ornamentaciones de flores en sus extremos. Cuando se detuvo, vi cómo su pecho se hinchaba con un gran suspiro para, a continuación, seguir andando directa a la puerta de la casita gótica, con la cara metida casi por completo en el interior del abrigo. Sostuvo con fuerza al tío del nombre raro por el brazo y anduvo con paso firme hasta su interior, dejándome con cara de tonta y rodeada de al menos veinte desconocidos que me miraban con curiosidad y murmuraban a mis espaldas.

Por fin, un chico de mi edad se me acercó y me tendió la mano, demasiado sonriente para estar en un funeral. Por ser el único que se había atrevido a aproximarse, no se lo tuve en cuenta.

—Hola, debes ser Anastacia. Mi nombre es Ginkgo. Encantado de conocerte. Siento mucho lo de tu abuela. Era una gran mujer.

Le devolví el apretón, sintiéndome un poco estúpida por no tener ni pajolera idea de quién era ese muchacho.

—Mi nombre es Anastasia. Con ese, no con ce —le aclaré—. ¿De qué conocías a mi abuela exactamente? —le pregunté.

Justo entonces, una mujer con cara de acelga le tiró del brazo y me habló. Al

parecer, tendría que hacer un gran esfuerzo ese día por intentar ser agradable; con lo poco que me gustaba relacionarme con la gente...

—*Anastacia*, creo que deberías entrar. La ceremonia está a punto de comenzar. Ya tendréis ocasión de hablar en otro momento. Mi nombre es Gayuba. —La mujer me sonrió.

Por lo visto, toda esa gente me conocía, aunque pronunciaban mi nombre de pena. Hice caso a la señora de pelo cano, ojos azules y enorme sonrisa, y me adentré en el mausoleo. Arriba de la puerta había una inscripción:

Protectatores magicae

Mi latín no era muy bueno. Saqué el móvil y le hice una foto para buscarlo en Internet cuando volviese a casa.

Al entrar, me quedé a cuadros. Desde fuera no se percibía lo grande que era. Las paredes estaban llenas de estanterías que soportaban pesados ataúdes de piedra de vete tú a saber qué siglo. Los espacios donde no había repisas mostraban unos dibujos preciosos, tallados en la misma pared con símbolos y rúbricas extrañas. Si no sabía lo que significaba lo de la entrada, aquello ya sí que me venía grande.

Volví a sacar mi teléfono para fotografiarlo todo. Justo en el instante en que le fui a dar al botón para hacer la primera instantánea, la batería murió. Juraría que lo había puesto a cargar en el hospital. Seguramente, con los nervios, no enchufé bien la maldita clavija. Me senté en primera fila esperando a que llegase el féretro de mi abuela. Rosa se mantuvo en pie a un lado de la sala, que poco a poco se fue llenando de gente que no había visto en mi vida. Todos ellos tenían cara de tristeza y preocupación en el rostro.

A los pocos minutos, algunos hombres, tanto jóvenes como adultos, hicieron acto de presencia y todos nos pusimos en pie casi al mismo tiempo. Entre ellos estaba el chico que acababa de conocer, con semblante serio. Colocaron el ataúd justo delante de un altar de mármol y lo abrieron para que todos los presentes pudiesen despedirse de Iris. Una mezcla de dolor, duda y desasosiego llenaba mi mente. Me pregunté cuánto sabía realmente de mi abuela, a la única persona que había querido en mi vida y a la que, hasta ese día, pensé que conocía a la perfección.

La tal Gayuba se adelantó y se situó detrás de la blanca y reluciente mesa, sacó una copa metálica con incrustaciones grabadas de pequeñas flores, un cuenco de barro y colocó unas cuantas hojas y flores en su interior. Yo, por mi parte, seguía esperando a que el típico cura hiciese acto de presencia y le diese un pasmo cuando viese la que estaba liando esa mujer con la mesa, donde se

suponía que debía estar el cáliz con el vino, las hostias y todas esas cosas en las que nunca había creído demasiado.

—¡Noooo! Me niego a ser partícipe de otra de vuestras locuras.

El grito de Rosa retumbó por todo el lugar, dejándome con la boca abierta no, lo siguiente. Pasó por mi lado sin mirarme y se marchó de allí seguida del lacayo, quien se había puesto la bufanda tan alta y el gorro tan bajo que casi ni se le veían los ojos. Llevaba una chaqueta que le llegaba hasta los tobillos, con una pequeña abertura en la parte central de atrás para facilitar andar cuando estuviese cerrada. Algo en su interior llamó mi atención. Juraría que acababa de ver una especie de cola oscilar de un lado a otro dentro de la tela como si fuese un maldito caniche.

—*Anastacia*, ¿te importa si le damos a Iris el entierro que verdaderamente habría querido? —me preguntó Gayuba, dejándome fuera de juego.

Acepté y volví a sentarme, intrigada por ver qué era lo que iban a hacer que molestaba tanto a mi madre. La mujer sacó del interior de un saquito de cuero unos polvos amarillos y los esparció sobre el cuerpo de mi abuela, mezcló todas las hierbas y recitó unos cánticos en voz baja durante unos minutos. No podía quitarle los ojos de encima. Al poco tiempo, salió un pequeño humo del centro del recipiente y, en un momento de segundos, la sala entera se llenó de una nube blanca que cubrió nuestras cabezas. Cuando dejé de mirar el techo y volví la vista hacia delante de nuevo, algo más raro todavía empezó a suceder. Del féretro salió una brillante luz y, de pronto, el cuerpo de mi abuela se elevó y se quedó flotando. El pulso empezó a acelerárseme. Infarto era poco para definir mi estado en esos instantes. Me levanté, mirándola fijamente a los ojos, y ella, como respuesta, me sonrió.

—Querida mía, debí haberte preparado mejor para todo lo que se te avecina. Pensé que tendría un poco más de tiempo y no quise complicar tu vida tan pronto. ¿Podrás perdonarme?

Las lágrimas emergieron como un manantial sin fondo de mis ojos, hasta tal punto que hubo un momento en el que dejé de verla nítida y comenzó a nublárseme la vista, para, finalmente, perder el conocimiento.

Me desperté en el mismo banco en el que había estado sentada durante la ceremonia. Alguien me había tapado con una manta. Me puse en pie, buscando a Iris e intentando poder volver a hablar con ella. Ya tan solo quedaba el olor a las hierbas quemadas. La sala estaba totalmente vacía, a excepción de todos los cuerpos inertes que allí yacían. Me senté y me quedé durante no supe cuánto tiempo mirando a la nada, pensando y recordando sus recientes palabras, sin saber muy bien si todo aquello se había tratado tan solo de un sueño debido a mis deseos por volverla a ver o me estaba volviendo loca del todo. Cuando el

frío estaba comenzando a helarme la sangre, salí de allí, me monté en el coche y regresé a un solitario hogar lleno de recuerdos.

Me quité el chaquetón tirándolo sobre el sofá y algo cayó de uno de los bolsillos, haciendo un ruido metálico al chocar contra el suelo. Me agaché, lo cogí y me senté en el sofá a inspeccionarlo. Era lo que el hombre del hospital me había introducido dentro del bolsillo tras nuestro encuentro. Lo había olvidado por completo. Era un sobre de papel amarillo reciclado, con unos bonitos dibujos. Intenté despegarlo sin romperlo y volqué su contenido sobre mi mano, apareciendo una brillante llave dorada con una cuerdecita atada a una nota que ponía:

Baúl

Tiré la llave y di un salto encima del sofá como si aquella pequeña cosa me fuese a atacar de un momento a otro. Tras pensarlo más detenidamente, me burlé de mí misma por ser tan cagueta y volví a recogerla casi temblando, intentando no demostrarle miedo a aquel pequeño trozo de metal sin vida. La cogí con fuerza y me decidí a ir en busca del baúl que tenía escondido, cuando alguien aporreó la puerta de la entrada repetidas veces.

Capítulo dos

El baúl

—¡Voyyyy! —grité, acordándome de la familia de quienquiera que estuviese tras la puerta.

Al abrirla, Rosa y el extraño entraron, dándome un empujón al pasar. La noche no había mejorado y ambos estaban completamente empapados y poniéndome el suelo lleno de pequeños charquitos. El tal Hippomane llevaba un montón de carteles bajo el brazo.

«Anastasia, relájate, piensa en los anuncios de compresas y sé una nube. No les grites. La abuela querría que fueses una persona adulta y responsable», pensé, intentando tranquilizarme.

Rosa dejó tirado por el suelo el paraguas y, sin quitarse ni el chaquetón, puso unos papeles encima de la mesa, me dio un bolígrafo y agregó, resentida:

—Tu abuela hizo de las suyas previamente a morirse y cambió el testamento. Tuvo la brillante idea de pensar que tú serías capaz de llevar y administrar sola esta vieja casa junto con todo lo que hay en ella. Como una buena madre que soy y siempre he sido, te libero de esa carga. Tan solo tienes que firmar este papel.

Me senté y leí lo que ponía. Mi grado de mosqueo fue en aumento a medida que mis ojos iban avanzando de renglón. La buena y samaritana de Rosa pensaba que podría engañarme y hacerme firmar la cesión de todo lo que hasta ese día me había importado y lo que consideraba mi hogar. Di un golpe en la mesa y la miré con ganas de asesinarla. Al pelota se le cayeron los cartelitos y pude leer que en ellos ponía: «Se vende».

—¿Todavía está caliente el cuerpo de Iris y ya te ha dado tiempo de ir a por el testamento y poner la casa en venta?! —le grité.

—Es lo mejor... —intentó disculparse.

No la dejé terminar. Estaba harta de sus mentiras, de sus intentos de manipulación y de su cara de no haber roto un jodido plato, cuando de sobra sabía que las vajillas estaban escasas gracias a ella. La miré a los ojos y la diplomacia se me fue por el retrete:

—¡Yo también te quiero, madre! ¡Me alegra que hayas venido a ver cómo me encuentro después de esta trágica pérdida! Me encanta que te acordaras de que a las doce de la noche ha sido mi cumpleaños y que ya tengo mayoría de edad, con lo cual puedo hacerme cargo perfectamente de todo lo que me corresponde. ¡Los papeles te los puedes ir metiendo por donde te quepan!

—¡¡Anastasia, sé coherente por una vez!! Esa vieja loca me lo debe por

soportarla durante todos esos años. ¡¡Me merezco todo lo que tenía mucho más que tú!!

Escucharla hablar con ese odio e indiferencia hacia su madre y su propia hija me sacó de mis casillas. Le arrojé el boli a la cara y le grité con todas mis fuerzas:

—¡¡Fuera de mi casaaaaa!!!

Las ventanas del salón explotaron y las luces tintinearón para terminar apagándose todas. El viento y el frío de la calle entraron en la habitación, dejando paso a un deslumbrante rayo seguido de un ensordecedor trueno. Di un paso hasta ellos, y otro más, haciéndolos retroceder. Quería que se fuesen. Al parecer, el miedo no los dejaba salir corriendo de allí. Sentí cómo una fuerza me invadía y casi pude notar cómo unas pequeñas corrientes eléctricas necesitaban salir. Sin darme cuenta, levanté la mano y señalé a Rosa con el dedo índice. Justo entonces, un rayo fortuito procedente del exterior casi la atravesó. Hippomane la empujó librándola del ataque, que terminó impactando en las cortinas, haciéndolas arder. La agarró y ambos salieron corriendo de allí.

—¡¡No quiero volver a verte jamás!! —le grité.

Cuando se fueron, caí derrotada de rodillas sobre el húmedo suelo de la estancia. Tan solo se escuchaba el sonido de la lluvia caer y el viejo reloj de pared, que había empezado a dar las doce de la noche y estaba terminando su tarea de dar las campanadas. Aguardé unos minutos en esa posición sin comprender qué había sucedido. Había visto en el Discovery que las personas bajo mucha presión y con un subidón de adrenalina considerable hacían cosas increíbles. Sin embargo, lo de dominar rayos y explotar cristales no lo había escuchado en mi vida.

El miniincendio de las cortinas se apagó solo con el agua que entraba de la calle. Me puse el chaquetón sobre el pijama, cogí una bolsa de basura y fui a recoger el estropicio que se había formado en el patio antes de que alguno de los gatos que solía venir de manera clandestina por su cena terminase herido. Estaba agachada todavía rememorando una y otra vez lo sucedido, inmersa en mi recolección de añicos de vidrio, cuando escuché que alguien me hablaba, dándome un susto de muerte:

—Veo que has tenido un pequeño accidente —dijo una voz masculina a mi espalda, haciéndome pegar un brinco ridículo y caer en el fango de culo sobre las adoradas violetas de mi abuela—. ¡Oh, perdona, no fue mi intención asustarte! Pasaba por aquí y creí que necesitabas ayuda con eso.

El chico del cementerio estaba frente a mí, con esa preciosa sonrisa puesta en los labios y las gotas de agua rodándole por la cara. La primera vez no me había fijado bien. Tenía unos preciosos y risueños ojos color avellana, un mentón

marcado y unos hoyuelos en los que cualquier chica podría perderse. Se agachó a mi lado y se sentó también en el fango, dobló sus rodillas y se las rodeó con los brazos.

No se me ocurría nada coherente que decir. Una de las cosas que más me había repetido mi abuela desde pequeña era que, si no tenía nada más bonito que decir que el silencio, me callase la boca. Y eso hice. Levanté el cuello y dejé que el aroma a hierba mojada me relajase.

—No eres muy habladora, ¿verdad? —dijo por fin Ginkgo, rompiendo el mutismo del momento.

La lluvia había cesado, dejando paso a una preciosa noche estrellada con una magnífica luna llena de las que tanto me gustaban. Sinceramente, no quería estar sola. Sabía que a mi madre nunca le habíamos importado nada en absoluto Iris ni yo. Corroborarlo dolía, aunque no quisiese reconocerlo en voz alta. Unas lágrimas silenciosas cayeron por mi mejilla. Ginkgo se dio cuenta. Estiró el brazo y me apretó contra su cálido y reconfortante pecho, dándome motivos para dar rienda suelta a mi tristeza, sin importarme no conocerlo de nada y estar abriéndole mi corazón a un desconocido más de lo que lo había hecho con nadie en mi vida.

Al rato, levantó mi mentón para que nuestras miradas se cruzasen y me preguntó:

—¿Mejor? Tiene que ser un duro golpe descubrir quién eres y perder a tu ser más querido en el mismo día. —Se incorporó y me dio la mano para que me levantase yo también.

—¿Quieres entrar? Estás completamente empapado —le sugerí, más por no quedarme sola que por miedo a que se resfriase. Entramos en la oscura casa y fuimos a la cocina—. Se ha debido ir la luz por culpa de la tormenta. Buscaré unas velas —le expliqué.

Iris siempre tenía velas de colores o aromáticas repartidas por toda la casa, incluso me había enseñado a fabricarlas. Las niñas de cinco años jugaban con plastilina y yo con parafina; no había nadie más feliz que yo.

Coloqué tres velas sobre la encimera. Lo de encontrar cerillas o encendedores era otro cantar. Terminé sentándome en unos de los taburetes junto a mi inesperado invitado.

—Es la regla que marca mi vida: tengo velas y, claro, no tengo cómo encenderlas...

—No te preocupes. Déjame a mí —se ofreció. Chasqueó los dedos y los tres pabilos resplandecieron a la vez con unas vigorosas llamas, dejándome con la boca abierta.

—¿Cómo has hecho eso?

—No creo que, después de la que has liado con las ventanas, no sepas cómo se enciende una velita.

—Yo no he... Espera un segundo. ¿Me estabas espiando? ¿Quién eres?

Me levanté rápido y cogí un cuchillo de untar la mantequilla del cajón. Me envalentoné y lo amenacé, hasta que me di cuenta de que con aquello iba a hacer poco.

—*Anastacia*, relájate. Creí que a estas alturas ya lo sabrías todo. Siento ser tan insensible. Si quieres, las apago y uso el mechero —dijo, disculpándose y sacando el encendedor del bolsillo.

—¡Es con eseeee! —me quejé, como si no decir bien mi nombre en esos momentos fuese importantísimo.

A continuación, sopló las velas y, a una velocidad extraordinaria, se situó justo detrás de mí, oprimiendo su cuerpo contra el mío y agarrándome por la cintura, siendo lo más cerca que había estado del sexo opuesto en toda mi puñetera vida. Se agachó y me susurró al oído:

—Busca el baúl y allí hallarás respuestas. Mañana te invito a desayunar —dijo, dándome un beso en la mejilla.

Me di la vuelta e intenté propinarle un señor guantazo. Entonces, la luz volvió y él había desaparecido.

El día estaba siendo el más raro de toda mi maldita existencia. Me pregunté si me estaba empezando a volver loca y si la pérdida de mi abuela había comenzado a pasarme factura. Por si acaso, salí corriendo al garaje, cogí el baúl y volví a meterlo dentro de la casa. Agarré la llave que colgaba de la cuerdecita, me la quité y la introduje en la cerradura, escuchando un clic al girarla. Cada vez estaba más desconcertada. ¿Cómo podía tener el anciano del hospital la llave del baúl de mi abuela? Me armé de valor y de intriga y destapé la caja de Pandora.

De su interior volvieron a salir los polvos brillantes que me hicieron estornudar por la mañana. El cofre olía a flores y especias aromáticas. Dentro había muchas piedras de distintos tamaños, algunos palos de madera, unas bolsitas de tela con hierbas, otras con sales, dos morteros gastados, tres mazas, algunos cristales bastante llamativos, muchísimas velas, candelabros, un trozo de madera redondo con un pentagrama grabado, incienso, un tintero, plumas de diferentes aves y un sinfín de artilugios parecidos; nada esclarecedor. Un colgante con la forma de un círculo y dos semicírculos a los lados llamó poderosamente mi atención. Lo agarré y noté como si se calentase. Algo en mi interior me obligó a colgármelo junto a la llave, y así lo hice. Cerré de nuevo la tapa y decidí esconderlo debajo de mi cama por precaución —al menos, hasta que obtuviera más datos sobre lo que era todo aquello— y, contra todo pronóstico, me dormí como un bebé sin darme cuenta.

Soñé con Iris. Estábamos en un campo de cultivo de flores junto a un pequeño riachuelo. Ella se veía más joven de lo que mi memoria podía recordar, y durante lo que me quedaba de noche fui feliz.

El olor a café y tostadas me trajo de vuelta a la realidad. Bajé rápidamente las escaleras y, al entrar en la cocina, un divertido y sonriente Ginkgo me dio los buenos días.

—Lo prometido es deuda. No había mucho donde elegir en este desastre de nevera, así que he tenido que ir a comprar algunas cosas —me dijo, poniendo dos platos a rebosar de comida sobre la mesa—. ¿El café te gusta con leche o solo?

—Solo. ¿Se puede saber cómo has entrado? —le pregunté.

—No tienes cristales, ¿recuerdas? Bueno, no tenías. Ya lo he arreglado. Me debes un millón de favores, que lo sepas. Casi no he dormido en toda la noche por su culpa, señorita. ¿Miraste en el baúl de Iris?

—¿Por qué creo que todo el mundo sabe más de mi abuela que yo?

—No entiendo los motivos que tendría Iris para no hablarte sobre nosotros; seguro que eran de peso. No conozco muy bien la historia de su marcha del poblado. No es normal que una de las mayores abandone el aquelarre. Solo he escuchado chismes y cuchicheos sin sentido. Eso te lo explicará en el libro, supongo.

—Para el carro. ¿Qué libro, qué pueblo, qué aquelarre? Ahora mismo no sé si te has escapado de un psiquiátrico o soy yo la que me estoy volviendo tarumba —le confesé, dando buena cuenta del desayuno.

—¿No estaba el libro de las Sombras de tu abuela en el baúl? —me preguntó preocupado.

—No he visto ningún libro —le respondí con la boca llena de pan.

—¿Sabes que si se enteran de que te estoy ayudando se me puede caer el pelo?

—¿Y por qué lo haces?

—Porque desde que te vi, no he dejado de pensar en ti —me confesó, consiguiendo que me ruborizara.

En esos momentos me habría encantado haber pasado por el cuarto de baño antes de bajar las escaleras y no tener los pelos de loca que tenía o no llevar todavía el pijama puesto. Las relaciones con otras personas no eran lo mío.

—¿Me visto y me ayudas a buscar el libro? —le propuse.

Subí las escaleras y tardé más de lo habitual en decidir qué ponerme. Estaba nerviosa. Me sentía intimidada y atraída a la vez por ese desconocido. Digamos que, por muy mal carácter que tuviese, y aunque fuese capaz de enfrentarme a mi madre y al Espíritu Santo en persona, mi relación con los chicos nunca había

sido demasiado buena. De pequeña me enamoré del hijo de nuestro vecino, y cuando por fin me decidí a darle un beso, el muy estúpido me metió un montón de gusanos en la boca, llevándose la correspondiente paliza a posteriori y yo el castigo pertinente por abrirle las sienes con una piedra. Desde ese día decidí que estaba mejor sola que mal acompañada, y lo había llevado a rajatabla, hasta ahora... Así que, estar a solas con un casi hombre de mi edad o mayor que yo — no tenía ni idea de los años que tenía Ginkgo—, me estaba empezando a superar.

Deseché de mi mente todo pensamiento relacionado con nuestras diferencias sexuales, y mientras me arreglaba un poco, iba haciendo una lista de preguntas mentales para sonsacarle toda la información posible. De pronto, escuché un fuerte golpe en el piso de abajo y fui rápida a ver qué sucedía.

—¿Te crees que por prepararle unas tostadas va a caer rendida a tus pies y serás el siguiente mayor de la congregación?! —gritó alguien en el patio delantero.

—¡Estás completamente loco! —le respondió Ginkgo.

Otro ruido de cristales rotos hizo que casi volase hasta la entrada de la casa. Al llegar a la puerta, esquivé sin mucho éxito una bola de fuego que me golpeó en el brazo e hizo que mi suéter favorito rosa comenzase a arder. Ginkgo corrió hasta mí y me dio manotazos para apagarlo, sin darle la espalda al chico, que se quedó blanco al verme arder y salió disparado calle abajo, no sin antes lanzarle una mirada asesina a mi acompañante.

—¡Entremos! ¡Rápido! La casa está protegida, aquí no podrán atacarte —me dijo, empujándome dentro.

—¿Se puede saber quién era ese?

—¡Quítate la ropa! —me gritó.

—¿En serio?

—¡Hazlo! —me apremió, casi arrancándome el jersey y lanzándolo fuera.

A los pocos segundos de tocar el suelo, la tela ardió de nuevo hasta consumirse por completo. Me tapé el sujetador con los brazos como pude. No era mi idea enseñárselo a nadie, y daba la casualidad de que llevaba uno de manzanas que me compró Iris para burlarse de mí, que era, dicho sea de paso, comodísimo. Cuando Ginkgo se giró y se dio cuenta de que acababa de dejarme casi desnuda, se puso aún más colorado que yo y se dio la vuelta rápidamente.

—Lo siento. Tenías que quitártelo o la que estaría ardiendo serías tú —titubeó.

Se quitó la camisa que llevaba y me la ofreció para que me cubriese. Los músculos de sus brazos eran considerablemente más grandes de lo que en un principio parecían. Se quedó tan solo con una camiseta interior blanca de tirantas que dejaba al descubierto unos preciosos hombros llenos de lunares. Ver parte de su cuerpo me hizo sentir más incómoda de lo que ya estaba. Nos sentamos en el

sofá y observó mi brazo detenidamente.

—¿Tienes el baúl de tu abuela a mano? —me preguntó preocupado.

—Arriba, debajo de mi cama —le confesé, sin saber muy bien por qué confiaba en él.

—Subamos. Te enseñaré algo.

Una vez en el dormitorio, le abrí el misterioso baúl y Ginkgo se puso a buscar algo en su interior a la vez que hablaba solo:

—Esto no es, esto tampoco, esto no tengo ni puñetera idea de para qué sirve. No me puedo creer que no lo tenga. ¡Es básico! ¡Aquí, lo encontré!

Sacó uno de los saquitos de hierbas y el mortero junto con el mazo. Se fue y volvió con el cacharro lleno de agua, metió un poco del contenido de la bolsa y se quitó un colgante con una botellita marrón que llevaba colgado al cuello. Lo estrujó todo bien, creando una pasta de color marrón. Se sentó a mi lado y me retiró la camisa del brazo quemado. Observando la herida con tranquilidad más de cerca, lo cierto era que no tenía muy buena pinta, y ahora que se me había bajado el subidón de adrenalina, dolía bastante. Juraría que estaba incluso más grande que la primera vez que la vi.

—Te va a escocer un poco. Si no quieres que te tengan que amputar el brazo, lo mejor será colocártelo de inmediato —me aconsejó.

Ante la idea de perder un miembro, dejé la vergüenza a un lado y le permití ponerme el potingue. Sacó uno de los palitos de madera que había dentro del cofre y extendió la mezcla con sumo cuidado por la herida, que cada vez estaba más negra. Aquello empezó a dolerme y quemarme. Mi primer impulso fue quitármelo y limpiarlo con agua. Cuando él me detuvo, me tumbé en la cama dándole la espalda para intentar disimular las lágrimas de dolor que se me estaban cayendo solas. Para mi sorpresa, se quitó la camiseta, se tumbó a mi lado y me abrazó. Cuando nuestras pieles entraron en contacto, una ola de calor inundó todo mi ser. Era como si su energía estuviese entrando en mí. La sensación fue similar a la que tuve cuando el anciano me rozó en el hospital, pero mucho más magnificada.

Me dormí con un extraño abrazado a mí, después de que un chico al que no conocía de nada hiciese que casi saliese ardiendo. Si pensaba que mi día anterior había sido insólito, aquello ya no tenía absolutamente ningún sentido.

Capítulo tres

El poblado

Me desperté y pensé que todo había sido fruto de un sueño, hasta que vi el vendaje de mi brazo. Me lo quité rápidamente y aluciné cuando descubrí que no había ninguna señal de quemadura. Estaba sola en el cuarto; la esencia de Ginkgo permanecía en la habitación. Con un horrible dolor de cabeza, me senté. Aquello era demasiado para asimilar, incluso para mí. Nunca fui una niña muy común. Con seis años, ya era fan incondicional de Gizmo, e incluso hice que mi abuela me consiguiera el peluche del muñeco que cantaba y todo. Mientras que el resto de las chiquillas veían dibujos animados de ositos con mejillas sonrosadas, yo me sabía de memoria todos los diálogos de la película de *Los Gremlins*.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo mis recuerdos de juventud y trayéndome de nuevo a la realidad. Bajé las escaleras, rezando porque se tratase de los típicos niños que venden papeletas para el viaje de fin de curso y no ningún otro loco conocido de Iris. Al abrir la puerta y encontrarme a la vieja agradable del cementerio saludándome con la mano, mis esperanzas se desvanecieron.

—Hola, ¿eras Gayuba? —le pregunté, cansada ya de visitas no deseadas.

—Sí, querida, tienes buena memoria. Eso te será muy útil —me dijo, entrando en el salón sin ser invitada y sentándose en el sofá.

—Pase, señora, está en su casa —murmuré.

—Sé que todo esto te puede estar pareciendo una locura. Sintiéndolo mucho, tienes una obligación con el aquelarre. Cuando Iris nos abandonó, dejó caer en ti el peso de la culpa, y ahora es el mejor momento para que subsanes su error.

Me soltó ese discurso sin haberme tomado ni un mísero café, dejándome a cuadritos.

—Perdone, ¿puede ir más despacio? —le rogué, intentando sonar lo más encantadora posible, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Pues la verdad es que no. Recoge tus cosas. Tenemos que irnos o te encontrará, si es que no lo ha hecho ya —me apremió—. Tienes que meter el libro de las Sombras de Iris en la maleta, junto con las cosas del baúl.

A esas alturas, tenía bastante claro que todo el mundo sabía mejor que yo lo que había en mi propia casa. La obedecí y preparé todo lo que me había dicho, excepto el dichoso libro, que Iris sabría dónde demonios lo había dejado. Le hice caso, más que por un deseo incontenible de ayudarla, por mi insana curiosidad. La verdad era que tampoco tenía nada mejor que hacer, sinceramente. Y quería

volver a ver a Ginkgo.

Cogí del baúl un cachivache de cada, sin saber muy bien qué estaba haciendo exactamente, y metí también algo de ropa. Lo guardé todo en una mochila de tela que me había hecho mi abuela de retales sueltos y que, ahora, más que nunca, adoraba. Vací mi bolso sobre la cama para llevar algunas monedas que siempre tenía tiradas. En el fondo, en vez de dinero, apareció el libro que recogí el día anterior del suelo, que había salido del cofre como por arte de magia y el que había olvidado por completo. Al abrir la primera página, mis ojos leyeron la fina y cursiva letra de Iris:

Libro de las Sombras de Iris Boca de Fuego

Decidí que, ya que tantas personas estaban interesadas en ese tomo, mantendría en secreto que lo había encontrado; al menos, por el momento.

—¿Lo llevas todo? ¿Tienes el libro? —me preguntó Gayuba, mostrando especial interés en mi reciente hallazgo y haciendo que me convenciera todavía más de mi decisión de ocultarlo.

—No sé de qué libro me hablas. Mi abuela solo tenía muchas colecciones de cocina, de hierbas raras y de micología —le mentí.

—Una pena. Nos podría haber servido de ayuda —me dijo bastante decepcionada.

En la calle nos aguardaba Ginkgo al volante de una vieja camioneta celeste, con la parte trasera llena de paquetes, bolsas y herramientas. Por lo menos, mi plan de volvérmelo a encontrar había funcionado. Gayuba se puso al lado de él, en el centro de los asientos, y yo me senté pegada a la ventanilla como si fuese una lagartija. La señora estaba bastante entradita en carne y tenía manos con dedos regordetes.

—¡Verás qué contentos se ponen todos cuando te vean! —me dijo a la vez que me propinaba unos sonoros manotazos en el muslo, ridiculizándonos tanto a mí como a nuestro piloto, quien no dijo una sola palabra en todo el trayecto.

A las dos horas nos metimos en un carril de tierra, dejando a un lado la carretera junto con la civilización, y nos introdujimos en un bosque que estaba justo al lado de una montaña con una altura considerable, la que, por cierto, corría peligro de derrumbarse de un momento a otro. Estaba prohibido acercarse a ella por ese motivo, debido a los posibles desprendimientos de rocas. A

algunos metros, antes de que la gente llegase hasta ella, la policía había puesto un precinto de seguridad. Mantenía la esperanza de que girásemos en algún lugar cercano. Tenías que ser muy estúpido para traspasar la parte prohibida. Nosotros la dejamos atrás tranquilamente. Gayuba notó mi desasosiego y me sonrió.

—Ya estamos cerca —intentó reconfortarme, dejándome más nerviosa de lo que ya estaba.

Cuando casi llegamos a los pies de la montaña, Ginkgo aceleró el coche con la visible intención de estamparnos contra los peñascos. Pensé en saltar y dar un volantazo desde mi asiento antes de estrellarnos. Justo a un segundo de hacerlo, el amuleto que llevaba colgado empezó a calentarse dentro de mi camiseta, desviando mi atención de la carretera el tiempo preciso para que el enorme monte desapareciese y surgiese ante nosotros un pequeño poblado de casitas bajas. Era como si hubiésemos entrado en un mundo paralelo o en otra dimensión. O eso, o era que nos habíamos matado y ese era el cielo que tanta gente anhelaba.

Ginkgo paró la camioneta al lado de un almacén, tocó el claxon, y el chico que hacía solo unas horas había intentado asarme como a un pollo salió y se puso a descargar tranquilamente, mirándome de soslayo de vez en cuando y con cara de pocos amigos.

—¡Vamos, baja! Tenemos muchas cosas que hacer —me apremió Gayuba.

La mujer me condujo hasta una antigua casa que estaba a uno de los lados de la calle principal del lugar. Todas las pequeñas chozas estaban hechas de madera. Esa en particular tenía las ventanas cerradas con tablones y la puerta precintada por una cadena, cerrada a cal y canto por un gran candado. Gayuba la abrió y las dos entramos.

—Bueno, esta era la casa de Iris antes de que se fuese. Supongo que ahora te pertenece. Te dejaré para que coloques tus cosas con tranquilidad. Cuando termines, búscame. Estaré en el edificio grande que hay en el centro. Es nuestro lugar de reunión. En media hora organizaré una asamblea para anunciarles a todos que estás aquí —me explicó, y me dejó allí sola.

La casa por dentro no era gran cosa. Sí era cierto que mantenía el estilo de mi abuela. Tenía la cocina con barra americana pegada al salón, donde un sofá y una chimenea te saludaban en cuanto atravesabas el umbral de la entrada. Al fondo de esa minisalita había un dormitorio que tan solo contaba con una cama alta de matrimonio, una mesita de noche, un tocador y un armario. Junto a este, otra puerta conducía a un cuarto de baño con la bañera casi más grande que la cama.

Abrí los cajones para colocar la poca ropa que traía y en ellos descubrí que todavía quedaban algunas prendas que pertenecieron a mi abuela. Tomé una y la olí. Su aroma era inconfundible. Tenía esa mezcla a hierbas y fruta que tanto me

gustaba. Metí allí mis pertenencias para que se impregnasen de su olor y poder sentirla un poco más cerca. Todo el lugar era un remanso de paz y tranquilidad. Me pregunté por qué se fue de allí. Si se hubiese quedado, a lo mejor las cosas habrían sido distintas...

Me adecenté un poco y me embadurné con una de las colonias del tocador, intentando que su recuerdo me infundiese un poco de valor extra para afrontar lo que se me venía encima, y salí de allí buscando el sitio que me había indicado Gayuba.

Las calles estaban totalmente desiertas. Me quedé un rato delante de la entrada donde se suponía que estaba todo el pueblo reunido. Mis pies se habían petrificado en el suelo. Me sentía incapaz de dar ni un solo paso, hasta que alguien me franqueó y contribuyó a que me moviera, dándome un empujón considerable.

—¡Aparta! ¡Te advertí que no vinieras! —me recordó el chico tan agradable que intentó quemarme en mi patio. Me estaba empezando a tocar las narices un poco más de la cuenta.

—¿Se puede saber qué te he hecho yo a ti? —le pregunté irritada.

—No entiendes nada de nada —me dijo, y entró, pasando de mí olímpicamente.

Me vino bien su desprecio. Era lo que necesitaba para armarme de valor e irrumpir en la sala.

Al cruzar la puerta, todos los presentes, que serían unas veinte personas, se giraron, me miraron fijamente y se pusieron a murmurar entre ellos. Tragué saliva, me dirigí a la primera fila de sillas y me senté al lado de Ginkgo, quien me miró, me sonrió y me apretó la mano. No muy lejos de él estaba sentado el simpático pirómano, mirando hacia delante con el ceño fruncido. Entonces, Gayuba, que estaba en pie detrás de una mesa y delante de todos, comenzó a hablar. Junto a ella había una mujer de avanzada edad mirándome y sonriéndome.

—Me alegra deciros que *Anastacia* ha venido a ayudarnos con el maleficio. Como todos sabréis, era el elemento que nos faltaba para intentar que todo volviera a la normalidad y salvar el mundo mágico. Ahora, Acacia nombrará a los que la acompañarán en busca de los objetos y formarán el círculo mágico para derrotar al demonio.

De todo lo que acababa de escuchar, no tenía muy claro lo que peor me estaba sentando: que me siguiesen cambiando el nombre, que me quisieran mandar a una misión en busca de no sabía qué o que tuviese que pelearme con un demonio. En una balanza, no estaba segura de qué locura pesaría más.

La mujer más anciana comenzó a decir nombres:

—*Anastacia*, sube aquí, por favor —me pidió la tal Acacia, sin dejarme más opciones que obedecerla—. Ginkgo, Reishi, Echinácea y Meyenii.

Ginkgo se puso a mi lado, sonriente. Reishi era una chica de más o menos mi edad, con el pelo rojo y enmarañado, que masticaba chicle incansablemente. Se colocó al lado de Ginkgo. Echinácea, que ya solo con el nombre que tenía la pobrecita era suficiente castigo, tendría algunos años más que Reishi y yo, una melena rubia recogida en una trenza y penetrantes ojos azules. Para ponerle la guinda al grupo estrafalario que acababa de formar, la mujer dijo el singular nombre de Meyenii, y subió un enojado y conocido admirador mío. Mi creafuegos favorito tenía el pelo negro azabache, los ojos verdes, una altura considerable y un atractivo peculiar.

Cuando estuvimos colocados como si fuésemos un expositor de dulces, los que todavía seguían en sus asientos se levantaron y se pusieron a aplaudir y a vitorearnos como locos, dejándome con cara de circunstancia.

—Y ahora, vayamos todos a celebrar su viaje —dijo Gayuba para finalizar el extraño acto.

—¿Me puede decir a qué ha venido todo esto? —pregunté irritada a la anciana, que era la que aún permanecía en el altar conmigo.

—Ahora, cuando estemos comiendo, contestaré tus preguntas. Tienes los ojos de tu abuelo —me respondió Acacia, siendo ese el primer dato que tenía en toda mi vida de mi abuelo; que digo yo que, si mi madre estaba en el mundo, alguien tuvo que ser...

Me conformé con su respuesta, por el momento, y seguí a todos los demás.

En la puerta me aguardaba Ginkgo.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó.

—No sé si nerviosa sería la palabra exacta para definir mis sentimientos en estos momentos —le respondí, siendo lo más sincera posible.

En el almacén en el que Meyenii había metido todas las cosas que trajimos habían montado un banquete. Las mesas estaban puestas en forma de U y en todas ellas había platos a rebosar de carnes, ensaladas y demás exquisiteces. Cómo no, a los cinco carajotes^u nos habían puesto juntos en el centro para que nos conociésemos mejor, supuse. Ninguno dijimos absolutamente nada durante toda la comida. Cuando terminamos, unos cuantos de los residentes en ese variopinto poblado se pusieron a tocar la guitarra y otros a bailar como si aquello se tratase de una boda. Nos miramos unos a otros en silencio hasta que, por fin, Acacia comenzó a hablar:

—*Anastacia*, ¿qué sabes de tus orígenes? —me preguntó.

—Hasta hace dos días creía que mi única familia eran mi madre y mi abuela, así que me temo que no mucho —respondí, sintiéndome bastante incómoda al

tener que hablar sobre mi vida privada delante de cuatro desconocidos.

—Hace muchos años, este era uno de los aquelarres wicca más poderosos que existían. Éramos tres sacerdotisas: tu abuela, Gayuba y yo. Manteníamos el poder de tres y nadie se había atrevido nunca a molestarnos. Conocíamos la existencia de otros grupos de brujas e intentábamos ayudarlas cada vez que les surgía un inconveniente. Hasta que un día, una sacerdotisa de uno de esos aquelarres amigos llegó al poblado medio moribunda, y en su último suspiro nos contó que alguien había invocado a un demonio de otra dimensión y que lo único que este ansiaba era terminar con toda la magia que habitaba en la nuestra. El problema era que el mundo sin sus seres mágicos no tardaría mucho en desaparecer. Para cuando este mal llegó hasta nosotras, Iris y tu madre ya se habían marchado. Gayuba y yo solas no pudimos hacerle frente y el diablo nos lanzó un maleficio, arrebatándonos todos nuestros poderes y dejando infértiles a nuestras mujeres para así asegurarse su victoria y poder seguir matando a los seres mágicos sin que pudiésemos impedirselo. Cuatro wiccanas del clan estaban embarazadas por aquel entonces. Esas eran vuestras madres —especificó Acacia, mirando al resto de los presentes en la conversación—. Pudimos crear un campo de invisibilidad y esconderlas el tiempo suficiente para que a sus bebés no les afectase el encantamiento; al menos, no del todo. Por desgracia, sin ti no tienen la fuerza suficiente para crear un círculo mágico, revertir el conjuro y devolver a ese miserable a su verdadera dimensión.

—Yo no tengo esos poderes que usted cree que poseo, señora —le expliqué.

—Sí que los tienes. Iris era muy sabia y la más fuerte de las tres. Estoy segura de que ha atado tus dones y ha protegido vuestro hogar para que el demonio no te encontrase. Tu madre nunca tuvo ninguna afinidad con los elementos, y seguramente carezca de poderes. Tú eres diferente; puedo ver tu aura. Si no nos ayudas, dentro de poco, todo lo que conoces habrá sido eliminado —se lamentó Acacia, dejándome en una difícil tesitura.

—Supongamos que la creo. ¿Qué sería lo que tendría que hacer exactamente? —le pregunté.

—Para formar vuestro propio círculo mágico, primero tendréis que encontrar los instrumentos mágicos que corresponden a cada elemento. No os servirá cualquier herramienta. Para poder mandar al diablo de vuelta se necesita mucha magia y demasiado poder. Tan solo unos útiles específicos y muy bien custodiados podrán lograrlo —continuó Acacia, mientras los cinco la escuchábamos atentos.

—Si solo hay que localizar esas cosas, lo haré solo y os las traeré aquí —se ofreció Meyenii.

—Hallarlos no será la tarea más dura, pequeño Meyenii —le advirtió Acacia

—. Que seáis capaces de crear vuestro propio coven siendo tan distintos es lo que me preocupa.

Cuando los demás escucharon la palabra coven, se vinieron abajo.

—¿Alguien me explica qué significa un coven? —rogué.

—En un coven, todos sus componentes deben estar en perfecta armonía, haber trabajado duro entre ellos y pensar por y para el otro, anteponiéndolo a sí mismo —me solventó Echinácea.

—¡Pues estamos listos! —exclamó Meyenii.

—No todo está perdido. Mientras haya magia, hay esperanza —lo alentó Acacia—. Tenéis esta noche para decidir si queréis involucraros en cuerpo y alma en esta misión. No os puedo mentir: será peligroso y estaréis solos. *Anastacia* no está instruida en nuestras costumbres y le falta mucho para ser una auténtica wiccana; tan solo acaba de rozar su lado mágico. Deberéis ayudarla entre todos. Tengo fe en vosotros. Mañana, antes de que cante el gallo, nos veremos aquí mismo. El que no venga, daré por sentado que no quiere enfrentarse a este reto. Descansad, hijos míos.

La mujer se marchó, dejándonos a los cinco allí sentados, mirándonos a los ojos los unos a los otros.

—¿Y bien? —preguntó Reishi.

—Yo estoy dispuesto a morir por nuestro pueblo —contestó rápidamente Ginkgo.

—Por mi parte, no creo que pueda servir de mucha ayuda. Pero si Acacia dice que tengo que ir, iré —respondió Echinácea.

Meyenii se levantó y se fue sin decir ni adiós.

—Nos habría ido mejor si la que hubiera estado embarazada en el ataque del demonio hubiera sido una gallina en vez de mi tía. Hasta mañana temprano —se despidió Ginkgo, levantándose malhumorado.

—¿Son primos? ¿En serio? —pregunté asombrada en voz alta, casi sin pensarlo.

—Sí, son el día y la noche. La madre de Meyenii murió durante el parto. Su padre se volvió loco tras perder a su esposa y sus dones y se suicidó. Desde que Meyenii nació, Gayuba los ha criado a los dos como si fuesen hermanos —me aclaró Echinácea.

Por un momento, me dio pena Meyenii. Yo había tenido a mi abuela para que me ayudase. Él debía sentirse muy solo. Di las buenas noches a las dos chicas, que se quedaron discutiendo sobre elementos, pociones y hechizos que a mí me sonaban a chino, y me retiré a casa de Iris a intentar sopesar toda la información que acababa de recibir y a descansar, si es que podía.

Nada más entrar en la casa y cerrar la puerta, alguien me agarró por atrás y me

tapó la boca para que no pudiese gritar. Todo estaba oscuro. Quien fuese, me tenía lo suficientemente sujeta como para que mis patadas y mi esfuerzo fuesen en vano.

Capítulo cuatro

La partida

Lo único que se me ocurrió viéndome atrapada fue creer a todos esos maniáticos e intentar usar esa magia que Acacia decía que poseía. Tan solo pensé en liberarme y que mi agresor me soltase. Al instante, el agarre se suavizó y escuché un fuerte golpe tras de mí. Me giré y puse la típica postura ridícula de las películas de artes marciales para intentar defenderme.

Todo estaba oscuro. Mi asaltante se hallaba en el suelo sin moverse. Encendí la luz y descubrí a Meyenii tirado sobre la tarima de madera, colocado en una difícil pose, con un hilo de sangre saliéndole de la nariz. Mi primer impulso fue agacharme y socorrerlo. Luego recordé que ya había pretendido atacarme en dos ocasiones en menos de un día y me detuve. Le di una pequeña patadita con el pie. Balbuceó un gemido de dolor e intentó incorporarse sin conseguirlo, sosteniéndose las costillas con las dos manos. Lo ayudé a levantarse y lo coloqué sobre el sofá, que era lo que me cogía más cerca. Me senté frente a él y lo miré preocupada.

—¿Qué, nunca has visto a un chico tumbado? —dijo entre dientes, aguantando el dolor.

—Eres la persona más desagradecida que he visto en mi vida. ¿Me vas a decir qué te he hecho para que nuestros encuentros sean siempre igual de divertidos?

—Cuando te hice arder, creí que fui lo suficientemente convincente como para que te alejases de nosotros. Visto que no, he regresado a ver si podía persuadirte. —Me sonrió.

—¿Siempre eres así de cordial o solo con quien puede desmembrarte? —le pregunté.

—¡No me hagas reír! —me dijo, sentándose.

—Mira, sinceramente, siento mucho que mi abuela se fuese de aquí y os dejase a merced de ese demonio del que hablan. Yo no tengo ninguna culpa. Estoy segura de que tendría razones de peso para hacerlo. Ahora nos corresponde a nosotros arreglar este desaguisado. A todos, y eso te incluye a ti también. Empecemos de nuevo, ¿vale? —Le tendí la mano y le sonreí—. Hola, soy Anastasia y siento haberte roto dos costillas.

—Hola, soy Meyenii y seré tu peor pesadilla —dijo, esquivando mi apretón, y salió cojeando de mi nueva casa.

Ese chico tenía la habilidad de sacarme de mis casillas. Me acosté y apunté en mi libreta todos los pros y los contras que se me fueron ocurriendo para

participar o no en aquella locura.

Me dormí dándole vueltas al tema.

Estaba soñando con un montón de monstruos con rabos y dientes afilados cuando alguien me despertó:

—¡Buenos días! ¡El gallo está a punto de cantar! ¿Vas a venir? Sí, ¿verdad? No podemos hacerlo solos y tampoco será tan malo. Estoy segura. Por cierto, te huele el aliento.

Una alegre y demasiado excitada Reishi me miraba fijamente sentada en el suelo, con ambos brazos apoyados en mi colchón y la cara dejada caer en mi almohada, dándome un susto de muerte y haciéndome rodar y caer por el lado opuesto. En el suelo, escuché cómo la puerta principal se abría. Desde mi cómoda y nueva ubicación, eché una ojeada por la ventana que tenía sobre mí y comprobé que todavía era noche cerrada.

—¿Venís o qué? Al final vamos a llegar tarde —bramó Meyenii desde la entrada.

—¿¿Nadie sabe lo que significa la palabra timbre en este maldito pueblo?! —me quejé mientras me incorporaba.

Reishi estaba tumbada cómodamente en mi cama, mirándome con curiosidad.

—Espero aquí a que te duches y te acompañe. Después de todo, tenemos que crear un coven. ¡Vamos a ser las mejores amigas del mundo! —me dijo, lanzándome una toalla que había encima de la cómoda.

—Buenos días. ¿Os queda mucho? —Echinácea metió la cabeza por la ventana del dormitorio y nos saludó con la mano.

—¡¡¡Voyyyy!!! —les grité a todos, dando un portazo.

«¡No me gusta la gente! Adoro la soledad. ¡Esto va a ser horrible!», me repetía una y otra vez mientras me frotaba el pelo como si acabase de salir de un charco de fango en vez de estar recién levantada.

Salí envuelta en la toalla, con el pelo chorreando, implorando que todos se hubiesen marchado ya y tener un poquito de tranquilidad. En el dormitorio no había nadie y suspiré aliviada. «¡Por fin un poco de paz!». Fui a la cocina a beber agua y allí me topé con medio pueblo. Reishi y Echinácea estaban cómodamente sentadas en el sofá, debatiendo sobre lo que llevarse de ropa. Ginkgo y Meyenii habían ocupado la pequeña mesa de la cocina. Tenían un plano abierto delante de ellos y se estaban peleando por ver cuál de los dos ponía las crucecitas en nuestros posibles futuros destinos.

Cuando hice acto de presencia en la sala, todos se me quedaron mirando boquiabiertos. Levanté las manos para gritarles que se fueran y, justo entonces, la toalla que llevaba como única prenda se deslizó rápidamente y se quedó arrugada en el suelo a mis pies, dejándome tal y como vine al mundo. Empecé a

ponerme colorada y a sentir una mezcla de vergüenza, enfado y agobio. El más inteligente, después de todo, era Meyenii, que, al verme a punto de explotar, salió corriendo de la casa.

—¡¡Quiero estar sola!! ¡¡Quiero estar sola!! ¡¡Quiero estar solaaaaaaaaaaaa!! — les grité con los ojos cerrados, deseando desaparecer, sin darme cuenta de que estaba realizando un encantamiento. Al abrir los ojos, los tres permanecían en pie, inmóviles y con los ojos como platos.

—¿¿Dónde se ha ido?! —exclamó Reishi preocupada.

—¿Me acabo de quedar flipado! —alegó Ginkgo.

—¿Por observarla desnuda o por verla desaparecer? —agregó Reishi.

—¿Cómo que desaparecer? —les pregunté, haciendo que los tres dieran un respingo.

—¿Estás ahí? ¿Te encuentras bien? —me preguntó alarmada Echinácea.

—¿Sigues en bolas?! —gritó Meyenii, osando asomarse por la ventana del salón y alterándome aún más.

Le di un manotazo al aire, haciendo el ademán de cerrarla, y eso fue justo lo que sucedió: el cristal se plegó y le di un golpe en la nariz con él. Meyenii cayó hacia atrás, maldiciendo, y me fui al dormitorio sintiéndome bastante satisfecha con mis nuevos dones. Me vestí y decidimos ir a ver a Acacia para que solucionase el lío.

Por el camino al gran almacén, Meyenii no paró de tocarse la nariz, colorada como un tomate debido al golpetazo. El resto, observando su nivel de mosqueo, decidieron que lo mejor era no decirle nada, por si acaso...

Acacia nos aguardaba en pie e impaciente. Al ver a los cuatro solos, se sentó abatida y se sostuvo la cara con las manos en señal de derrota.

—Acacia, tenemos un pequeño problemilla —le comunicó Reishi.

—Lo sé. No os preocupéis, encontraremos una solución. Mantenía la esperanza de que *Anastacia* no nos abandonase como Iris —se lamentó la mujer, haciéndome sentir culpable.

—Estoy aquí. Yo no huyo de los problemas —le aseguré, haciéndola levantar a una velocidad que estaba segura de que hacía tiempo que no lograba.

—Eso es lo que le estamos intentando explicar, sacerdotisa. *Anastacia* se ha vuelto invisible y no sabemos cómo traerla —le explicó Echinácea.

A Acacia se le iluminó la mirada y se le dibujó una sonrisa que acentuó sus arrugas, haciéndola parecer bastante delicada.

—¿La Diosa nos ha escuchado, hija mía! Ahora sé que me puedo ir en paz cuando sea llamada ante ella —dijo casi con lágrimas en los ojos.

—Espero que eso tarde mucho. Antes, ¿podrías hacerme aparecer, por favor? —le supliqué.

Meyenii se fue casi a la otra esquina del local y gritó:

—¡Llevarás ropa ahora, ¿no, morena?!

Esa vez, incluso consiguió sacarme una sonrisa. Ese chico era un caso y decidí que ya iba siendo hora de darle una lección, y más si no me veía nadie. Me puse a su lado, observándolo de cerca. Lo cierto era que me resultaba bastante atractivo cuando ponía esa cara de niño malo. Miraba temeroso de un lado a otro, aún con la nariz roja, esperando mi respuesta a su comentario. Me puse de puntillas, le di un beso en la mejilla y le susurré al oído para que tan solo él pudiese escucharme:

—No eres tan malo como quieres hacer ver a los demás.

Se puso colorado y regresó serio a donde se encontraba el resto del grupo. Se cruzó de brazos y se quedó callado. «Anastasia uno, Meyenii cero», me vitoreé sola.

—Anastacia, sujeta mi mano y repite lo que yo diga —me pidió Acacia—. *¡Ego sum visibilia! ¡Ego sum visibilia! ¡Ego sum visibilia!*

Repetí tres veces esa frase y, en cuanto concluí la última palabra, mi cuerpo se materializó de nuevo. Reishi se abalanzó sobre mí y me dio un abrazo que nunca en mi vida me había dado nadie que no fuese mi abuela. Al final, no iba a estar tan mal pertenecer a alguna parte...

Juraría que distinguí lo que me pareció un atisbo de sonrisa en la mirada de Meyenii, quien continuaba en silencio y con los brazos cruzados. Sentía cierta empatía con él. Nuestras vidas no habían sido fáciles, y cada persona reacciona de una forma u otra en consecuencia. Me prometí intentar ganármelo, pese a sus intentos de homicidio hacia mi persona.

Acacia nos dio un mapa con los posibles lugares donde encontrar los artilugios que necesitábamos, dos tiendas de campaña, hechizos para conseguir comida de la naturaleza y muchos, muchísimos consejos más. Cada uno acarreo la mochila que le correspondía y se fue a su casa a guardar en ella algo de ropa, para regresar en cinco minutos y poder salir al alba. Yo, por mi parte, metí las pocas pertenencias que tenía. Puse el libro de las Sombras de Iris sobre la cama, cerré puertas y ventanas para evitar fisgones y dije en voz alta:

—*¡Invisibilia! ¡Invisibilia! ¡Invisibilia!*

Para mi asombro, el tomo se fue desvaneciendo poco a poco delante de mis ojos. Lo cogí y lo escondí dentro del petate entre el resto de las cosas. No encontraba la hora de empaparme de su contenido. Para poder hacerlo, primero tenía que estar sola, y eso, allí, era un poco complicado.

Acacia y Gayuba nos despidieron bendiciéndonos tres veces antes de partir. Me encontraba un poco nerviosa. Podía notar que los demás sentían lo mismo y me aferré al dicho que tan poco me gustaba de mal de muchos, consuelo de

tontos.

Al irnos, volví a percibir que alguien me observaba. Por mucho que miré, no logré ver a nadie.

Capítulo cinco

Primera misión: Elemento aire

—¿A dónde se supone que debemos ir? —le preguntó Ginkgo a Meyenii.

Ginkgo estaba enfadado porque Acacia había repartido las tareas de cada uno y le había dado a Meyenii el mapa para que nos guiase y el athame^[2], mientras que a él lo habían hecho responsable del mortero y el bolline^[3]. A Echinácea le concedieron un pentáculo y una varita; a Reishi, incienso y velas; y a mí no me dieron nada de nada, cosa por la que no estaba muy segura de si enfadarme también. Acacia alegó que con lo que encontrásemos en el camino y lo que ya llevaba el resto tendríamos suficiente. Ginkgo fue el primero en conducir, y quedamos en que nos iríamos turnando el precioso todoterreno que nos había prestado uno de los hombres del poblado.

—El mapa dice que debemos ir al este y buscar un lugar que tenga robles con muchos años. —Meyenii estaba disfrutando de ser él quien tuviese que dar órdenes a su primo.

Pasadas algunas horas y cuando ya casi no me sentía el trasero, Ginkgo decidió que era buen momento para estirar las piernas un poco y paró el vehículo en un prado.

—Voy a improvisar un cuarto de baño. Ahora vuelvo —dijo Ginkgo.

Reishi y yo sacamos unos bocadillos que habíamos traído y los repartimos. Aquel lugar era tranquilo y la calma nos embargaba. Era la primera vez que estábamos tan callados. A decir verdad, todo estaba demasiado en silencio. No se escuchaban pájaros, insectos ni nada de nada. Me puse en pie, alerta.

—¿Te pasa algo, *Anastacia*? —me preguntó Echinácea.

—Primero: si queréis que nos llevemos bien, vais a tener que empezar a llamarme por mi nombre. Y segundo: escuchad —les dije.

—Yo no escucho nada —dijo Meyenii con la boca llena de pan.

Reishi se colocó a mi lado y olfateó el ambiente.

—Huele a magia —advirtió la chica.

—¡Volvamos al coche! ¡Rápido! —les grité.

Cuando miramos a nuestra espalda, algo se estaba comiendo, literalmente, el bosque. Todos los árboles y arbustos con los que nos habíamos cruzado se habían secado y podrido en tan solo segundos.

El cielo empezó a tornarse gris. Unas extrañas y amenazantes nubes de tormenta corrían velozmente hasta donde nos encontrábamos y el viento comenzó a soplar, llevándose a su paso los restos de vegetación muerta, lanzándonosla y cortándonos la piel con las ramas que nos golpeaban. Nos

colgamos las mochilas y corrimos en dirección contraria al vehículo todo lo rápido que pudimos.

—¡Falta Ginkgo! —gritó Echinácea, deteniéndose.

—¡Corred! ¡Ahora os alcanzamos! ¡Buscad una cueva o algún lugar para guareceros! —les indiqué.

Meyenii se dio la vuelta y se puso a mi lado.

—No te dejaré sola. ¡Eres capaz de exterminar la raza humana! —me chilló.

Reishi iba para delante como una loca y Echinácea lo hacía para el otro lado, metiéndose en lo que parecía ser un tornado que comenzaba a formarse.

—¡Repite tres veces *redit* pensando en Echinácea! —me ordenó, y obedecí sin dudar.

—¡*Redit, redit, redit!*

El viento era cada vez más fuerte. Si la seguíamos, moriríamos sin conseguir rescatarla. Me sentí impotente y derrotada. ¿De qué valía tener poderes si no podía ayudar a la gente que me rodeaba?

Cuando estaba a punto de desesperarme, algo sucedió. Vimos cómo una figura corría al revés hasta nosotros a gran velocidad. Tan rápido iba que, en nada, nos sobrepasó Echinácea, moviendo las manos de un lado a otro y gritándonos que por favor la detuviésemos. Si no estuviésemos al borde de una muerte bastante chungu, me habría desternillado de risa en el suelo.

Escuchamos unos golpes metálicos demasiado cerca de nosotros y miramos al cielo. El magnífico coche cuatro por cuatro estaba volando a pocos metros de nosotros y amenazaba con estrujarnos contra el suelo. Miré a mi loco y nuevo compañero sin saber qué hacer. Él me dio la mano y un remanso de paz atravesó todo mi cuerpo. Sabía que de esa sería complicado que saliéramos. Aun así, estaba totalmente tranquila cuando debería haber estado histérica. Meyenii tenía que estar haciendo algo para hacerme sentir de esa forma en un momento como ese y, a decir verdad, se lo agradecía. Sin soltar su agarre, tiré de él justo cuando el vehículo caía sobre nosotros, colisionando contra la árida tierra de nuestros pies. Nos libramos por escasos milímetros de ser aplastados. Nos levantamos y seguimos corriendo hasta que alcanzamos a Reishi.

—¡¿Has visto a Echinácea?! —le grité.

—¡Ha pasado corriendo, mirando hacia el lado contrario y gritando improperios! —me respondió, encogiéndose de hombros.

Poco a poco, y justo cuando nos estábamos quedando sin fuerzas, el aire amainó dándonos un respiro.

—Anastasia, haz lo mismo, y esta vez di *iungendorum*, o tendremos a una muy mosqueada Echinácea —me aconsejó.

—¡*Iungendorum, iungendorum, iungendorum!*

No hubo ni rastro de Echinácea. No aparecía como la vez anterior.

—Id a buscarla. Yo intentaré encontrar a Ginkgo, si es que queda algo de él — organizó Meyenii.

—No te librarás de mí tan fácilmente, primito.

Ginkgo apareció de la nada como si tal cosa y sin un solo arañazo. Los demás estábamos llenos de cortes en todos los sitios donde se nos veía algo de piel.

—Bien, problema resuelto. Ya podemos ir a ver dónde ha terminado el maratón —dijo Meyenii sin demostrar ningún tipo de regocijo al ver a su primo.

Nos pusimos a andar en línea recta, que era la que suponíamos que habría seguido la pobre de Echinácea, forzada por el hechizo.

—¿Cómo te has librado? —interrogué a Ginkgo, colocándome a su lado.

—Yo también tengo algo de magia y conozco muchos trucos. Os saco ventaja —me dijo, sonriéndome y guiñándome un ojo.

Después de más de media hora caminando, encontramos a Echinácea abrazada al tronco de un gran árbol y con los ojos cerrados, y fui corriendo a socorrerla.

—¿Estás bien? ¿Puedes andar? —la interrogué inquieta.

Echinácea abrió los ojos, pero no se desenganchó del tronco.

—No sucede nada. Ya pasó, puedes soltarlo —le dijo Reishi, intentando separarle los brazos, sin éxito alguno.

Entonces, escuchamos una risita que provenía de una de las ramas más bajas del árbol.

—Eso le pasa por jugar con el viento sin saber y, lo que es peor aún, sin su permiso.

La voz nos llegaba desde una de las partes más bajas del árbol. Por mucho que miraba, no lograba ver a nadie. Tenía una copa ancha de ramas irregulares colocadas al azar por la naturaleza, creando una imagen preciosa de un espectacular y centenario árbol.

—Este es el roble que creo que estábamos buscando —indicó Ginkgo pensativo.

Echinácea seguía totalmente petrificada y pegada a la corteza grisácea y resquebrajada del tronco, con los ojos en blanco y sin ninguna expresión.

—¡Muéstrate! —gritó Meyenii.

El viento comenzó a soplar y a mover las hojas del gran roble, creando una preciosa e hipnotizadora melodía a nuestro alrededor. Ginkgo, Reishi y Meyenii se sentaron y se pusieron a mover la cabeza de un lado a otro al compás de la música como si estuviesen hipnotizados. Los zarandeeé y les grité, sin obtener resultado alguno.

—Así no conseguirás nada. No son dignos de mi presencia y, hasta que yo no quiera, continuarán en ese estado —volvió a decir la infantil y cantarina voz.

—¿Qué quieres de nosotros?! —le chillé, sentándome en el suelo, abatida por nuestro precoz fracaso.

Miré de nuevo a Echinácea y se me encogió el corazón. Una lágrima le corría por su piel de porcelana. La pobre se estaba dando cuenta de todo lo que sucedía y no podía hacer nada para ayudarme. Estábamos igual, pero a la inversa. Entonces, se me ocurrió una estratagema.

—Si pudiese verte, sabría a quién mostrar mis respetos —le dije a la voz, intentando engañarla.

Nada sucedió. Cerré los ojos, me encogí, apoyada en el viejo y robusto tronco, y escondí la cabeza entre las piernas para que Echinácea no me viese llorar.

Noté un pequeño peso que oscilaba desde mi hombro hasta la rodilla. Miré de reojo y vi algo revoloteándome que cogió una de mis lágrimas con unas manitas minúsculas. Le sopló a la pequeña gota cristalina y esta se transformó en cientos de diminutas partículas de colores que salieron volando ingravidas.

—¿Por qué lloras? A ti no te he castigado. Eres mágica, formas parte de nosotros. No podría hacerte daño aunque me lo propusiese —me interrogó una muñequita de no más de diez centímetros.

Tenía un precioso pelo lleno de tirabuzones dorados que le caían a ambos lados de la cara. Era brillante y casi translúcida. Unos grandes ojos me miraban fijamente con curiosidad y amabilidad. No podía creer que algo tan pequeño y bonito le estuviera causando tanto dolor a mis compañeros. De su espalda le salían dos alitas de libélula de una hermosa gama cromática.

—¿Qué eres? —le pregunté anonadada.

—Una sílfide. ¿Nunca has visto ninguna? —me dijo asombrada por mi falta de cultura sobre seres mágicos.

—No. Digamos que hace poco que descubrí el tema de la magia y me estoy poniendo al día a pasos acelerados. Vinimos en busca de un aceite especial que se supone que está en un roble y que lo custodia el viento —le expliqué.

—¿Para qué lo quieres?

—Un demonio ha venido de otra dimensión y pretende terminar con todos nosotros, incluida tú. Me temo que el que ha arrasado con medio bosque a escasos metros de aquí ha sido él —me lamenté—. Creo que lo hemos traído hasta vosotros sin darnos cuenta.

—No pienso que un demonio hiciese eso. Es un gesto loable por vuestra parte culparos. Aun así, no puedo dejar que ellos me vean. No tienen dones suficientes como para permitirles el privilegio de mi presencia. No son puros —concluyó.

—Solo necesitamos el aceite. Si me lo das, nos marcharemos y te dejaremos tranquila. Te lo prometo —le rogué.

—Para darte tan valioso tesoro, primero tendrás que hacer algo importante

para mí.

—Lo que quieras —respondí desesperada.

—Amiga, no le hagas promesas a las hadas sin saber lo que te van a pedir, te lo aconsejo —me advirtió—. Necesito que os metáis en el corazón de mi amado roble antes de que se muera y saquéis lo que lo está matando, o será demasiado tarde. Si él muere, yo también.

—¡No podemos hacer eso! ¡No cabemos! —le indiqué.

—Eso tiene arreglo. Cuando terminéis, todo volverá a su sitio y obtendrás lo que buscas. ¡Suerte, pequeña wiccana!

Diciendo esto, revoloteó por encima de nosotros, lanzándonos una brisa llena de unos polvos amarillos, similares a los que ya había visto en alguna que otra ocasión. Mi mundo desapareció, dando paso a un precioso sueño en el que Iris todavía vivía.

—¡Anastasia, despierta! ¡Vamos, por la Diosa! —me llamó Reishi.

—Sabía que no era buena idea traerla. Mira la que ha liado ahora —se quejó Meyenii.

—Anastasia, es hora de despertar —me susurró Ginkgo amablemente.

Creí que si tenía los ojos cerrados el tiempo suficiente, toda esa locura terminaría. Al abrirlos, mis esperanzas se fueron al garete...

Meyenii se dirigía hacia mí con una gigantesca hoja llena de un líquido transparente, dispuestísimo a arrojármela encima. Justo cuando me la iba a tirar, salté, le di un manotazo y el agua se le volcó encima, poniéndolo chorreando.

—¡Ea, eso te pasa por ser tan capullo! —le dije, girando sobre mí misma e imitando un estúpido baile para celebrar mi venganza, hasta que mi visión se amplió a lo que nos rodeaba y se me vino el mundo encima, quitándome cualquier gana de celebración.

Lo que antes eran insignificantes ranuritas en el gran roble, ahora me parecían gigantes grietas que nos mostraban la parte interior de la corteza y las distintas capas de madera que la formaban. Justo al lado de mi pie derecho había una hoja del tamaño de un yate de lujo. Nuestro sentido del oído, en vez de disminuir, se había incrementado, y podía escuchar crujidos, cantos de pájaros y una cantidad incontable de más sonidos que no era capaz de descifrar. Al mirar hacia arriba, casi no lograba ver dónde comenzaba la copa del árbol. Si hubiese sido un rascacielos, el ascensor habría tenido un duro trabajo para ascender hasta la última planta. Los rayos de sol que llegaban hasta nosotros me molestaban en los ojos como si estuviésemos en el desierto. Todo se sentía magnificado y terrorífico desde esa altura.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Echinácea.

—¿No recuerdas nada? —le pregunté, agarrándola por el brazo.

Esa chica me inspiraba ternura. Cada vez que la veía tan débil y tan poquita cosa, mi primer instinto hacia ella era el de protegerla.

—Tenemos que entrar en el roble y sanarlo para que una sílfide nos dé el aceite que necesitamos. Sencillo —les expliqué satisfecha.

—¿Qué tenemos qué?! —exclamó Reishi.

—Sabes que medimos lo mismo que una pulga, ¿verdad? —me preguntó con ironía Meyenii—. ¿A cuántos animalitos piensas que les pareceríamos un plato exquisito, pequeña?

—Ese detalle no lo tuve en cuenta —confesé apesadumbrada.

—Anastasia, no puedes hacer tratos con hadas. Siempre hay una cláusula pequeña que no leen en el contrato —me explicó Ginkgo.

—Bueno, ya no se puede hacer nada y necesitábamos el aceite, ¿no? Así que, creo que cuanto antes nos pongamos en marcha, más rápido tendremos lo que queremos —me defendió Echinácea, sorprendiéndonos a todos con su nueva actitud.

—De acuerdo, listas, ¿cómo entramos a esa cosa? —preguntó Meyenii.

Miramos el altísimo y gigantesco árbol. Entonces, distinguimos cómo un pájaro se apoyaba en una de las ramas y metía el pico en un pequeño orificio.

—¿Qué os parece si por allí? —les dije, señalando al animal y levantando un poco más de la cuenta el tono de voz.

El ave nos divisó desde arriba y, tal y como vaticinó Meyenii, nos vio como una merienda estupenda.

—¡¡Corred hasta esas raíces!! ¡¡Rápidoooo!! —grito Ginkgo.

Obedecemos sin rechistar y nos lanzamos tras una raíz vista que descansaba sobre la tierra a nuestra derecha.

—¡Menos mal! —exclamó aliviada Reishi.

Entonces, un afilado pico comenzó a destrozar la corteza de la raíz y casi pilló el pie de Reishi en uno de sus intentos. Comenzamos a gritar como locos. Meyenii se adelantó un poco, se arrastró y se puso a darle patadas al emplumado.

—¡Anastasiaaaa, *quod aperiám gap!* —me gritó.

—¿Qué?! —le respondí.

—¡¡Joder, repite pronto o al final me amputará el pajarraco la pierna!! —me chilló, casi dejándome sorda, e hice rápidamente lo que me dijo.

En el instante en que terminé de decir esas palabras, un gran boquete se abrió a nuestra espalda y caímos dentro, terminando unos encima de otros hechos una maraña de piernas y brazos; al menos, enteros.

—¡Ya era hora! —se quejó Meyenii, poniéndose en pie.

Me tenía hasta el moño con su mal genio. Me levanté, puse casi mi nariz junto a la suya y me desahugué todo lo que mis pulmones me dejaron:

—¡Eres un estúpido, un egocéntrico, un misógino! ¡Eres exasperante, eres un cabezota y eres...!

—¡¿Qué soy?!

—¡Un capullo! —le respondí, cruzándome de brazos y dándole la espalda, con la cara roja como un tomate.

—¡Yo seré todo eso, pero he perdido la cuenta de las veces que te he salvado el culo! —se defendió.

—Hay amor en el ambiente —se mofó Echinácea.

—Menos mal que el tema del coven lo llevamos de maravilla... —se burló Reishi.

—¿Podéis dejar de hacer el carajote para que encontremos el maldito aceite y salgamos de aquí de una vez? —protestó Ginkgo, visiblemente enfadado.

—¡Por mí, perfecto! —le grité, sin que el pobre tuviese culpa de nada.

—¡Y por mí! —concluyó Meyenii, que siempre tenía que decir la última palabra. Estaba llegando a detestar a ese chico.

El túnel que se había formado entraba directamente al centro del tronco, que tenía hendiduras huecas que formaban una especie de maltrecha escalera hacia el interior de la tierra. El problema era que, a medida que avanzábamos, el camino se iba haciendo más abrupto y oscuro.

—¿Veis algo? —preguntó Reishi un poco asustada.

—Cada vez menos —confesé—. Puede que el señor lanzallamas quiera encender una antorcha para nosotros.

Meyenii se detuvo, sacó una bolsita de su mochila, arrancó un palito que sobresalía de la tierra y lo embadurnó con una sustancia. Se puso a mirarlo solemnemente mientras todos lo observábamos intrigados y, de pronto, dijo:

—¡Hágase la luz!

Y el muy estúpido sacó un mechero del bolsillo y encendió la punta de la ramita a la vez que se reía de la cara de todos nosotros.

—Si cuando digo que eres tonto, es que lo eres... —lo insulté.

—Se llama tecnología. Si quieres, fuera te explico el mecanismo de este gran artilugio mágico —se carcajeó, y se puso el primero de todos alumbrando el camino.

—¿Qué piensas que le sucederá al roble? —le pregunté a Echinácea, ignorando a Meyenii.

—Pues no lo tengo muy claro. Pueden ser varias cosas. Según la mitología celta, el roble era considerado un árbol mágico y sagrado —me respondió.

—Hay personas que creen que en el centro de sus extensas raíces tiene por corazón una bellota con poderes —añadió Reishi, uniéndose a la conversación.

De pronto, se apagó la luz y chocamos con Ginkgo, que iba detrás de Meyenii.

—¿Qué ha pasado? —preguntamos casi todos a la vez.

—¡Chsss, silencio! Me ha parecido ver que algo se movía un poco más adelante —susurró Meyenii.

Reishi y Echinácea me agarraron tan fuerte de los brazos que a los pocos segundos comencé a dejar de sentirlos. Meyenii y Ginkgo se adelantaron un poco. Nosotras seguimos caminando, usando como guía las paredes del túnel para no caernos. De repente, Ginkgo agarró a Echinácea por la espalda y la estrujó contra la pared, cubriéndola con su cuerpo. Al verlo, hice lo mismo con Reishi. Meyenii se puso en medio de los cuatro y dijo muy flojito:

—Ni se os ocurra moveros. No respiréis.

Al momento siguiente, una gran lombriz de tierra pasó justo por delante de nosotros. Podía ver perfectamente cómo sus viscosos anillos de piel rosada se iban deslizando por el suelo, dejando un rastro húmedo tras ella. Nos adelantó sin fijarse en nosotros y yo se lo agradecí enormemente.

—Ufff —suspiró Reishi.

—¿Qué tamaño creéis que tenía ese bicho? —preguntó Ginkgo.

—¡Creo que exactamente igual que ese otro que se está acercando! —grité.

La segunda lombriz nos escuchó y adelantó el ritmo, llegando casi a alcanzarnos. Al verla a tan poca distancia, corrimos en dirección contraria. No tardamos en toparnos con el culo de la anterior. Estábamos acorralados; no podíamos escapar ni por un lado ni por el otro. Reishi comenzó a hiperventilar y a encontrarse mal. Entonces, Echinácea la sostuvo de la mano, cerró los ojos y sus dedos comenzaron a ponerse rojos, casi incandescentes. Al momento, Reishi levantó la vista y dijo:

—Estoy mejor. Gracias, Echinácea.

No tenía ni idea de que la desvalida del grupo fuese capaz de curar. Siempre era bueno tener un médico entre nosotros, aunque no usase los métodos convencionales.

El bicho se acercaba cada vez más. Meyenii encendió de nuevo la improvisada antorcha y le dio una patada en la parte trasera a la primera lombriz, haciendo que se detuviese.

—¡¿Se te ha ido la cabeza?! —le gritó Ginkgo.

—¿Tienes alguna otra idea? —le inquirió Meyenii, dejándolo callado—. En cuanto las dos estén cara a cara, saltáis encima de la segunda.

—No pienso hacer eso —protestó Reishi justo cuando una redonda boca rodeada por dos afiladas líneas de dientes nos saludaba de cerca.

Meyenii volvió a golpear al primer gusano y este se volvió. Trepó por el techo y se quedó justo encima de nosotros. Un goterón de babas le cayó en el hombro a Reishi y se puso a gritar histérica. Corrió hasta la amenazante boca y saltó

como si hubiese estado domando larvas toda su vida, para, a continuación, correr por encima de las viscosas arrugas del bicho y desaparecer de nuestra vista a una velocidad vertiginosa. El resto nos encogimos de hombros e hicimos lo mismo que ella. Primero fue Echinácea, luego Ginkgo y después yo. Al fin volvíamos a estar a salvo y, lo más importante, lejos de los insectos.

—¿Estáis bien? —preguntó Ginkgo, que obtuvo una rápida respuesta por parte de todos menos de Meyenii.

Anduve algunos pasos para ver si era una de sus bromas y, justo entonces, el suelo tembló, creando una zanja por la que cayeron mis tres compañeros. Me asomé preocupada y los vi tumbados sobre un montículo de tierra. Esa zona estaba más iluminada que las anteriores por una extraña luz anaranjada.

—¡¿Tenéis algo rotooo?! —les grité desde arriba.

—¡¡Nooooo!! ¡¡Intenta bajar; nosotros te agarramos!! —me pidió Ginkgo.

Por muy mal que me cayese Meyenii y por muy insoportable e irascible que fuese, no iba a dejarlo atrás. Además, sin él no podríamos cumplir nuestra misión. «Tenemos que estar los cinco», me mentí.

—¡No os mováis de ahí! ¡Voy a buscar a Meyenii! —los avisé.

A los pocos metros, escuché un ruido de forcejeo y algunos golpes secos. Estaba todo demasiado oscuro y casi no podía distinguir mi propia nariz. Arranqué un trozo de raíz, me concentré en ella y le pedí en voz alta que se encendiese:

—¡*Lux, lux, lux!*

Al instante, una lucecita empezó a brillar en la punta de la varita que tenía en la mano, haciéndome sentir más orgullosa de mí misma de lo que lo había estado en años. Me acerqué al lugar de donde procedían los sonidos y encontré a Meyenii oculto casi por completo tras el cuerpo del bicho, que luchaba a su vez con el otro insecto por su presa.

Meyenii intentaba revolverse para soltarse. Tenía tanto las manos como las piernas aprisionadas por los anillos del animal y le era totalmente imposible escapar. Al verme, abrió los ojos de par en par. Los movió de un lado a otro, intentando advertirme que no hiciese nada de lo que quisiese que hubiera planeado. Sin hacerle el más mínimo caso, me lancé contra la criatura y le di con la punta del palito en llamas en el lomo con más fuerza de la que planeé. La improvisada arma se le quedó clavada y de la herida comenzó a salir un líquido rosado y viscoso. Como respuesta, el ser levantó la cabeza, chocándose contra el techo y soltando el agarre de Meyenii. Unos montones de tierra se fueron desprendiendo de la parte superior del túnel, que en cuestión de segundos se vino abajo, sepultando tanto a los bichos como a nosotros dos.

No podía respirar. La tierra se me estaba metiendo en la boca y en la nariz.

Morir enterrada no entraba dentro de mis planes. Si salía de esa, juré que en mi testamento pondría que quería ser incinerada. Mis pulmones decidieron que el oxígeno que contenían no era suficiente para mantenerme despierta y perdí el conocimiento.

—¡Revive, niñata del demonio! ¡No permitiré que te mueras! ¡Si despiertas, prometo que no volveré a insultarte nunca más!

Escuché las palabras de Meyenii a lo lejos y, cuando pude abrir los ojos, lo vi sosteniéndome la nariz e insuflándome aire por la boca, para después aporrearme el pecho. Todo muy romántico... Me senté y escupí toda la tierra del mundo. Entonces, él se sentó a mi lado y suspiró aliviado.

—¡Ni se te ocurra jamás volver a darme un susto así! —me gritó enfadado.

—Yo también me alegro de verte. —Le sonreí. Meyenii tenía toda la cara, el pelo y el cuerpo llenos de tierra.

—¿Puedes andar? —me preguntó, dejando que un atisbo de preocupación traicionase su voz.

—Creo que sí —le respondí, ambicionando levantarme, sin mucho éxito.

Me ayudó y dejó que lo usase de muleta para poder caminar. Algún trozo de piedra me había caído en el tobillo, haciéndome un esguince, y a cada paso que daba tenía que contenerme para que no se me saltasen las lágrimas.

—Gracias —le agradecí.

—No hay que darlas. La próxima vez que quieras que te bese o te abrace, solo tienes que decirlo —se mofó de mí, mucho más tranquilo y apretándome la cintura.

—Los demás han caído en una zanja a pocos metros de aquí —le indiqué, disimulando que no notaba cómo me sostenía.

—Pues salvemos al jodido árbol y larguémonos de aquí antes de que llegue la familia de esos bichos para el velatorio —me aconsejó, acelerando un poco el paso, hasta que dimos con el boquete por el que habían caído los demás.

—¡Anastasia, hemos encontrado algo que deberíais ver! —me gritó nerviosa Echinácea en cuanto me vio asomarme por la abertura.

Usamos unas raíces que había pegadas a la tierra para poder deslizarnos y bajar al siguiente nivel. Meyenii tuvo que colocarse a mi lado e irme aguantando a medida que bajábamos por la improvisada liana. Fue atento y cuidadoso, hasta el momento en que pusimos un pie en el suelo...

—¿Sabes que la lechuga es saludable para la salud y para tu culo? —me dijo, secándose el sudor de la frente y llenándose la manga de la camiseta todavía más de tierra, justo cuando yo me sentaba en el suelo a descansar un momento.

—Echinácea, me he lastimado bastante el tobillo por salvar a don Perfecto de ser devorado por dos gusanos. ¿Me puedes ayudar? —le pedí, ignorando a

Meyenii.

La sanadora del grupo puso sus manos sobre mí y, al igual que la vez anterior, sus dedos se iluminaron y poco a poco fui notando cómo el dolor desaparecía. En su lugar, un estado de paz y tranquilidad colmaba mi cuerpo y, en menos de un minuto, ya era capaz hasta de saltar a la pata coja.

—Venid. Creo que ahora mismo tenemos un problema mayor que el de si pensar en utilizar a Meyenii como comida para animales —dijo Ginkgo, lanzándole una mirada amenazadora a Meyenii.

Al final de ese nuevo pasillo había un rizoma pegado al techo del que salían un montón de yemas con cientos de nudos de brotes herbáceos que guardaban una bellota gigantesca. Esta latía como si fuese un corazón y de su interior emanaba una luz naranja que iluminaba todo el lugar. Era una imagen digna de contemplar. La rodeamos para verla mejor. En la parte opuesta, la intensidad de la luz que le salía de dentro era más tenue, y en vez de tener esa bonita y alegre tonalidad anaranjada, era de un gris apagado. Investigamos todo lo que las raíces nos permitieron y pudimos ver que tenía un trozo de algo metálico clavado que se iba introduciendo poco a poco en la preciosa bellota, consumiéndola, por decirlo de alguna manera.

—Creo que eso es lo que la está dañando —expuso Reishi convencida.

—Bien. ¿Cómo se lo quitamos? —preguntó Meyenii.

Ginkgo sacó el bolline y empezó a cortar los tallos que cercaban el extraño objeto. En ese instante, el árbol comenzó a vibrar como si se estuviese retorciendo de dolor y un líquido rojo salió de cada corte que Ginkgo había efectuado.

—Mucho me temo que está conectada a los brotes que la rodean como si se tratasen de pequeñas venitas, y si los seccionamos, la heriremos aún más —argumentó Echinácea preocupada.

—¿Y si hacemos un círculo mágico a su alrededor para poder transportar esa cosa hasta nosotros sin tener que introducirnos dentro? —murmuró Meyenii.

—Podemos intentarlo. Si no nos sale bien, nos cargamos el árbol, matamos al hada y adiós al aceite —alegó Reishi.

—No sé si podré hacerlo. Es demasiado pronto —me lamenté.

—¡Seguro que puedes! Te ayudaremos entre todos —me reconfortó Echinácea.

La tierra volvió a sacudirse y nos caímos al suelo. La luz empezó a debilitarse y la masa gris se extendió hasta cubrir casi la mitad del corazón del árbol.

—¡No queda tiempo para prepararlo! —objetó Ginkgo—. Tenemos que salir de aquí o quedaremos atrapados.

—¡He dicho que lo salvaría, y lo haré! —le grité, guiándome por algo a lo que

pocas veces hacía caso: mi instinto.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Meyenii, poniéndose a mi lado—. Total, ya me has enterrado una vez. Hasta la tercera no me toca morir.

—Daos las manos alrededor del núcleo y rodeémoslo —les ordené. Todos obedecieron en el acto—. Meyenii, ¿cómo tienes el latín?

—Para no variar, soy el mejor con las lenguas muertas. —Me sonrió, guiñándome un ojo.

—Echinácea, necesito que cuando te diga, sueltes la mano e intentes cerrarle las heridas que le vamos a provocar —le pedí.

La asustada chica asintió sin dudarle. Me daba pánico tomar las riendas de algo que desconocía. Tampoco era que tuviéramos muchas más opciones.

—Meyenii, traduce lo que yo diga y el resto lo repetiremos a la vez por tres veces. ¿Listos? —les dije, sonando más segura de lo que en realidad me sentía.

—¡Dispara! —me dijo Meyenii.

—¡Objeto ven a mí! —grité.

Meyenii tradujo al instante:

—*¡Quod venit ad me!* —dijo, y todos lo repetimos tres veces al unísono.

La primera vez que pronunciamos la frase, la cosa se movió un poco. En cuanto nos detuvimos, se implantó todavía más profundo en la bellota. El suelo volvió a moverse bajo nosotros y comenzaron a caernos pequeños ríos de arena. Con la segunda oración, la cosa metálica fue saliendo despacio, cortando todo lo que se hallaba a su paso, haciendo sangrar al roble y llenándolo de pequeñas heridas. Todo lo que nos rodeaba se fue desmoronando poco a poco. La tercera vez que lo pronunciamos, el artilugio salió volando y terminó quedándose clavado en la palma de mi mano, causándome un dolor espantoso.

—¡¡Echinácea, ahora!! —le chillé, ocultando la mano para que no pudiesen ver el daño que me estaba ocasionando el cacharro del infierno.

Nuestra curandera particular colocó las dos manos sobre los tallos rotos que cubrían la bellota y comprobamos cómo, en su lugar, otros nuevos iban brotando y sustituyendo a los cortados, más grandes, más fuertes y más verdes. El color gris se fue disipando, dando paso a una brillante y cegadora luz. Echinácea cayó al suelo rendida y el corazón volvió a latir con más potencia que la vez anterior. Reishi saltaba de alegría y abrazaba a Ginkgo. Meyenii corrió a comprobar cómo estaba nuestra salvadora y yo aproveché la celebración de los demás para intentar sacarme el objeto que aún tenía clavado. Lo sujeté con los dedos y jalé fuerte para afuera. En vez de retroceder, se fue metiendo dentro de mí hasta desaparecer por completo en el interior de mi cuerpo.

Tras el siguiente parpadeo, todos estábamos en el exterior y habíamos recuperado por fin nuestro tamaño habitual, lo que hizo aumentar la algarabía

del grupo. Me sentía contenta por ellos. Todo había salido bien.

—¡Felicidades! Sinceramente, no creí que lo lograríais.

La diminuta hada apareció frente a todos, dejándolos sin palabras. Era la cosa más hermosa que había visto en mi vida, y supuse que ellos también.

—¿Nos darás ahora el aceite? —le pregunté.

—Un hada nunca rompe una promesa —me dijo.

De dentro de una de las cavidades más altas del roble salió un tarrito de cristal. Cuando este fue a reposar en mis manos, salió disparado en dirección contraria y se rompió, estrellándose contra el suelo.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté a la sílfide, totalmente desconcertada.

—Hasta que no logres sacarte eso, nada mágico podrá volver a tocarte. Regresad cuando lo hayas conseguido —me advirtió, y desapareció tras un pequeño torbellino de viento.

—¿De qué está hablando? —preguntó Reishi, igual de trastornada que yo.

—¿Dónde fue a parar la cosa esa que tenía la bellota, Anastasia? —me preguntó Meyenii.

No pude más que mostrarles mis manos y enseñar el corte de la palma.

—No quise asustaros por una tontería —me excusé.

Echinácea intentó cogérmela para investigar un poco. Al rozarme, fue como si se quemase.

—Nosotros no podemos hacer nada. Aunque no valgamos para hacer una mierda de brujería, algo de magia sí que poseemos. Lo siento, Anastasia —se lamentó Ginkgo.

—Pues estamos apañados... Anastasia tiene dentro un algo que no sabemos lo que es, el aceite ha volado por los aires. Vamos, peor que al principio. ¿Estáis seguros de que somos los indicados para esta misión? —sollozó Reishi.

—Totalmente seguro —afirmó Ginkgo.

—No lo comprendo. Lo lógico es que se hubiera destruido y no te siguiese a ti. Algo no me cuadra —exclamó pensativo Meyenii.

—Puede ser que tenga una cosa que nos podría servir —les planteé.

Decidí que era hora de sacar a la luz el libro de las Sombras de Iris. Cogí la mochila y rebusqué dentro sin mirar, hasta que palpé el lomo del pesado volumen. Cuando hice el amago de sacar una cosa invisible, se quedaron un poco bloqueados.

—Se te ha ido la cabra del todo. Estás peor de lo que pensaba —dijo Meyenii, frunciendo el ceño.

—¡Cállate por una vez y ayúdame! —le pedí.

—Venga, vale, haré como el que tiene alguna idea de lo que estás haciendo y te seguiré la corriente. ¿Qué necesitas? —me preguntó, sentándose a mi lado y

guardando las distancias para no achicharrarse, bajo la atenta mirada de los otros tres.

—Necesito volver a hacer visible esto y no recuerdo lo que hizo Acacia —le dije.

—Para eso no necesitas a Meyenii; sirve cualquiera. Es magia de primer nivel. Repite *visibilia fierent* tres veces pensando en el objeto que quieres que aparezca —me explicó Ginkgo, orgulloso de sí mismo.

Le hice caso y, al instante, el libro apareció entre mis manos.

—¿Ese es el libro de las Sombras de tu abuela? —me preguntó Echinácea anonadada.

—El mismo —le respondí.

—Me dijiste que no lo tenías... —dijo Ginkgo.

—No me sentía preparada para asimilar tantas cosas a la vez. Creo que si alguien puede ayudarme, es Iris, aunque ya no esté conmigo —le expliqué.

No tenía por qué excusarme; no estaba en la obligación de contarle toda mi vida. Tan solo habíamos dormido un rato juntos, por muy mal que eso sonase.

—Como haga lo mismo que le hizo al poblado... —murmuró Meyenii, sacándome de mis casillas, para no perder costumbre.

—Echinácea, no sé qué debo buscar —le pregunté.

—Ve a la parte de objetos mágicos, magia oscura o algo similar. En nuestros libros de las Sombras, las brujas escribimos los conjuros que vamos realizando, nuestras opiniones personales sobre algunos temas, cómo nos han salido las pociones y cosas similares. Iris era una sacerdotisa poderosa. Seguro que tiene datos sobre esto —me respondió.

Fui pasando las páginas con dedos temblorosos. Me sentía como si estuviese invadiendo su intimidad. El libro entero estaba atestado de frases y dibujos en los bordes. Por fin, di con una página que ponía arriba en grande: «¿Cómo eliminar la magia negra?». No pude contener más las lágrimas. Todo había sucedido demasiado rápido, y casi que lo prefería. No me había dado cuenta de cuánto la echaba de menos hasta ese momento.

—Tranquila. Respira hondo y, cuando estés lista, continuamos —me alentó Reishi, sentándose a mi vera y haciendo que llorase a moco tendido sobre el libro.

—No es por nada, pero para cuando cierres el grifo, lo mismo no puedes leer las letras —me avisó Meyenii.

Me sobresalté y miré inmediatamente el estropicio que les acababa de hacer a las amarillentas páginas. Si algo le pasaba, nunca me lo perdonaría. Intenté secar con la camiseta los goterones. Se fue enmarañando más y, finalmente, se convirtió en un gran manchurrón negro.

—¡Yo me cago en Satanás! —grité.

—Espera, relájate —me tranquilizó Echinácea.

Volví a mirar el libro, y lo que hacía un momento había sido un montón de tinta borrosa, ahora se estaba transformando en palabras.

Usa tu talismán.

No confíes en todo lo que te parezca bueno.

Y no desprecies todo lo malo.

Suerte, hija mía.

Te quiero.

Iris

Instintivamente, tomé el colgante entre las manos y algo comenzó a bajar por mi brazo. Podía ver cómo se movía bajo mi piel y cómo se resistía a salir. Agarré más fuerte todavía el medallón y la herida de mi mano se abrió. Comenzó a sangrar, y de la abertura salió una especie de humo gris que, nada más entrar en contacto con el exterior, se disipó.

Echinácea corrió hasta situarse a mi lado y sostuvo mi mano entre las suyas, intentando curarme la enorme raja que se me acababa de formar. Después de un rato intentándolo y quedar casi exhausta, le pedí que parara.

—No lo consigo, lo siento. No soy lo suficientemente poderosa como para curar una herida negra —se disculpó.

Ginkgo había estado callado la mayor parte del tiempo. ¡Qué cierto es que cuando convives con alguien, es cuando lo conoces! No llevábamos ni veinticuatro horas juntos y ya me había decepcionado en dos ocasiones.

—Chica libro, tengo un botiquín para emergencias en la mochila —me dijo Meyenii, sacando una venda y algunos antisépticos.

Me miró con cara de malo y se puso a lanzarme agua oxigenada a traición, acertando más en mi pantalón que en la herida. Al menos, me hizo sonreír. Me vendó la mano con cuidado, se puso serio y dijo con voz solemne:

—Sana, sanita, culito de rana. Si no se cura hoy, ¡te jodes y se curará mañana!
—Y se tiró al suelo a llorar de la risa, hasta que recibió un mamporro por parte de Reishi.

—¡¡Eres horroroso, Meyenii!! —lo acusó Echinácea.

—Sois bastante divertidos. La verdad es que os voy a echar de menos. Aquí sola me aburro bastante —dijo la pequeña hada, haciendo acto de presencia. Esa vez, bajó hasta el suelo y se colocó sobre mi hombro.

—¿Ya puedes ayudarnos? —le preguntó Ginkgo, que al parecer había regresado al mundo de los vivos.

El hada movió sus dedos y en las manos de Meyenii apareció un tarrito lleno de aceite.

—Prefiero que esta vez lo sostenga él, por si acaso —me dijo, guiñándome un ojo. Y salió volando hasta una de las ramas de su preciado roble.

Capítulo seis

Segunda misión: Elemento agua

Volvimos tras nuestros pasos y, con tan solo alejarnos unos metros del roble, pudimos contemplar cómo todo estaba arrasado y seco. Sin motivo aparente, el tornado se había detenido a escasos metros de llegar al árbol sagrado. No supe si fue casualidad o no, pero lo cierto era que respetó a ese gigante centenario, o puede ser que la diminuta hada lo detuviese. Fuera como fuese, lo demás no había corrido la misma suerte y estaba absolutamente destrozado o arrancado.

—¡¡Allí!! —gritó Ginkgo, y salió corriendo en dirección a un montículo cubierto de ramas y hojas.

Cuando llegamos hasta él, lo encontramos quitándole cosas de encima al *jeep*. Lo ayudamos con la esperanza de que todavía anduviera. Al terminar de desenterrarlo y ver mejor el estado en el que se encontraba, se me desvaneció cualquier esperanza de que aquello volviese a funcionar. Ginkgo abrió el capó y se puso a colocar los cables. Meyenii se sentó en el asiento del conductor e intentó en varias ocasiones arrancarlo sin conseguirlo, hasta que Ginkgo le gritó:

—¡Prueba ahora!

El coche arrancó, haciendo sonidos raros. Por lo menos, revivió.

Nos montamos sin decir ni mu. Ginkgo estaba loco por ese vehículo, y verlo conducir esa chatarra me daba un poco de pena. Los cristales habían desaparecido, el techo estaba abombado por la parte delantera y el interior chocaba contra nuestras cabezas. Uno de los ejes de las ruedas —o todos; no lo tenía muy claro— se había doblado y, para poder ir recto, Ginkgo tenía que llevar el volante completamente ladeado.

Cuando llevábamos unos pocos kilómetros recorridos y justo antes de salir de nuevo a la carretera, el coche se descontroló y algo explotó dentro del motor. Huimos rápido al exterior y nos quedamos mirándolo a una distancia prudencial. De pronto, las ruedas salieron disparadas y la carrocería se cayó, quedando totalmente a ras de suelo en un monumental barrizal.

—Lo mismo podemos arreglarlo y usarlo de barca —dijo Meyenii muy serio, mirando a su primo de reojo.

Ya no pude contenerme más y empecé a llorar de la risa. El resto me siguió, y todos, excepto un muy cabreado Ginkgo, terminamos agarrándonos unos a otros con dolor de barriga.

—¡Ufff, juro que necesitaba esto! —confesó Reishi.

—¡Y yo! —dijo Echinácea.

—¡Vosotros reiros! ¡A ver cómo cojones llegamos a alguna parte sin coche!
—protestó Ginkgo, yéndose malhumorado a dar un paseo.

Echinácea fue tras él para intentar calmarlo. Habría ido yo, pero no se me había pasado del todo el ataque de risa, y estaba segura de que me habría mandado un poco lejos.

—Acampemos aquí. Está oscureciendo y no hemos comido nada en todo el día —puntualizó Meyenii, y no pude estar más de acuerdo. Estaba famélica.

Teníamos dos tiendas de campaña de las modernas, de esas que lanzas y se montan solas por arte de magia. Poco misticismo, pero sí muy prácticas. Lo de la comida lo veía un poco más complicado. Entre Reishi y yo hicimos una pequeña fogata y los tres nos sentamos a esperar a que regresara el resto para planear la cena.

—¿Es agua lo que se escucha? —preguntó Reishi.

—Creo que sí. Debemos estar cerca de un pantano o un riachuelo, o algo parecido —contesté.

A Reishi se le iluminaron los ojos y miró con carita de pena a Meyenii.

—¿En serio? No tengo ganas —le respondió este—. Me da igual la cara que me pongas; no pienso ir. Hay más cosas para comer.

—¡Por favooooor! —le suplicó, dejándome fuera de la ecuación.

—¡Mierda! De acuerdo, la próxima vez vas tú —contestó Meyenii, poniéndose en pie.

—¿Se puede saber qué me he perdido? —les pregunté desubicada.

—Adoro el pescado. En el poblado no hay, y cuando lo traen, está feo y lo tenemos que hacer en conserva o secarlo. Meyenii es el mejor pescador del mundo —dijo, sonriéndole al muchacho y dándole una coba impresionante.

—Con la condición de que os tenéis que quedar aquí a esperar a Ginkgo y Echinácea. Ahora vuelvo —alegó.

—Yo quiero ir también. No puedo perderme el espectáculo del señor pescador —le pedí.

—Acompáñalo. No conocemos el terreno. Siempre será mejor que vayamos de dos en dos. Aquí estaré bien. No soy mucho de andar —me animó Reishi.

Al final, Meyenii cedió, refunfuñando por tener que llevarme. Fuimos siguiendo el sonido del agua hasta llegar a un precioso lago. Faltaba poco para la luna llena y el cielo estaba bastante iluminado. Era una considerable extensión de agua cristalina. La luna se reflejaba en su superficie y su luz le concedía una imagen casi mágica. Las piedras con musgo de la orilla parecían relucir como cientos de pequeñas luciérnagas. Meyenii se quitó la camiseta y me la arrojó.

—Al menos, que me sirvas para algo... —me dijo en tono de superioridad.

Se sentó y se dispuso para desprenderse también de sus pantalones, haciendo

que mis mejillas subiesen de tono y temperatura. Me di la vuelta rápidamente para no verlo en calzoncillos cuando, de pronto, una pernera del vaquero se quedó colgando por un lado de mi cara y otra por la espalda. Me giré para devolvérselos y lo vi de pie en la orilla, con los brazos extendidos y los ojos cerrados. Tan solo llevaba puesto unos bóxers negros con lunares rojos, bastante graciosos y de los cuales me reí a base de bien hasta que supe qué estaba haciendo. Me acerqué a él y lo escuché atenta:

—Te doy las gracias por dejarme contemplar tu belleza y te pido que me permitas capturar alimento para mis amigos y para mí.

Se puso de rodillas y se adentró en el agua. Guardé la ropa en mi mochila y me senté en la orilla a esperar a que saliese a la superficie. Me cansé de esperar, y eso nunca ocurría. No sabía cuánto tiempo podían estar los wiccanos sin respirar, pero un humano normal ya habría estado teniendo problemas. Me quité los vaqueros, la sudadera y los zapatos rápidamente y me lancé al lago. Nadé un poco, buscándolo, y me zambullí en varias ocasiones sin ser capaz de verlo por ninguna parte. Estaba empezando a desesperarme.

—¡¡Meyenii!! —lo llamé sin obtener respuesta, hasta que escuché un pequeño chapoteo. Me volví y un enorme pez me dio un coletazo en toda la cara, dejándomela colorada.

—Si querías bañarte conmigo, solo tenías que decirlo —se burló, sacando la cabeza fuera del agua y acercándose lentamente.

Tenía el pelo mojado y pequeñas gotitas de agua le corrían por las pestañas y la nariz. La luz de la luna hacía que su negro cabello tuviese tonalidades azules y sus grandes ojos verdes brillaban al mirarme. En ese instante, algo en mí se encendió, un sentimiento que no había experimentado jamás. Me sentía ridícula, enfadada, aliviada. De lo que más ganas tenía en ese momento era de matarlo con mis propias manos.

Me aproximé hasta él y, cuando estuve lo suficientemente cerca, lo rodeé con un brazo y pegué mi nariz a la de él. Meyenii me sostuvo de la cintura con sus enormes manos, cerró los ojos y acercó sus labios a escasos milímetros de los míos, justo cuando casi ni el aire nos separaba y mi cuerpo estaba totalmente en tensión. Levanté la mano que tenía escondida tras la espalda y en la que llevaba sujeto el puñetero pez que me había arrojado y se lo estampé en la cara, saliendo después nadando lo más rápido que pude hasta la orilla para intentar no recibir represalias.

—¡¡Eres estúpida, Anastasia Boca de Fuego!! —me gritó, intentando mostrarse enfadado, pero con una sonrisa en la cara que le resultaba imposible de ocultar.

Esa vez había logrado pillarlo desprevenido, aunque me pregunté qué habría

pasado si no le hubiera dado el pescadazo en el coco.

—¡¡Eso te pasa por asustarme y obligarme a mojarme!! —le chillé.

Entonces, hundió la cabeza en el agua de pronto y estiró los brazos hacia fuera como si le estuviesen jalando.

—Esta vez no voy a caer. Deja de hacer el crío, que Reishi espera la cena —le dije, sentándome en la orilla.

Tras hacer el mismo amago de ahogo en tres ocasiones, finalmente desapareció de mi vista.

Me acerqué a la linde y lo llamé repetidas veces. La última vez había aguantado la respiración bastante tiempo bajo el agua. Me negaba a que me tirase otro gelatinoso pez. Las duchas de agua caliente con jabón y todo eso no abundaban en nuestro viaje, y dormir con olor a pescado no era mi idea de pasar una noche relajada.

En el extremo opuesto del lago vi algo moverse. Reishi tenía razón: aparte de ser un pescador nato, nadaba rapidísimo. Centré mi vista en las ondas que se habían formado en la superficie donde se suponía que estaba oculto Meyenii y, de pronto, me pareció ver una figura humana azul moverse bajo la superficie cristalina del agua. Me vestí corriendo y regresé al campamento a pedir ayuda a los demás.

—Ya era hora. ¿Habéis dejado sin peces medio condado? —preguntó Reishi.

—En breve iba a ir a buscaros. Me estaba empezando a preocupar —me avisó Echinácea.

Ginkgo estaba sentado frente al fuego sin decir nada, entretenido en afilar un palito con su bolline. Cuando logré recuperar el aliento lo suficiente como para articular palabra, lo agarré por la camiseta y tiré de él para que se levantase.

—¡No estoy de humor, Anastasia! ¡Juega con Meyenii! —me gruñó.

—¡¡¡Se está ahogando!!! —pude decir al fin.

—¡¿Qué?! —exclamó Echinácea.

—Es imposible. Meyenii es el mejor nadador del mundo entero —alardeó Reishi.

—¡Llévame donde está! —me ordenó Ginkgo, y los cuatro corrimos hasta el borde del lago.

Cuando llegamos, seguía sin haber rastro alguno de nuestro compañero.

—Debería haberme vuelto a tirar al agua, pero como la primera vez me engañó, no supe qué pensar hasta que vi esa silueta azul extraña, como si se tratase de un monstruo o algo así. Me asusté y fui a buscaros —reconocí.

—¿Qué viste exactamente? —me presionó Ginkgo, agarrándome por los hombros y zarandeándome.

—¡Suéltala! No es buen momento para perder los nervios, ¿no crees? —lo

regañó Echinácea.

Ginkgo agachó las orejas.

—Perdona, Anastasia. Si le pasa algo a ese estúpido, mi madre me cuelga del árbol más alto del poblado. Es lo único que le queda de su hermana —se disculpó.

—Te entiendo. Yo también me siento culpable por todo esto. Tenemos que centrarnos. ¿Qué ser se lo puede haber llevado? Porque ahogarse, después de verlo nadar, sé que no se ha ahogado —argumenté.

Todos se pusieron a darle vueltas al enigma durante un buen rato hasta que Reishi habló:

—Echinácea, ¿cómo se llamaban esas mujeres tan bonitas con la piel escamosa de tonos azules y verdes y el pelo amarillo que tanto me gustaban?

—¿Sirenas? —dijo Ginkgo.

—No, las sirenas son del mar. Era una que no tenía cola, que poseía piernas. Me acuerdo porque dije que si se ponía algo de ropa, lo mismo no cogía frío —apuntilló Reishi.

—¡¡Ondinas!! —gritó Echinácea, que era la intelectual del grupo, aparte de nuestro médico de urgencias.

—No podía ser de otra manera. Seguro que estaba tonteando con Anastasia y la ondina lo vio, ¿no es así? —me acusó Ginkgo, haciendo que me ruborizara.

—¡¡No estábamos flirteando!! ¡¡Me había tirado un pez encima y se lo devolví cuando intentó besarme!! —me defendí, deseando poder borrar la última frase.

Ginkgo se quedó como si le acabasen de arrojar un cubo de agua helada encima. Su mirada se endureció, me dio la espalda y se dirigió directamente a Echinácea:

—¿Qué sabes sobre ellas? —le preguntó.

—No tienen conciencia. Les gusta jugar con los hombres. Son parecidas a las sirenas, pero sin ser malévolas. Ellas, simplemente, no diferencian el bien del mal —le explicó.

—¿En el mapa no decía algo de que teníamos que conseguir una cocha mágica del elemento agua? —continuó Reishi.

—Creo que sí —afirmó Ginkgo.

—Crucemos los dedos porque no lo haya matado ya —finalizó Reishi.

No sabía qué decir; estaba totalmente desconcertada. Tenía demasiadas cosas que aprender sobre ese nuevo mundo. Me sentía impotente, vulnerable y, lo peor, estúpida.

—Intentaré llamarla —dijo Echinácea, acercándose al agua y elevando las manos igual que había hecho Meyenii hacía tan solo un rato. Nada sucedió.

—No funcionará. Tiene que ser Anastasia la que haga un trato con ella. Yo no

he tenido nada que ver en esta ecuación —se lamentó.

—Haré lo que haga falta. En parte, ha sido culpa mía —reconocí.

—Y mía. Si no hubiese querido el pescado de las narices, seguiríamos frente al fuego —lloriqueó Reishi.

Me lancé al agua sin tener ni pajolera idea de qué estaba haciendo y, cuando el agua me cubrió medio cuerpo, grité:

—¡¡Aquí me tienes!! ¡¡Acepto tu reto!!

Al instante, el agua se movió creando enormes ondas y del centro de ellas surgió una figura femenina de las características que Reishi nos había comentado. Su larga melena rubia le cubría los senos, y en la cintura llevaba una graciosa falda compuesta por algas.

—¿Y si no quiero devolvértelo? —me preguntó con una voz gutural que asustaría a los muertos, haciéndome retroceder algunos pasos.

—Él no te pertenece. Es un wiccano, es un guardián de la naturaleza y, como tal, debes respetarlo —la enfrentó Echinácea.

—Fue él quien decidió adentrarse en mis aguas con fines impuros —respondió la ondina, suavizando su voz.

—¡Eso no es cierto! ¡Vi cómo pedía permiso para poder pescar! —le debatí.

—Efectivamente, vuestro compañero pidió poder alimentarse de estas aguas. Él, en ningún momento, dijo nada de intentar enamorarte —me refutó, dejándome sin recursos y totalmente abochornada.

—¡¿Qué quieres a cambio del zopenco de mi primo?! —le gritó Ginkgo, sorprendiéndola.

—Su magia —dijo, señalándome.

—¡¡Nooo!! —chillaron Echinácea y Reishi a la vez.

—Es un intercambio desfavorable para nosotros y nada equitativo. Lo sentimos. No aceptamos. ¡Quédatelo! —le dijo Ginkgo, sorprendiéndonos ahora a nosotras.

—Bueno, de acuerdo, pensé que el chico era más importante para vosotros. Quiero ser humana —expuso la ondina, dejándonos a cuadritos.

—Y yo un armario de Versace, y me conformo con la modista del pueblo... —susurró Reishi a Echinácea por lo bajini.

—Lo mantendré con vida hasta el amanecer. Si no obtengo lo que quiero, permanecerá en estas aguas para siempre como mi concubino —concluyó la ondina, zambulléndose de nuevo.

—Echinácea, ¿es posible transformarla en humana? —le pregunté angustiada.

—Volvamos al campamento y lo discutís por el camino —nos apremió Ginkgo.

—Tengo entendido que si le dan su corazón a un hombre, se vuelven

humanas. ¿A quién le podemos dar para que se enamore en cuatro horas? Es imposible lograrlo —me explicó Echinácea, viniéndose abajo.

—¿Habrá algo en el libro de Iris? —me preguntó Ginkgo con renovado interés.

Nos sentamos alrededor del fuego, saqué el libro y me puse a leer junto a Echinácea los cientos de páginas mientras Reishi y Ginkgo discutían distintas formas para salvarlo si no lo lográbamos lo que la ondina nos exigía.

—¡Me duelen los ojos! —exclamé.

—Sí, la verdad es que la letra de tu abuela no es que sea demasiado fácil de entender —confesó Echinácea.

—Creo que he encontrado algo que nos puede servir —la informé entusiasmada—. Aquí dice: «Despojar de inmortalidad. Se necesita el consentimiento del ser en cuestión. No se debe olvidar que cualquier hechizo que se lance regresará a ti magnificado por tres, tanto para bien como para mal. Hay que tener especial cuidado con este conjuro. Necesita sangre de la persona que lo realiza y de a quien vaya dirigido, y ambos quedarán ligados sin conocerse las consecuencias de estos invisibles hilos».

Echinácea y yo nos miramos pensativas.

—¿En qué consiste exactamente el maleficio? —preguntó Ginkgo un poco más agradable que las veces anteriores.

Echinácea tomó el libro y leyó en voz alta:

—A ver, pues pone que se necesita sangre de los dos que vayan a participar, aceite sagrado, que da la casualidad de que tenemos un tarrito lleno. Solo tendríamos que gastar dos gotas; sería viable. Un pentagrama, una vela verde para conectar al ser mágico con la realidad humana; es decir, con las penas, las alegrías, el sufrimiento y todas esas cosas.

—Creo que la dama de azul no ha entendido muy bien el concepto de lo mal que se pasa siendo un vulgar mortal —interrumpió Reishi.

—Un mortero y luz de luna —concluí por ella.

—¿Tenemos todas esas cosas? —preguntó Ginkgo.

—Parece ser que sí. Yo lo haré —se ofreció Echinácea.

—Un segundo —los frené—. Aquí al lado de la página pone que el brujo que haga el conjuro tiene que estar dotado de toda su magia.

—Es demasiado arriesgado. No sabemos qué consecuencias te acarreará, Anastasia —me advirtió Reishi.

—No podemos abandonarlo. Además, hemos venido con una meta, y si no la logramos, no habrá mucho futuro para ninguno de nosotros, ¿no es cierto? —les recordé, haciéndolos entrar en razón.

Nos dirigimos de nuevo a la orilla y preparamos las cosas para el ritual.

Echinácea sacó de su mochila una capa negra con capucha y me dijo que me la pusiese. La ondina apareció al instante. Su cuerpo parecía que reluciese bajo la luz de la luna. Realmente era preciosa.

—¿Dónde está Meyenii? —le preguntó Reishi.

—A salvo, por ahora —respondió satisfecha.

—Lo necesitamos para el ritual. Es el que más sabe sobre estas cosas, y no creo que podamos hacerlo sin su ayuda —le expliqué a la mujer acuática. Puso cara de escepticismo. Al minuto, se sumergió y regresó con Meyenii, atado por raíces de plantas.

—¿Estás bien? —le preguntó Echinácea, corriendo a su lado.

—He estado mejor —confesó el muchacho un poco abatido. Levantó la mirada, me vio con la capa puesta y se le descompuso la cara.

—¡Yo también me alegro de verte! —exclamé.

—Si se va la luna, no tendremos nada que hacer. ¿Empezamos? —se impacientó Ginkgo.

La ondina desató a nuestro compañero. Este se colocó a mi lado y me susurró:

—¿Se puede saber a qué estáis jugando?

—A salvarte el culo, si te parece bien. El problema es que no tengo ni idea de cómo —le respondí.

—El hechizo sería más efectivo si todos colaboramos en el ritual —explicó Echinácea.

Estuvimos de acuerdo con ella y fuimos obedeciendo las órdenes de Meyenii.

Meyenii empuñó su athame, Ginkgo cogió el mortero y me lo dio, Echinácea encendió la vela y Reishi sacó el aceite. Nos pusimos formando una rueda y comenzamos a andar por la línea imaginaria que nos separaba, siguiendo el círculo en el sentido de las agujas del reloj, deteniéndonos en cada punto cardinal. Tras dar tres vueltas y sentir un pequeño cosquilleo que me recorrió todo el cuerpo, supe que ya estábamos preparados para empezar. Me acerqué a Reishi, quien estaba en el punto del norte, y repetí tras ella:

—¡Tierra, aire, fuego, agua! ¡Os invitamos a entrar en nuestro círculo!

Cogió el aceite, me lo dio y lo coloqué en el suelo en el centro de la circunferencia. Luego me ubiqué junto a Ginkgo, dijimos en voz alta el mismo llamamiento y me cedió el mortero, sosteniendo mi mano antes de que me alejase y acercándose a mi oído.

—Ten cuidado. Eres demasiado importante para mí como para perderte por culpa de este estúpido.

Noté cómo se me subían los colores después de escucharlo. Intenté que mis pensamientos se centrasen en lo que estábamos llevando a cabo y decidí lidiar con lo que me había confesado cuando terminásemos. Vertí unas gotas del aceite

en el interior del recipiente y lo dejé junto al mortero. A continuación, me situé tras Echinácea, enunciamos la frase y esta me cedió la vela con cuidado de que no se apagase. Las manos me sudaban. Estaba demasiado nerviosa como para sostenerla sin lograr que su llama oscilase de un lado a otro. Justo cuando iba a soltarla en el suelo, Meyenii me hizo señales para que fuese con él. Hicimos el llamamiento de los elementos, cogió el cuchillo y pasó el doble filo varias veces por la llama. Este se tornó negro. Meyenii me miró a los ojos, me sostuvo la mano y me dijo:

—¿Estás lista?

Su tono expresaba más preocupación de la que me habría gustado escuchar en esos momentos. Asentí y él sostuvo mi mano e hizo un corte en la palma con la punta incandescente del athame. La ondina apareció a mi lado y Meyenii hizo otro corte en la extremidad de la criatura. Ambas fuimos al centro y derramamos unas gotas de sangre en el mortero, mezclándose con el aceite y volviéndose el mejunje de un color negro azabache en vez de rojo carmesí, que era el resultado que estaba esperando ver. Lo alcé y dejé que la luz de la luna lo colmase. La ondina me miraba intrigada.

—¡Os invito, Diosa y Dios, a que entréis en este círculo y me ayudéis en mi tarea! —les pedí.

Algo raro sucedió entonces. La luna desapareció, un montón de nubes negras cubrieron el cielo y algo colisionó contra la pared invisible del círculo. Me giré asustada.

—¡¡No rompáis el círculo!! —nos gritó Echinácea.

Vi un atisbo de temor en la mirada de la ondina. Estaba en tierra y fuera de su hábitat; no tenía sus poderes. Lo que fuera que nos estaba atacando lo hacía con más fuerza en cada arremetida. Vi cómo Ginkgo hizo el amago de dar un paso atrás. Entonces, Meyenii le lanzó el athame, quedando este clavado en el suelo a escasos milímetros de su pie, convencándolo de que se detuviese.

—¡¡Continúa, Anastasia!! —me instó Reishi.

Me concentré en lo que queríamos. Uní mi mano a la de la ondina y grité:

—¡Diosa, te rogamos que logres hacer que esta criatura sea humana como nosotros! No tenemos malas intenciones con ello. ¡Solo queremos ayudarla y hacerla feliz!

Cogí la mezcla del mortero y se la unté por la herida de la mano. Los golpes invisibles se detuvieron. Miré a mi lado y, justo detrás de Echinácea, vi dos ojos brillantes como estrellas que se fueron alejando poco a poco. Estaba realmente acojonada. La luna volvió a salir y, en el momento en que aquella cosa desapareció, a la ondina se le iluminó la palma y el tono azulado de su piel se fue desvaneciendo, dejando paso a un color carne sonrosado que le fue subiendo por

el brazo hasta cubrirla por completo. Las membranas de sus dedos desaparecieron, el pelo amarillo chillón dejó paso a un cabello que se tornó castaño. Cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir, un celeste precioso apareció tras sus párpados en vez de esas fijas rayas negras que los atravesaban de arriba abajo. La transformada ondina se cayó al suelo temblorosa, sin dejar de mirarse las piernas y las manos. Me incliné a su lado, me quité la capa y la cubrí con ella. Ahora, siendo humana, no estaba bonito que estuviese completamente desnuda.

—¿Ya? ¿Lo has conseguido? —me preguntó con lágrimas en los ojos.

—Creo que sí. —Le sonreí.

La chica se puso de rodillas y me abrazó, dándome las gracias sin dejar de llorar.

—¿Por qué me llueven los ojos? —se extrañó.

—Son lágrimas. La vida de humana no es tan maravillosa como crees —le respondió Reishi, que continuaba como un buen soldado sin moverse de su lugar.

—Al menos, podré estar con él. —Sonrió, secándose los ojos.

—¿Cómo no? ¿En serio que todo esto es por un hombre? —le preguntó Meyenii enojado.

—Creí que tú mejor que nadie entenderías por qué lo hago —le respondió la exondina.

—¡Yo ni loco pierdo mis poderes y la vida eterna por una chica! —exclamó Meyenii.

—Cuando te tenía prisionero, miré en tu corazón... —le respondió, guiñándole un ojo y siendo la única persona en todo ese tiempo que había logrado hacer que Meyenii se ruborizase y se quedase callado. Los demás lo miramos y nos reímos, liberando toda la tensión que teníamos acumulada.

—¡Anastasia, da gracias y cierra el círculo! O voy al servicio ya o me lo hago aquí mismo —dijo Reishi un poco apurada, desviando nuestra atención del incómodo Meyenii.

—¡Gracias por vuestra ayuda, queridos dioses! ¡Gracias agua, fuego, aire y tierra! ¡Podéis partir! —exclamé en voz alta, casi sin creerme todavía todo lo que acababa de suceder.

Anduvimos, esa vez en el sentido contrario a las agujas del reloj, cerrando el círculo, y cuando dimos la última vuelta, sentí cómo los elementos que habían estado presentes nos abandonaban y una paz y tranquilidad inundaba mi alma.

—Necesitamos que nos hagas un favor —le pedí a la chica, que seguía ensimismada mirándose cada parte de su nuevo cuerpo.

—Lo que quieras —me respondió risueña.

—¿No tendrás por casualidad una concha mágica escondida en alguna parte?

—le preguntó Echinácea.

—En el otro extremo de la laguna hay una cueva casi oculta por el agua. Allí, en un hueco que hay en una de las paredes, tengo mi tesoro escondido. Ya no me hará falta. Coged lo que queráis —nos brindó amablemente.

—¡Ea, otra vez a mojarme! ¡Al final, me voy a parecer a un garbanzo! —se quejó Meyenii.

—¡Cállate, que si no fuese por tu culpa, no habríamos perdido tanto tiempo! —le reprochó Ginkgo.

—Y tampoco tendríamos la almeja de las narices —le recordó.

—¡¡Eres tú!! —gritó la muchacha a alguien que se nos acercaba, interrumpiendo la discusión familiar.

Un extraño venía directo hasta nosotros. Estaba oscuro. Su andar y su cuerpo delgado me resultaban extrañamente familiares. La transformada ondina corrió hasta el desconocido para abrazarlo. A decir verdad, ese era un momento bastante íntimo y me sentí un poco fuera de lugar. Los cinco nos miramos y decidimos girarnos para darles un poco de espacio a la pareja.

De pronto, escuchamos un grito ahogado y nos giramos rápidamente. El hombre tenía sujeta a la chica y, bajo ellos, vimos cómo un gran charco de un líquido rojo comenzaba a cubrir la hierba que quedaba a sus pies. No teníamos ni idea de qué estaba sucediendo.

El tipo soltó a la ondina, que cayó al suelo con los ojos en blanco y un puñal clavado en el pecho. La acababan de asesinar frente a nuestras narices sin que hubiéramos podido hacer nada para evitarlo. Levantó la vista y unos ojos rojos brillantes como los que había visto en el roble me miraron fijamente. Estaba paralizada por lo que acaba de presenciar. Nunca había visto cómo asesinaban a alguien. La criatura acuática no había sido lo que se dice amable con nosotros, pero no merecía morir así. Todo lo que hizo fue por amor.

El ser estaba cada vez más cerca y yo seguía petrificada. No podía quitar la vista del cuerpo inerte de la pobre muchacha.

—¡¡Corre!! —me gritó Meyenii, tirándome del brazo y casi haciéndome tropezar.

Caminé todo lo rápido que mis pies me permitieron, intentando no mirar atrás. Los demás nos sacaban algunos metros de distancia. Podía escuchar los pasos acechantes de la vil criatura asesina casi pegada a nosotros. Estaba muerta de miedo, el corazón se me iba a salir por la boca. Me caí al suelo y me hice un ovillo, intentando proteger mis partes vitales. Alguien me zarandeó e intentó quitarme los brazos de la cara. No estaba dispuesta a morir sin luchar y apreté todavía con más fuerza hasta que escuché una voz conocida llamarme:

—¡Anastasia, para, ya no está! ¡Levanta!

Meyenii estaba justo frente a mí, mirándome preocupado. Me abalancé sobre él y lo abracé con más fuerza de la que en un principio pensé e hice que se cayera de culo, quedando tumbada justo encima de él en una postura un tanto embarazosa. Meyenii levantó sus brazos y agarró mi cintura, me miró y me sonrió. Nuestros labios estaban a punto de rozarse. Tenía unas preciosas pecas bajo los ojos con unas pequeñas arruguitas a cada lado. Era la primera vez que lo veía tan de cerca. Me sostuvo la nuca y me empujó suavemente hasta él.

—¿Estáis cómodos? —gritó Ginkgo, haciendo acto de presencia.

Me levanté de un salto y me sacudí el polvo de los pantalones, dando gracias porque todavía fuese de noche y nadie pudiese ver el tono de mis mejillas.

—Y nosotros preocupados por si os habían descuartizado —se quejó Reishi.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde ha ido? —preguntó aterrada Echinácea.

—Ni idea. En cuanto comenzamos a adentrarnos en el bosque, noté cómo cambiaba de dirección. Y luego, Anastasia no ha podido resistirse a mis encantos y se ha abalanzado sobre mí. No soy más que una pobre víctima indefensa —agregó Meyenii, haciéndose el mártir y recibiendo un señor guantazo de mi parte.

—¡Hoy no es tu día, ¿eh?! —se mofó Reishi.

—Continuemos antes de que vuelva a aparecer. Necesitamos la maldita concha de las narices —aconsejó Ginkgo.

Capítulo siete

Tercera misión: Elemento tierra

No lograba quitarme esos resplandecientes ojos de la mente. Hasta hacía solo unos días, el tema de los demonios, brujos y criaturas mágicas solo existía en los cuentos, los que, por cierto, mi abuela se había negado a leerme y los que, en ese mismo momento, me serían bastante útiles...

—¿Estás bien? —me preguntó Echinácea.

—¿Pudiste ver quién atacó a la ondina? —intenté averiguar.

—La verdad es que no. Estaba demasiado nerviosa. Casi preferí no mirar y salir corriendo. ¿Y tú?

—Si te soy igual de sincera, no sé si lo vi o me lo imaginé. Juraría que vi...

Entonces, algo me agarró la pierna y casi logró que me cayese al suelo. Echinácea gritó y yo me di la vuelta, cerré los ojos y pegué una patada a lo que fuese que me estuviera sujetando, haciéndolo chillar.

—¡Joder, tampoco era para tanto! —gritó Ginkgo desde el suelo—. Cuando lo hace Meyenii, nadie lo atiza.

Ginkgo tenía una ramita en una mano y con la otra se palpaba la nariz amoratada por el golpe que le acababa de dar, y de la que le salía una cantidad considerable de sangre. Me agaché e intenté disculparme:

—¡¿Cómo se te ocurre hacer eso con la que nos está cayendo ahora mismo?! ¡¿Qué esperabas, dos besitos?! —lo sermoneé.

Mientras intentaba que Ginkgo se levantara, Meyenii estaba apoyado en un árbol llorando de la risa. Ginkgo le lanzó una mirada asesina y Meyenii intentó disimular tapándose la boca, sin demasiado éxito.

—¡Primo, Meyenii solo hay uno, singular e inigualable! —le dijo el muy prepotente.

—¡Y menos mal, porque si no, ¿qué sería del mundo?! —concluyó Reishi.

Al llegar a la otra parte del lago, la vegetación se hizo mucho más espesa. De donde veníamos, había algunos claros como en el que realizamos el círculo mágico. En ese lado parecía que los árboles no querían que nadie se adentrara. Como pudimos, llegamos a la orilla y echamos un vistazo a ver si encontrábamos la cueva de la que nos había hablado la ondina.

—Creo que veo algo —indicó Echinácea.

Ginkgo seguía ofuscado y con un pañuelo puesto bajo su nariz, intentando cortar la hemorragia.

A nuestra derecha había un pequeño acantilado entre la tierra y el comienzo

del lago. Bajo el pasto se podía apreciar el principio de una gruta oscura. Supusimos que sería el lugar en el que teníamos que entrar. Nos pusimos las maletas sobre la cabeza para que no se mojasen y nos tiramos al agua.

Aunque estaba a punto de amanecer, eso de volverme a meter en la laguna a oscuras no me hacía ninguna gracia. No pensaba quedarme atrás y darle la oportunidad a Meyenii de que se volviera a burlar de mí. Aceleré y me situé la primera del grupo. De un salto, entré en la gruta. Al intentar ponerme en pie, el musgo de las rocas me jugó una mala pasada y me hizo resbalar y caer encima de la pobre Echinácea, que era quien estaba justo detrás de mí, casi ahogándola a la pobre. Cuando logramos volver a la superficie, los otros ya habían subido. Ginkgo estaba agachado en el borde, tendiéndole la mano a Echinácea para ayudarla a escalar. Le di un empujoncito en el trasero para levantarla, y cuando fue mi turno, para mi desgracia, el que estaba para levantarme era Meyenii, quien intentaba ocultar una mueca de sonrisa.

—Venga, dilo. Sé que estás deseándolo —le dije.

—Yo no he dicho absolutamente nada —se quejó Meyenii.

—No hace falta —agregué una vez de nuevo arriba.

—Si mi mente hubiese pensado decir alguna cosa, que no es el caso, sería que eres muy muy patosa —concluyó satisfecho.

—¿Te tengo que recordar a quién acabamos de salvar de ser el amante de una ondina de por vida? —lo amonestó Reishi.

—Si lo dices de esa forma, creo que tampoco habría estado tan mal. Quitando lo de las membranas en los dedos y el color azul, la chica tenía su punto —apuntilló Meyenii, llevándose un muy merecido manotazo por parte de Echinácea.

—¡Eres horrible! —le dijo la chica.

—Sí, pero os gusto, ¿a que sí? —respondió, corriendo dentro de la gruta para que no le cayese otra colleja.

—No tiene remedio —dijo Reishi, encogiéndose de hombros.

—¡Os juro que si no fuese por lo que es, diría que es adoptado! —se disculpó Ginkgo.

—¡¡Creo que he encontrado algo!! —nos gritó Meyenii desde el interior de la cueva.

Cuando nuestra visión se acostumbró a la penumbra, pudimos contemplar un paisaje lleno de estalactitas y estalagmitas que casi atravesaban el reducido espacio de arriba abajo, haciendo que fuese realmente complicado atravesarlas.

—¡¿Venís o qué?! —nos apresuró Meyenii.

A medida que nos íbamos adentrando en la cueva, el lugar se alumbraba cada vez más con una luz verde esmeralda. Cuando llegamos hasta donde él se

encontraba, casi tuvimos que taparnos los ojos para no cegarnos por las luces que salían de todas partes. Había un manantial subterráneo dentro de la cueva, y del fondo de este brotaba esa luz que golpeaba las paredes y hacía que los pequeños minerales y piedras que esta contenía, resplandeciesen como si fuera una bola de discoteca a lo gigante. Meyenii estaba en una esquina agachado, sacando algo de entre las piedras.

—¡Este lugar es realmente precioso! —exclamó Echinácea sorprendida.

No pude estar más de acuerdo con ella. Por un momento, se me olvidó que nos perseguía un demonio que ansiaba aniquilar a todo ser mágico de la tierra, incluida yo.

—¡Ahhhh, mi pelo, mi pelo! —gritó Reishi.

Algo invisible le estaba tirando de un mechón de sus rojos rizos. Nos quedamos atónitos observando la escena sin reaccionar. Lo que fuese que la tenía aferrada, dio un tirón más fuerte y la arrastró dentro del agua. Ginkgo se lanzó tras ella a socorrerla. Los demás nos pusimos de rodillas en el borde, intentando ayudarlos a salir de allí. Nos empujaron y terminamos los cinco en unas extrañas y cálidas aguas resplandecientes.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Meyenii.

Justo cuando iba a responderle, unas burbujas surgieron desde el fondo y fueron explotando a medida que rozaban la superficie.

—¡Creo que deberíamos salir rápido de aquí! —aconsejó Echinácea.

Cada vez, las pompas eran más numerosas y la fuerza con la que estallaban mayor, sin dejarnos dar una sola brazada para poder acercarnos al borde. En un momento, el agua del pequeño manantial comenzó a girar y nosotros a su vez, arrastrados por la corriente.

—¡Agarraos de las manos! —les chillé.

Meyenii aferró mi mano con fuerza y tiró de mí hasta que quedé completamente pegada a él. Me tenía cogida por la cintura. Lo único que podíamos hacer era dejarnos llevar por la corriente; era inútil luchar contra ella. Ginkgo y Echinácea estaban juntos también. Reishi seguía gritando e intentando zafarse de algo que trataba de arrancarle un trozo de pelo a toda costa.

—¡Tenemos que ayudarla! —le supliqué a Meyenii.

—¡No pienso soltarte! —me dijo muy serio, mirándome fijamente.

Cuando estaba a punto de rebatirle, los giros empezaron a ser más bruscos y rápidos, arrastrándonos al centro de lo que era un torbellino bastante enfurecido.

Reishi desapareció en las profundidades del remolino, seguida de Echinácea y Ginkgo. Meyenii había logrado agarrarse con una mano a una raíz de uno de los laterales del estanque y con la otra me sostenía a mí con toda la fuerza de la que era capaz. Tenía cara de angustia y de no poder resistir durante mucho más

tiempo. De su extremidad comenzaba a brotar bastante sangre. La ligadura que se había efectuado estaba haciéndole cortes profundos.

—¡¡Meyenii!! —lo llamé.

—¡He dicho que no voy a soltar...!

Lo interrumpí, cogiéndolo desprevenido. Sin dejarlo terminar de protestar, le di un ardiente beso en los labios. Lo normal en esos casos habría sido cerrar los ojos y ponernos románticos. En vez de eso, él los mantuvo bien abiertos. En el poco tiempo que llevábamos juntos en esa loca aventura, Meyenii ya me conocía mejor que la mayoría de las personas con las que había compartido mi infancia.

Como vi que mi plan de despiste no resultaba, pasé al plan B: lo agarré del cuello con ambas manos e introduje mi lengua dentro de su boca. En ese momento, se puso tan nervioso que soltó su enganche y los dos nos fuimos dando vueltas al retrete improvisado que se había formado en aquel bello manantial. Mi instinto me decía que eso era lo que teníamos que hacer, y de no haber hecho algo tan drástico como eso, seguramente Meyenii nunca me habría soltado y quizá su mano no habría terminado de una pieza.

Caímos por un túnel estrecho. La corriente nos arrastraba de un lado a otro, haciendo que nos chocáramos con las rocas laterales. Meyenii intentaba protegerme, pero el peso de su cuerpo hacía que los golpes se intensificasen. Estuvimos dando tumbos durante algunos minutos, que a mí se me hicieron eternos, hasta que por fin el camino se terminó y rodamos por una cascada para concluir zambulléndonos en otro lago subterráneo; solo la Diosa sabría cuántos metros más abajo. Ginkgo, Echinácea y Reishi estaban allí sentados esperando a que cayésemos del cielo —nunca mejor dicho— y nos ayudaron a salir del agua.

—¿Qué cojones ha sido eso?! —preguntó Meyenii, pasando por alto nuestro beso.

No tuve muy claro si mi corazón seguía acelerado por eso o por la montaña rusa improvisada de la que acabábamos de escapar.

—¿Estáis todos bien? —pregunté, haciendo exactamente lo mismo que él y no dándole importancia a lo que acababa de pasar.

Miramos a nuestro alrededor para intentar ubicarnos. Las rocas estaban llenas de esmeraldas verdes de todos los tamaños. La nueva gruta en la que nos encontrábamos estaba totalmente iluminada por un montón de candelabros dispuestos a ambos lados de las paredes y separados por pocos metros.

—¡Creo que ya no estamos en Kansas, Totó...! —exclamó Reishi boquiabierta al contemplar tantísimas joyas juntas.

—Si hay lámparas y velas, tiene que haber también gente que viva aquí abajo y sepan cómo salir de este lugar —argumentó Echinácea.

Sacamos las cosas de las mochilas e intentamos secar todo lo que no estaba

para tirarlo. Menos mal que después de la última lluvia de lágrimas que le cayó al libro de mi abuela, tomé la precaución de envolverlo en tres bolsas herméticas por si acaso; si no, me habría dado un infarto.

—¿Quién podría...? —intentó preguntar Reishi, cuando algo la detuvo y comenzó a gritar de nuevo—: ¡Mi pelo!!!

En esa ocasión, vimos una seta roja de puntitos blancos que estaba subida al hombro de la pobre Reishi intentando arrebatarle una horquilla dorada con unas pequeñas flores metálicas incrustadas. Ginkgo cogió la seta y se la quitó de encima. Debajo de esta había algo más que un simple estipe⁴. Un hombrecillo de ojos grises, tez casi igual de nívea que la de Echinácea, barba y pelo blancos y unos simpatísimos zapatones estaba intentando zafarse de la mano de mi compañero, que no podía dejar de mirarlo alucinado. El individuo se movía sin parar y gruñía de vez en cuando. Nos acercamos a verlo mejor. Cuando Ginkgo nos lo aproximó, aquel le dio un bocado arrancándole un trozo de carne del dedo y saltó sobre Reishi de nuevo para volver a su empeño de quitarle el pasador del pelo.

—¡Reishi, dáselo! —le aconsejó Echinácea.

—¡¡Prefiero darle un beso con lengua!! —se negó Reishi.

No pude evitar mirar a Meyenii y este hizo lo mismo. Los dos nos sonrojamos e inmediatamente desviamos la mirada el uno del otro como si hubiésemos matado a alguien y tuviéramos que ocultarlo.

—¡Es míooo! —le gritó el pequeñín con una voz grave, sorprendiéndonos a todos—. ¡Lo he encontrado yo!

—¡En mi pelo! —le respondió Reishi, tirando del enano con fuerza.

Echinácea los dejó discutiendo y fue a examinar la sangrante mano de Ginkgo.

—¿Estás bien? —le preguntó a la vez que le sostenía el dedo y le veía la herida.

—No es nada. Mi hámster muerde más fuerte que la cosa esa —le dijo, sonriéndole.

Echinácea lo miró y se encendió como uno de los faroles que nos rodeaban. No me había dado cuenta. Había estado inmersa en tantos problemas que algo tan obvio se me había pasado por alto.

—Mmmm, Reishi, ¿podrías dejar de jugar a las casitas y preguntarle a eso cómo diantres se sale de aquí? —le sugirió Meyenii, sentándose en el suelo, exasperado por la cómica situación que estábamos presenciando.

—¡Eso, niña, deja de enredar y devuélvemelo! —le repitió cada vez más enfurecida la seta con patas, sin que ninguno de los dos cediese.

—Reishi, para ya —le pedí.

—¿Sabes lo que me costó encontrar un pasador que le viniese bien a mi pelo?
—me medio imploró.

—A ver, personita, si te damos eso, ¿nos ayudarás a salir de aquí?

El ser me miró con expectación y asintió.

—¡Oooohh, de acuerdo! —accedió Reishi, finalmente—. ¡Que sepas que no te pega nada en absoluto! —concluyó, desprendiéndose del coletero y entregándoselo de mala gana al chiquitín, que no hacía más que sonreír mientras lo contemplaba.

—Mi gnomida estará muy contenta conmigo y se olvidará de la pequeña escapada de anoche —dijo entre dientes, satisfecho.

Aproveché ese momento de felicidad e intenté pactar con él:

—¿Por casualidad no sabrás dónde hay sal mágica?

El hombrecillo se puso serio y desapreció bajo el simpático sombrero con forma de seta.

—¡Perfecto! ¡Ahora ni salimos ni tenemos la sal, y encima ese truhan me ha robado el pasador! —se quejó Reishi, cruzándose de brazos.

—La salida no puede estar demasiado lejos. Sigamos el cauce del río, a ver si nos saca de aquí —nos alentó Echinácea.

—O eso, o llegamos al centro de la tierra... —continuó Meyenii.

—¿Puedes no ser tan pesimista por una vez? —le pedí.

Meyenii se encogió de hombros y se puso a andar, dejándonos al resto detrás.

—¿Se puede saber qué le pasa a este ahora? —preguntó Ginkgo, a quien Echinácea le acababa de poner una venda en el dedo mordido.

—Ya sabes cómo es. Seguramente, al final, terminará como su padre... —afirmó Reishi, todavía molesta por haber tenido que entregar el dichoso adorno de pelo.

El comentario no me hizo ninguna gracia. Sabía que Meyenii era difícil de tratar, pero de ahí a llamarlo suicida iba un mundo. No se lo tuve en cuenta. Me agarré del brazo de Echinácea y la escuché mientras iba nombrando todas las clases de minerales que estaban asidos a las rocas de nuestro alrededor.

Meyenii se mantuvo alejado y en silencio durante varios metros, Ginkgo y Reishi estaban discutiendo sobre lo que realmente era el ladronzuelo chiquitín y yo no podía quitarme ese maldito beso de la memoria. Me arrepentía de haberlo hecho. No supe si se lo di por el impulso de intentar protegerlo o porque realmente en mi interior quería dárselo. Solo esperaba que eso no cambiase su forma de actuar conmigo. Me gustaba esa guerra que teníamos.

—Y ahora ¡¿qué quieres, el cinturón?! —vociferó Reishi, haciendo que todos nos girásemos.

El pequeño hombrecillo estaba delante de ella de rodillas, devolviéndole el

broche.

—Necesito vuestra ayuda. Os recompensaremos. Tendréis todas las joyas y tesoros que queráis, seréis ricos y el pueblo de los gnomos estará en deuda con vosotros de por vida. Por favor, ayudadnos —hipó el gnomo.

—¿Ves? Te dije que era un gnomo —se alegró Ginkgo.

Me agaché a su lado. Estaba preocupadísimo, e incluso podría decir que casi llorando. Me dio una lástima enorme.

—¿Qué te pasa, gnomo? —le pregunté.

—Felet. Mi nombre es Felet —me indicó—. Alguien se ha llevado a nuestras gnomitas. Las hemos buscado por todos los pasadizos. Ellas nunca salen solas, y menos tanto tiempo. Les ha pasado algo, estamos seguros.

Que hablase en plural me resultaba un poco extraño, hasta que, de repente, más de treinta gorritos de setas aparecieron de la nada a nuestro alrededor con las manos llenas de esmeraldas, rubís y diamantes, ofreciéndonoslos. A Reishi le hicieron los ojos chiribitas. Ella era la más presumida de las tres. Estaba acostumbrada a la vida simple y llana del poblado. Estaba segura de que si viviese en la ciudad, sería una pija insoportable. Se inclinó y les quitó algunos pedruscos de las manos a los pobres y desesperados gnomos, que se pusieron a saltar y a vitorear sin venir a cuento.

—¿Qué está pasando? —preguntó Meyenii, abriendo por fin la boca.

—Reishi ha aceptado su trato al cogerles los regalos —se lamentó Echinácea, llevándose las manos a la cabeza.

—Por si no tuviéramos poco, ahora tenemos que encontrar un montón de minisetitas invisibles... ¡Bien, Reishi! —la amonestó Meyenii, enfadándose de forma desmedida, dando un puñetazo en una de las paredes y marchándose al fondo del túnel.

—¡¡Este cada día es más imbécil!! —lo increpó Ginkgo.

—Yo no lo sabía —se disculpó la avariciosa del equipo.

—Echinácea, intenta averiguar algo más sobre el posible paradero de las gnomitas. Iré a hablar con él —le pedí a la única con dos dedos de frente del grupo.

Meyenii estaba en una zona menos iluminada del pasadizo, apoyado en una piedra que sobresalía y mirando a la nada. Me senté a su lado e hice lo mismo que él. De sobra sabía que hay veces en las que lo único que necesitas es compañía.

—Lo siento —dijo a los pocos minutos, agarrándose la mano con la que había propinado el puñetazo. La tenía ensangrentada y colorada.

—Mi abuela siempre decía que no se debe golpear nada que sea más duro que tú —le conté.

—Va a resultar una mujer inteligente después de todo... —agregó.

—¿Por qué estás tan enfadado con ella? Ni siquiera la conociste —la defendí.

—Anastasia, en el fondo, sé que no tienes culpa, que eres un peón más como yo. No me puedo quitar la idea de que, si tu abuela se hubiese quedado en vez de huir, mis padres seguirían vivos y mi vida habría sido bastante diferente de lo que ha sido —me contó con un nudo en la garganta—. Siento lo ocurrido, no volverá a suceder. Estoy aquí para cumplir la misión, y no debemos tener ninguna estúpida distracción ahora mismo.

Me dejó helada con todo lo que me acaba de revelar, en particular con la parte en la que nuestro beso había sido una estupidez. Esa frase me atravesó el corazón de lado a lado y casi pude oír cómo se quebraba.

—Sí, sobre eso, lo hice para desorientarte y que te soltases de la raíz, o ibas a perder la mano. Me debes otra. Te las iré apuntando. —Le sonreí, siendo esa la risa más hipócrita, falsa y dolorosa que había puesto en mi vida.

—Vayamos a ver la que han liado esos tres, o puede ser que nos toque hacer alguna otra barbaridad. —Me levanté y me asió de la mano—. Anastasia.

—¿Sí?

—Me alegra que lo hayamos aclarado.

—Nada —le mentí, soltándome de su agarre e intentando que no se notasen las lágrimas a punto de desbordarse de mis ojos.

Echinácea estaba sentada en el suelo rodeada de gnomos y con una libreta tomando notas. Reishi guardaba a saber cuántas piedras preciosas en su mochila y Ginkgo observaba cada movimiento que hacíamos Meyenii y yo.

—¿Y bien? —pregunté.

—A ver, lo poco que he sacado en claro es que estos sinvergüenzas, por las noches, se van a hacer travesuras al bosque y dejan a sus esposas con todas las tareas de las cuevas esperando a que les dé por regresar. Sinceramente, no tengo muy claro si se han escapado porque estaban hasta el moño o si las han raptado... —nos contó Echinácea.

—No se han ido a ninguna parte. Los gnomos somos un poco desastrosos, pero amamos a nuestras esposas más que a nada en este mudo, y ellas lo saben —se defendió Felet. Sacó de un saquito que llevaba colgado una piedra irregular blanca con bordes relucientes y me miró—. Esto es lo que queréis. Si nos traéis de regreso sanas y salvas a nuestras gnomitas, será vuestro.

Paulatinamente, los sombreritos rojos fueron desapareciendo en cuanto él se hubo desvanecido, dejándonos a los cinco con cara de incertidumbre sin saber qué paso seguir a continuación. Las piedras preciosas que había recogido Reishi se esfumaron junto con ellos.

—Y ahora ¿dónde encontramos a un montón de setas rojas con piernas y

faldas? —preguntó Reishi irritada.

La verdad era que, esa vez, me había quedado bloqueada y no tenía nada para responderle.

—Primero creo que tendremos que buscar pistas —dijo Echinácea, más para ella misma que para el resto.

—Cerebritito, ¿lo compartes con el resto? —le pidió Meyenii, mucho más animado tras nuestra conversación.

—A ver, tengo un péndulo de seguimiento. A mí nunca me ha funcionado. A lo mejor, Anastasia podría lograrlo —nos explicó, sacando un colgante con un cristalito atado.

—Estupendo. Intentémoslo —le respondí decidida.

—No estoy de acuerdo —dijo Ginkgo.

—Por una vez estoy contigo. Es demasiado peligroso, Anastasia —continuó Meyenii.

—Si ella puede hacerlo y encontramos a esas renacuajas, nos dará los diamantes y la sal, claro... —dijo Reishi, sacando su lado más derrochador.

—¿Qué hay que hacer y qué riesgos nos puede acarrear, Echinácea? —le pregunté.

—A ver, es un ritual de localización. Necesitamos un objeto de lo que se busca, este colgante, un mapa, una vela y tu sangre —concluyó.

—Y poniéndonos en que eso funcionase, lo que dudo bastante porque solo lo han conseguido las wiccanas más antiguas y experimentadas, el hechizo la dejaría en trance y la conduciría al interior del cuerpo de la gnomita, conectándolas para lo bueno y para lo malo —desarrolló Meyenii.

—Creo que necesitaréis esto —dijo Felet, quien surgió de la nada sobre mi hombro, ofreciéndome un pequeño pañuelo violeta y dándome un susto de tres mil pares de narices.

—¿Puedes hacer el favor de dejar de hacer eso? —le rogué con el corazón a cien por hora.

—Los humanos sois muy débiles. Nunca entenderé cómo vuestra raza ha sobrevivido tanto tiempo —suspiró.

—A ver, votos a favor y en contra de que se realice el conjuro. ¿Quién está a favor? —propuse.

Echinácea levantó tímidamente la mano, mientras que a Reishi le faltó saltar.

—Bueno, pues hecho. Sintiéndolo mucho, somos mayoría —les dije satisfecha con su derrota.

Nos sentamos en círculo y colocamos el mapa de Meyenii en el centro. Encendimos la vela y la situé en un extremo del plano. Echinácea me cedió la cadena y Meyenii rebuscó en su bolsa para terminar sacando el athame.

Meyenii estaba sentado a mi lado. Después de nuestra última charla, no sabía por qué seguía comportándose de forma protectora conmigo. Ya había dejado bastante claro que, aunque ahora no intentase asesinarme, le seguía importando un bledo. Tomó mi mano y me realizó una pequeña incisión con el filo del cuchillo. Apreté el puño y dejé que algunas gotas de mi sangre mancharan el arrugado papel. Con la otra mano sostuve el trozo de tela que me había traído Felet. Me imaginé al gnomo sin barba y repetí lo que me dijo Meyenii:

—*¡Turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem!*

Percibí cómo un líquido caliente me caía por el labio superior y escuché de fondo la voz de mis compañeros, que me gritaban que me detuviese. Estábamos demasiado cerca como para pararme ahora y continué con el hechizo, ignorando sus advertencias:

—*¡Turpitudinem, turpitudinem, turpitudinem!*

Todo se oscureció de pronto y comprendí que el ritual había resultado.

Capítulo ocho

El rescate

Me sentía sola, triste y asustada. Echaba de menos a alguien, pero, a quién, no lograba recordarlo. Todo estaba oscuro a mi alrededor, hacía frío y podía escuchar unas gotas de agua caer a mi lado. Mis manos eran regordetas y chiquitinas. Estornudé y un gorrito rojo cayó desde mi cabeza al suelo, haciéndome volver a la realidad. Por un momento perdí mi identidad y me adentré tanto en la mente de la gnomita que anulé mi propia conciencia. Gracias a esa imitación de hongo, volvió a mi mente mi cometido inicial.

Una vez que me hube centrado, observé más detenidamente el lugar. Era una celda con estrechos y pegados barrotes para evitar que la diminuta señora de Felet se escabullera por ellos. A mi lado escuché sollozar a varias mujeres más. Intenté mirar a través de las frías barras metálicas que me separaban del resto y pude contar, en lo que me alcanzaba la vista, por lo menos otras treinta personitas más allí encerradas, atemorizadas.

Quería decirles que todo iría bien, que íbamos a ir a rescatarlas, pero no sabía ni siquiera si se podía hacer. Era demasiado novata en todo aquello. Una voz masculina se fue aproximando a las rejas y noté cómo el corazón se me aceleraba y la sangre se me helaba. Ya sabía que no se trataba de mi cuerpo. Aun así, parecía totalmente real.

—Ya os queda poco. Por desgracia, no sufriréis durante mucho más tiempo. Os conozco, y sé que los otros no tardarán en venir a buscar a sus amadas esposas. Y entonces, cuando estéis todos juntitos, os eliminaré como las sucias ratas que sois —se jactó un hombre que ocultaba su rostro entre las sombras.

Acercó la mano a los barrotes. De sus dedos salían unas asquerosas garras negras con las que se entretuvo en golpear y atemorizar todavía más a esas pobres criaturas. Quería gritarle, pegarle, arrancarle la cabeza. No soportaba que se aprovecharan de los más débiles, y ese ser era un cobarde. Sin darme cuenta de cómo, la gnomita a la que estaba usurpando soltó un pequeño y agudo grito:

—¡Eres un loco, un demente y un sicópata!

La pobre pequeña se tapó la boca al instante, sin saber por qué acababa de decir eso. El demonio se detuvo en seco y se dio la vuelta, buscando al artífice de tremendo atrevimiento, quedándose delante de la pobre y aturdida víctima, que no había cometido otro error que el de tener la mala suerte de que a su marido se le antojase regalarle un pasador de pelo y que yo estuviese en su cabeza.

El ser abrió la puerta y levantó a la pequeñina encerrándola en su puño. Puso

una puntiaguda uña en el cuello de la gnomita y comenzó a clavársela lentamente en su blanca y delicada piel, haciendo que una gota de sangre manchase la impoluta camisa blanca que llevaba.

—No creo que pase nada por terminar con una de vosotras antes.

—¡¡Noooooooo!! ¡Suéltalaaa! —grité, llorando y con el corazón encogido.

Entonces, el diablo levantó la vista y se la acercó a la boca con la evidente intención de comérsela.

—¡¡Anastasia, despierta!! —me gritó Meyenii.

—¿Por qué, por qué?! —grité.

Al darme cuenta de que estaba de vuelta con los demás, que me observaban preocupados, me abracé a Echinácea y lloré hasta casi quedarme sin lágrimas.

—¿Qué ha sucedido, Anastasia? —me preguntó ella, queriendo calmarme.

—La ha matado. Ha sido por mi culpa, no he podido hacer nada. La ha matado. ¡Es un ser maligno sin remordimientos ni escrúpulos! ¡Tenemos que detenerlo! —les rogué, mirándolos a todos.

—A ver, intenta tranquilizarte —me pidió Ginkgo.

El pobre de Felet estaba subido en el hombro de Reishi sin quitarme el ojo de encima. No era capaz de devolverle la mirada. Había perdido su razón de vivir y no existía otra responsable más que yo. Sabía de sobra que eso era algo que no podría perdonarme en la vida y que sería mi peor pecado y mi mayor lacra.

—La sangre se detuvo en este punto, ¿te suena de algo? —le preguntó Echinácea a Felet, señalándole la pequeña mancha roja del plano.

—Sí, eso son las cuevas del Infierno. Se las llama así porque dice la leyenda que en su interior hay una boca hasta el fuego eterno y por eso ningún ser mágico es capaz de adentrarse. Los que han osado hacerlo, nunca han regresado —nos explicó Felet tembloroso al descubrir el lugar.

—Muy apropiado el nombrecito... —murmuró Meyenii.

—¡¡No es momento para tus disparates!! —lo increpé, dándole un grito desproporcionado por la bobería que acababa de decir. Pero necesitaba desahogarme con alguien, y él había conseguido todos los puntos para ser mi diana.

Meyenii dio un respingo hacia atrás y se alejó del grupo, cabizbajo. Al ver su expresión, me arrepentí al segundo y logró que me sintiese peor persona, si es que eso era posible.

—El demonio está allí esperando a que vayamos a rescatarlas. Es una emboscada —los informé, intentando controlarme.

—Es demasiado poderoso para que lo enfrentemos nosotros cinco. Todavía no sabemos cómo ganarle y ni siquiera hemos conseguido la mitad de los artilugios necesarios para invocar el círculo —agregó Echinácea.

—Y, mejor, del coven ni hablamos... —concluyó Reishi, lanzando más leña al fuego de mi arrepentimiento.

—No podemos abandonarlas —les indiqué.

—Anastasia, sé que tu intención es loable y que ninguno de nosotros pretende que les pase nada a ninguna de esas gnomitas, pero ten en cuenta que si consigue aniquilarnos, no habrá nadie que pueda detenerlo en un futuro —intentó convencerme Ginkgo, sentándose a mi izquierda y aferrándose la mano.

—Sí, hay una —dijo Meyenii, que había regresado a la reunión—. Hagamos que salga, tendámosle una trampa. Le llevamos ventaja al saber sus planes.

Realmente no era mala idea; un poco suicida, pero mala del todo no.

—¿Votos a favor? —pregunté.

Meyenii y yo levantamos la mano y los otros tres se quedaron sin saber muy bien qué hacer, hasta que Echinácea se nos unió y dijo:

—Bueno, seguramente me termine arrepintiéndome de esto, pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Perfecto, escuchad atentamente —nos advirtió Meyenii, sentándose también en el suelo y explicando su disparatado plan.

A Ginkgo no terminaba de convencerle del todo, pero después de lo que había pasado, no podía más que arriesgar mi vida para salvar las de las gnomitas.

—¿Crees que podrás hacerlo? —me preguntó preocupado Meyenii.

—Y si no, al menos lo habré intentado —le respondí, convencida y dispuesta a morir por la causa como nunca antes lo había estado.

La puerta de la gruta donde el demonio mantenía prisioneras a las gnomitas no tenía nada de especial. Podría haber sido perfectamente una osera o un sitio magnífico para que los niños jugasen al escondite un día de primavera. La entrada estaba casi tapada por unos arbustos con bayas rojas y otros tantos con flores de colores.

No se me quitaba la espina que tenía clavada en el corazón tras ver los ojos de pavor de Sorassa, que era como descubrí que se llamaba la mujer de Felet. Regresé a mi cuerpo justo cuando tenía los amarillos colmillos de la criatura a la altura de la cara y casi pude oler su asqueroso aliento. Tan solo recordarlo me daban arcadas. Mantenía la esperanza de que, por lo menos, no hubiese sufrido...

—Anastasia, regresa. Necesitamos que estés al cien por cien. Si no te ves preparada, creo que lo más sensato será desistir de esta locura —me advirtió Ginkgo.

—Estoy de acuerdo con él, Anastasia. Son solo un puñado de seres. Podemos salvar a muchos más si nos vamos —dijo Reishi asustada.

—No tiene por qué salir mal. Poseemos la ventaja del ataque sorpresa. Eso

nos ayudará mucho —les explicó Echinácea, dándome la mano e insuflándome algo de valor.

Al anoecer, llenamos la cueva de rastrojos y le prendimos fuego, atestando toda la oquedad de humo. Para cuando el diablo se acercó a ver qué sucedía, ya lo teníamos todo dispuesto para interpretar el teatro. Una enorme cortina de agua apareció frente a él con mi imagen reflejada.

El demonio estaba cubierto por una capa y tan solo dejaba al descubierto la boca que tan malos recuerdos me traía. La abrió y aspiró de una vez todo el humo, disipándolo en segundos y dejándome perpleja. Acababa de derribar de un plumazo la primera parte de nuestro plan. Sonrió al ver mi expresión de sorpresa y alargó su garra, introduciéndola en la improvisada cascada. Sus uñas se me clavaron en el cuello, cortándome la respiración. Por el rabillo del ojo pude ver a los gnomos escabullirse y entrar en la cueva.

—¡Anastasia, ¿estás bien?! —me gritó Reishi preocupada.

No era capaz de contestarle. Intenté retirar sus invisibles garras de mi garganta, pero allí no había nada que quitar. Estábamos a más de cien metros de la cueva, lanzando el hechizo de aparición para distraerlo, mientras que los gnomos liberaban a sus esposas. La condición de que me dejasen ayudarlos era que estuviera lo suficientemente lejos y me mantuviese a salvo.

—¡¿Qué está pasando?! —gritó Meyenii bastante nervioso al ver cómo me empezaba a poner de colores.

—¡No lo sé! ¡¿Crees que hay un manual de instrucciones de cómo matar a Satanás?! —se defendió Echinácea, que no sabía qué hacer para ayudarme.

—¡Lo dije! ¡Sabía que algo de esto sucedería! —protestó Ginkgo.

Entonces, Meyenii salió disparado en dirección a la caverna con Ginkgo pisándole los talones.

El dolor comenzaba a ser insoportable. Por mucho que luchaba e intentaba separarlo de mí, era como si una mosca se le posase encima. El pequeño Felet estaba escondido sobre un risco que sobresalía de la pared. Le arrojó una piedra, golpeándolo en la espalda y haciendo que soltase su agarre, concediéndome el tiempo que necesitaba para cerrar el conjuro y regresar al bosque. Pero en ese instante, hizo acto de presencia Meyenii, empuñando el athame y tirándose justo encima del demonio.

No podía irme ahora. Necesitaba ver qué ocurría, aunque me faltara todavía más el aire que hacía un momento.

El ser se quitó a Meyenii de encima, lanzó un alarido de dolor al extraerse el afilado cuchillo del costado y se lo lanzó a Meyenii, introduciéndoselo hasta la empuñadura en el pecho, dejándolo ahí tirado y aproximándosele peligrosamente.

La impotencia volvió a embargar mi ser. De nuevo, era una mera espectadora sin poder hacer nada para evitar lo que venía a continuación. Cuando el diablo estaba a escasos centímetros de su nueva víctima, Ginkgo lo arrolló como si fuese una locomotora y lo tiró al suelo. Fue entonces cuando los gnomos y sus esposas aprovecharon para salir en fila y corriendo de la cueva del Infierno.

Mi corazón iba a más de mil. El demonio, desde el empedrado, me lanzó una mirada maliciosa y cerró el puño de nuevo en mi garganta, esa vez con más fuerza que la anterior, logrando que me desvaneciese.

—¡Anastasia, por el Dios, vuelve! —gritaba Echinácea mientras que Reishi sollozaba a su lado.

—¡Meyenii! —chillé, incorporándome.

—¡Anastasia, no te muevas! ¡Tu cuello! —me advirtió Echinácea.

Me llevé las manos a la zona dolorida y noté unos pequeños bultitos que me sobresalían. Ginkgo apareció, sosteniendo a un casi inconsciente Meyenii del hombro y lo tumbó a nuestro lado.

—¡Echinácea, haz algo! —la hostigué.

Echinácea puso sus manos sobre la horrible herida del pecho de Meyenii. Todavía tenía clavado el athame. Todos miraban temerosos la daga con la sangre negra del diablo sin atreverse a rozarla. Me levanté como pude, puse una mano sobre la herida y con la otra di un tirón rápido del mango. No podía contener la hemorragia.

—¡¡Echinácea!! —le repetí para sacarla del *shock*.

Echinácea colocó sus dedos sobre el cuerpo de Meyenii e intentó cerrarle la herida, pero tan solo consiguió que no siguiese sangrando.

—¡Tenemos que irnos de aquí! ¡No creo que tarde en encontrarnos! —nos indicó Ginkgo.

—Pero no podemos moverlo —puntualizó Reishi.

Entonces, un montón de sombreritos rojos aparecieron y se colocaron debajo del cuerpo de nuestro amigo, lo elevaron y, a una velocidad que casi no fuimos capaces de seguir, regresaron a su guarida en el extremo del lago. Una vez dentro, Felet se me acercó. Me temía que esa iba a ser la conversación que tanto me preocupaba tener, y más ahora que estábamos bajo su cobijo y Meyenii se encontraba en aquel estado.

—Anastasia, tienes que ponerte estas hierbas en el cuello —me dijo, ofreciéndome una cataplasma envuelta en hojas y haciéndome sentir la peor persona sobre la faz de la tierra—. Cógela, no tienes la culpa de lo sucedido. Los gnomos tenemos un vínculo con nuestras parejas, y sé que murió luchando tal y como ella hubiese querido.

Las lágrimas regresaron a mis ojos y comencé a verlo todo borroso. No había

llorado tanto en mi vida, y en esos días iba a liquidar todo mi arsenal. Acepté su remedio, y con el simple contacto con la piel, ya sentí un gran alivio.

—Aquí no estáis a salvo todavía —les advertí.

—Lo sabemos, por eso necesitamos otra cosa de vosotros antes de que os vayáis —me confesó.

Sinceramente, después de lo ocurrido, le habría dado mi vida si me la hubiese pedido.

—¿No crees que ya nos hemos ganado esas malditas sales con creces? —bramó Ginkgo visiblemente atemorizado.

—No os lo estamos imponiendo —dijo sereno Felet.

—Lo haré —respondí.

—Pero ¿si no sabes qué es? —me recriminó Reishi—. ¿Qué te hemos dicho de no hacer tratos sin saber de qué se tratan, Anastasia?

—Tenemos que quedarnos aquí hasta que Meyenii mejore. Veo justo que los apoyemos —me auxilió Echinácea, que no se separaba de Meyenii y continuaba intentando sanarlo, sin éxito.

—Si hacéis un hechizo antilocalización, tanto vosotros como nosotros estaremos a salvo; si no, mucho me temo que correremos la misma suerte que mi querida Sorassa —agregó Felet decaído.

—Anastasia está demasiado débil para realizarlo sola. Tendremos que hacerlo entre los cuatro —objetó Echinácea.

Reishi asintió y Ginkgo se cruzó de brazos y se sentó a nuestro lado, dándose por vencido.

—Necesitamos un conjuro de invisibilidad mezclado con uno de localización. No lo he efectuado nunca, pero por intentarlo, no perdemos nada —nos dijo optimista Echinácea.

Nos sostuvimos de las manos, cerrando el círculo que teníamos formado en el suelo, e hicimos lo que Echinácea nos dijo. Cerramos los ojos y nos imaginamos que nadie podía encontrarnos, que ese sitio sería sagrado para cualquiera que buscara algún mal. Cuando tuvimos nuestra mente con ese concepto, comenzamos a repetir a la vez:

—*¡Invisibilia location!, ¡invisibilia location!, ¡invisibilia location!*

Cuando concluimos la tercera frase, algo cayó del lago superior hasta la planta en la que nos encontrábamos. El ser estaba en pie a escasos metros de nosotros. Ninguno fue capaz de soltarse ni moverse un ápice de donde estaba.

Por un instante, pensé que estábamos atrapados y que esa era nuestra derrota, pero entonces, el diablo pasó por nuestro lado, lanzando humo por la nariz justo en el momento en que su cara me pasaba por arriba de mis ojos, sin dejarme verle el rostro. El despreciable se olisqueó el aire y cambió de rumbo, yendo a

donde descansaba Meyenii. No podía vernos, pero sí oler su propia sangre aún impregnada al cuerpo del pobre muchacho convaleciente. Me levanté y Ginkgo intentó impedírmelo. Me liberé de su agarre y corrí casi rozando la capa del energúmeno. Me tumbé sobre Meyenii, intentando cubrir con mi cuerpo el aroma a putrefacción de la sangre del diablo. Este se agachó y me colocó su asquerosa nariz junto a la mejilla. Aguanté la respiración y, a los pocos segundos, se levantó y se marchó, dando un salto y atravesando el boquete del techo por el que habíamos caído la primera vez. Solo entonces pude suspirar aliviada.

—No sabes qué hacer para besarme, pequeña. —Meyenii me sonrió, abriendo los ojos y mirándome fijamente. Al verlo más estable, no pude evitar abrazarlo.

—¡No vuelvas a darme..., a darnos ese susto! —lo increpé, dándole un golpe en el hombro y haciéndolo gemir de dolor—. Perdona, perdona.

—Creo que si te levantas y me dejas respirar, podría eximirte —se burló a la vez que todos se rieron.

Esa vez no me importó. Dentro de lo malo, ese era el menor de mis problemas, y lo cierto era que me sentía aliviada de verlo de nuevo sonreír.

Pasamos allí algunos días en la guarida de los gnomos. El ser no volvió a molestarnos, y no sabía si eso me calmaba o me abrumaba. Sabía que volveríamos a encontrárnoslo, pero, realmente, necesitábamos un respiro.

Meyenii fue mejorando. La herida no se le terminaba de cerrar. Él decía que ya no le molestaba y gastaba bromas al respecto acerca de lo que iba a vacilar con esa cicatriz y cosas similares. Me pregunté hasta qué punto sería cierto...

—Anastasia —me llamó Felet.

En esos días nos habíamos hecho inseparables. Por mucho que él me eximiese de la muerte de su esposa, yo no podía ser tan condescendiente conmigo misma y necesitaba redimirme, aunque solo fuera teniéndolo entretenido.

—Dime, Felet —le respondí.

—Considero que tu compañero ya se encuentra en condiciones de continuar el viaje. No podéis quedaros aquí, por mucho que me guste tenerte dando vueltas a mi alrededor todo el santo día —me confesó, sacando de su bolsito la piedra de sal que necesitábamos para proseguir nuestra búsqueda y entregándomela.

—¿Estarás bien? —le pregunté.

—Hay algo que no te he contado y mereces saber. —Me miró preocupado—. Los gnomos, cuando perdemos a nuestra alma gemela, vamos al pie de nuestro árbol sagrado y nos mimetizamos con sus raíces, esperando allí el sueño eterno hasta volver a encontrárnosla en otra vida.

—¡¡No voy a consentir que te suicides!! —le grité más alto de lo debido, haciendo que fuésemos el centro de atención de los allí presentes.

—No voy a matarme, solo voy a seguir mi camino y transformarme en energía. Necesito encontrar a Sorassa. Sin mí, sé que está perdida. Tengo que ayudarla —me explicó—. Necesito que hagas una última cosa por este viejo gnomo.

—Lo que quieras —me ofrecí con las lágrimas a punto de desbordarseme.

—Quiero que me acompañes hasta el árbol. Tú fuiste la última en ver con vida a Sorassa, e incluso compartisteis el mismo cuerpo. Necesito que me ayudes a decirle que voy a buscarla —me rogó.

Ahora teníamos la ventaja de que estábamos bajo un hechizo y el demonio no podía vernos. Ese pequeño privilegio podía marcar la línea entre la vida y la muerte.

Los demás no pudieron decirme nada en contra de ayudar al pobre de Felet a encontrar la paz. Ni siquiera Ginkgo dijo una palabra cuando se los conté. Desde que salvó a Meyenii, no había vuelto a ser el mismo. No le quise preguntar cómo fue capaz de escapar de la gruta, pero no descartaba hacerlo cuando pasase un tiempo prudencial. Había algo que no terminaba de cuadrarme.

A la mañana siguiente, todo el poblado de gnomos nos acompañó durante un largo camino que ya conocía. Cuando llegamos, no sabía cómo, pero supe que era el lugar.

—Pensé que no volvería a veros —nos dijo la pequeña hada del roble mágico, apareciéndose entre cientos de destellos de colores.

—Yo también me alegro de verte, Ariel —le respondió Felet.

—No has podido escoger mejor compañía para este último viaje —lo alabó, viéndome al lado del gnomo y haciéndome un guiño casi imperceptible con sus diminutas pestañas—. Anastasia, tienes que llevarlo en brazos y colocarlo sobre una de las raíces del roble.

—No estés triste. Sorassa ha salvado a nuestro pueblo, y eso ha sido gracias a ti. Sin tu ayuda, ningún gnomo seguiría hoy con vida —me animó al contemplar mi cara de desconsuelo.

—¿Quieres que haga algo más? —le pregunté.

—Cuando esté tumbado, cúbreme con tierra y tu misión habrá concluido. — Me sonrió.

Alcé a mi pequeño nuevo amigo e hice lo que Ariel me había explicado. Lo situé sobre una de las raíces más frondosas que aguantaban a ese monstruo de la naturaleza y lo cubrí poco a poco con la tierra. Cuando estuvo tapado por completo, el bulto que hacía su minúsculo cuerpecito bajo la arena desapareció, quedando de él tan solo su llamativo gorrito rojo. Lo cogí y me lo guardé en el bolsillo. Al girarme, todos los demás gnomos se habían marchado, quedando tan solo nosotros cinco con Ariel.

—Me he enterado de lo que le ha sucedido a Náyade. Es una lástima, pero las ondinas no tienen la cabeza sobre los hombros en cuestión de amor, son fáciles de engañar. Lo que realmente me preocupa es que han llegado hasta mí rumores de que ella era la última en su especie. El demonio se ha marcado un logro bastante poderoso. No podéis desistir ahora que estáis tan cerca. Y, al final, no habéis encontrado la concha que necesitabais —nos recordó la sílfide.

—No pudimos hacer nada —se lamentó Echinácea.

—Lo sé. El problema es que vais a necesitar más de lo que tenéis para intentar derrotarlo. —Movi6 sus translúcidas alas y de una de las ramas bajó una campanita dorada hasta las manos de Echinácea.

—¿Una campana? —preguntó Ginkgo sorprendido.

—Ella sabrá cómo y cuándo usarla. Suerte, pequeños míos —nos dijo, desapareciendo en un torbellino de luces.

—¿Nos acaba de llamar pequeños? ¡Yo de mayor quiero tener el mismo amor propio que ella! —dijo Meyenii, y en ese mismo instante una bellota del tamaño de un puño le cayó en la cabeza, haciéndole un chichón considerable y quitándonos un poco de tensión al resto al verlo injuriar.

Capítulo nueve

Cuarta misión: Elemento fuego

—Algo anda mal —dijo Reishi, sentándose de pronto y sosteniéndose las sienes con ambas manos.

—¿Qué has visto? —le preguntó Echinácea preocupada.

—El pueblo. Tenemos que regresar —le pidió Reishi.

—No lo entiendo. ¿Qué sucede? —pregunté sin tener ni idea de qué hablaban.

—Anastasia, cada uno de nosotros tiene una habilidad distinta. La mía ya sabes cuál es: puedo curar; o al menos, intentarlo. Reishi es capaz de presentir cuándo hay alguna complicación. Meyenii cambia los estados de ánimo de los que lo rodean, llegando incluso a poder cambiar su voluntad si tiene el suficiente contacto con ellos —me explicó Echinácea.

—¿Y Ginkgo? —le dije, mirándolo.

—Yo soy mortal. Lo único que se me da bien es hacer conjuros con hierbas y poco más. Ahora que habéis alardeado lo suficiente, ¿podemos seguir con la misión? —se quejó Ginkgo.

—No podemos pasar por alto las corazonadas de Reishi, y lo sabes, Ginkgo —le recriminó Meyenii sin mirarme.

Ahora entendía por qué cuando nos persiguió un tornado gigante y un coche estuvo a punto de caérsenos encima me sentí totalmente tranquila, lo que me hacía replantearme si las emociones que percibía cuando estaba cerca de él eran ciertas o solo pura ilusión...

—¡No podemos volver! ¡Todavía no hemos terminado! —nos recordó Ginkgo.

—¿Quién está de acuerdo en ir a echar un vistazo? —preguntó Meyenii, e inmediatamente Echinácea y Reishi levantaron la mano.

Ginkgo me miró expectante. Hasta ahora, en quien más podía confiar de todos era en Echinácea, así que sumé un voto más al resto, dejándolo solo.

—¡De acuerdo! ¡Como cuando lleguemos a la aldea todo esté bien, me vais a escuchar! —amenazó Ginkgo, adelantándose.

Los dolores de cabeza de Reishi no cesaron. Cada pocos metros teníamos que descansar para que pudiese limpiarse el sudor y los pequeños hilos de sangre que le salían de la nariz cuando los brotes eran más fuertes. Echinácea estaba realmente preocupada y quería llegar cuanto antes, pero no por eso hostigaba a su amiga; al contrario, era ella la que decía cuándo detenernos.

—¿No te parece raro que el demonio no haya dado señales de vida desde que

se nos apareció en la gruta y ahora Reishi tenga ese mal presentimiento? —me preguntó Meyenii, caminando a mi lado.

—Supongo —le respondí cortante. No me apetecía que siguiese influyendo en mí.

—Anastasia, no era mi intención alterar tus emociones —se disculpó—. No sé cómo controlarlo.

—¿Y en vez de contarme la verdad, era mucho más fácil decirme que no querías que te nublaste el juicio? —lo amonesté.

—Yo... —comenzó a decir, pero entonces, Reishi cayó al suelo de rodillas.

—¡Los está matando! —gritó.

—¿A quién? ¿Qué ves, Reishi? —la instó Meyenii.

—A los demás wiccanos. Noto su dolor —gimió Reishi.

—¿Cuánto queda para llegar? —pregunté aterrada.

—Al menos una hora a este paso —respondió Ginkgo, ahora más inquieto que antes.

—Id sin mí —nos exigió Reishi—. ¡Corred!

—No puedes casi tenerte en pie. Si él viene a atacarte, serás una presa fácil. No te abandonaré —le aseguré.

—Ni yo. Meyenii, Ginkgo, ¿podéis adelantaros? —les rogó Echinácea. Ambos se miraron y en un santiamén se perdieron de nuestra vista.

El resto del camino lo hicimos en silencio. Echinácea intentaba disimular su nerviosismo y yo no sabía muy bien cómo actuar. No conocía a esas personas de nada, solo había cruzado algunas miradas con ellos, pero para el resto eran toda la familia que tenían y, después de perder a Iris, podía comprender perfectamente cómo se sentían en esos instantes.

Pudimos divisar unas grandes nubes de humo negro al llegar a la ladera de la montaña que se suponía que escondía el poblado. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca, vimos perfectamente unas llamaradas que salían del edificio de las asambleas, que era el más alto de todos. A Echinácea se le cubrieron los ojos de lágrimas. Reishi se lamentó, más para sí que para el resto.

—¡No nos tendríamos que haber marchado!

—La protección ha caído. Eso solo puede ser porque las ancianas también lo hayan hecho —suspiró Echinácea, quien supuse que intentaba darle una explicación a aquella locura para no venirse abajo.

Dejé a Reishi y Echinácea a la entrada del pueblo y me dirigí en busca del resto del grupo. Meyenii estaba acarreado un bulto y corrí hasta él. A medida que me iba acercando, se iba haciendo más perceptible que lo que arrastraba era la figura de un cuerpo medio calcinado. Todo el lugar olía a carne quemada.

Cuando estuve casi en la mitad de la plaza, giré sobre mí misma y contemplé

cómo todas las preciosas casitas estaban abrasadas o ardiendo todavía. Pero ¿dónde estaba la gente?

Al llegar al lado de Meyenii y ver su rostro cubierto de hollín, su ropa medio desgarrada o quemada y sus ojos inyectados en sangre, intenté sobreponerme, ignorar el olor a carne y humo y ser útil, para variar.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté sin prestar atención al cadáver que portaba, para no desmayarme.

Al levantar la vista, descubrí que en la parte superior del edificio estaba grabado a fuego el símbolo del pentagrama, y luego tachado con una equis a modo de ofensa para todo en lo que esas personas creían.

—Ginkgo está dentro buscando supervivientes —me informó, más que indicarme qué hacer—. Los estamos poniendo juntos para ver si falta alguien.

La dureza con la que lo dijo me heló el corazón. Sabía que esa era la forma de que aquella masacre no lo afectase, pero no sabía hasta qué punto yo lo habría logrado.

Entré temblorosa —como la primera vez, hacía tan solo unas semanas— en la sala de reuniones. No pude contener un grito cuando reparé en que, dentro, todo el mundo estaba casi absolutamente carbonizado e irreconocible. Al fondo escuché unos golpes y a alguien resoplar.

—¿La has visto? —me preguntó histérico Ginkgo.

—No. Tampoco he mirado bien. Deberías salir un poco a que te dé el aire —le aconsejé turbada.

—¡No puedo! ¡Si no está aquí, es que la tiene él, pero al menos está viva! ¡Ayúdame a encontrarla! —me vociferó a la vez que tiraba de los brazos de los cadáveres y los movía de un lado a otro sin ningún tipo de contemplación.

Salí corriendo en busca de Meyenii para que me ayudase a detener a Ginkgo, pero al salir, Echinácea y Reishi ya estaban con él. Reishi lloraba desconsolada apoyada sobre Echinácea. Por lo visto, el cuerpo que Meyenii pretendía ocultar era el del padre de Reishi, pero no lo consiguió a tiempo. Reishi soltaba lágrima tras lágrima, como el que abre una presa y el caudal de agua es tal que luego no te permite cerrarlo. Decidí que ya tenían bastante con lo que lidiar y volví dentro a convencer a Ginkgo yo sola.

—¡¡Anastasiaaaa, ven, corre!! —me gritó desde atrás de la gran mesa de mármol que presidía el gran salón.

Al llegar hasta él, lo vi sosteniendo a la anciana Acacia, que intentaba respirar. Me agaché a su lado y le grité para que saliese del *shock* de una vez:

—¡¡Ginkgo, mírame!! ¡Corre y ve a por los demás!! —Pero este ni siquiera pestañeó—. ¡¡Ginkgo, yaaaaa!!

—Sí —respondió, y salió rápidamente a hacer lo que le había ordenado.

—Acacia, ¿estás mejor? ¿Qué ha pasado? —le pregunté, inclinándola un poco para que pudiese respirar mejor.

—¡Anastasia, vete! —me mandó.

—No voy a irme. Ahora mismo llegarán los demás y te sacaremos de aquí —la alenté.

—Anastasia, no sé el tiempo que voy a controlarlo —gimió.

—¿Qué tienes que controlar? —le pregunté confusa.

Antes de que pudiese responderme, oí las aceleradas pisadas de los demás acercándose hasta mí y volví la cabeza para anunciarles que, al menos, Acacia seguía con vida.

—¡¡Anastasiaaaa!!

Vi a Echinácea chillarme, pero no comprendí por qué. Al mirar de nuevo a la anciana, sus ojos se habían tornado negros y de la boca y la nariz le salía un líquido gris y viscoso. Pude comprobar cómo sus colmillos crecían delante de mis propias narices hasta el punto de rajarle los labios donde estos los rozaban. Mi mente me decía que me levantase, pero mi cuerpo se negaba a responder.

Acacia se puso en pie, dejándome en el suelo sentada y sin poder moverme. Meyenii se apresuró y me levantó de una sacudida casi dislocándome el hombro y alejándome de la anciana, que parecía que cada vez se hacía más y más grande.

—¿Creíais que os habías librado de mí?! —dijo la mujer con una desagradable y gutural voz.

Acacia, o lo que fuera que fuese aquello, comenzó a acercarse a nosotros mientras alargaba los brazos y las manos. De sus dedos brotaron unas familiares uñas como las que habían encarcelado a Sorassa y las mismas que habían intentado estrangularme a mí. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para comenzar el combate, sus ojos tornaron a los de la agradable y dulce ancianita durante escasos segundos, el tiempo suficiente para que le diese tiempo a hablar de nuevo, pero esa vez con esa voz angelical y delicada que recordaba en ella:

—¡Usad el athame que os di y clavádmelo en el corazón! ¡Es la única forma de liberarme de su posesión para que podáis escapar! —nos imploró.

—¡¡Meyenii, hazlo!! —le bramó Ginkgo, lleno de ira y dolor.

La criatura se volvió a adueñar de Acacia y, esa vez, se sostuvo la cabeza con las manos y la oprimió fuertemente delante de nosotros, hasta que hizo que soltase más de ese repugnante fluido negro por los ojos.

—¡Así aprenderás! —le dijo al alma de la pobre vieja que tenía anulada en algún sitio de su propio cuerpo mientras la torturaba.

El ser alzó sus manos y de ellas salieron unas oscuras llamas que prendieron los restos humanos y el mobiliario, formando un humo negro que nos hacía

imposible respirar.

Meyenii desenvainó el athame y lo sostuvo, intentando que no se percibiese demasiado el miedo que tenía.

—¡¡Meyenii, hazlo, por el Dios!! —le rogó Reishi aterrorizada.

Este dio unos cuantos pasos hacia delante, hasta que el monstruo volvió a hablar:

—¡Ginkgo, tu madre te manda recuerdos!

Entonces, Ginkgo le arrebató el arma a Meyenii y se lanzó sobre el ser, clavándole repetidas veces el chuchillo en el pecho hasta que dejó de moverse.

—Ginkgo —lo llamé, rozándole el hombro.

Ginkgo se giró y embistió contra mí como si ahora yo fuese el enemigo y tuviese que destrozarme también. Echinácea y Meyenii lo sostuvieron como pudieron. Reishi me levantó y me ayudó a salir de allí, pero en nuestra huida, las llamas que nos rodeaban me rozaron el tiempo suficiente para prender mi ropa en segundos. No podía respirar. En ese momento no tenía muy claro qué era más importante: si no asfixiarme o no quemarme viva. Opté por no ahogarme y salí corriendo de allí como pude, desprendiéndome de la ropa en llamas y tirándome al suelo para poder recuperar el aliento.

Los demás no tardaron en salir. Durante un rato, lo único que se escuchó fue un montón de toses y profundas inhalaciones de aire. Estaba algo mareada por el humo y centré la vista en el fuego para intentar ubicarme de nuevo. Debía haber aspirado más humo del que pensaba en un principio porque juraría que en las llamaradas que salían de los restos de mi jersey se estaba formando un pequeño cuerpecito que bailaba al compás de la lumbre. Cerré los ojos y meneé la cabeza de un lado a otro para intentar recuperar mi visión, sin conseguirlo, porque ahora veía todavía con más nitidez a la diminuta silueta danzar, dejándome con la boca abierta. Meyenii se acercó a mí y me colocó su chaqueta sobre los hombros. Se sentó a mi vera, observando desde mi misma perspectiva la fogata, y dio un respingo hacia atrás.

—¿Se puede saber qué es eso? —preguntó, señalando al ser.

Echinácea se situó tras nosotros y sonrió al ver la cosa.

—Siempre hay vida en la destrucción —recitó.

Reishi estaba abrazada a Ginkgo, que miraba a lo lejos sin fijar la vista en nada y sin prestarnos la menor atención a los demás.

—¿De qué se trata, Echi? —le preguntó cariñosamente Meyenii a Echinácea, pasándole el brazo sobre los hombros.

La expresión de esta mutó de desconsolada a aliviada. Supe rápidamente que Meyenii estaba utilizando su don para intentar apaciguarlos a todos y que por último me había dejado a mí, temeroso de llevarse un guantazo si lo descubría.

—Es un hada del fuego. Acaba de nacer. Ha sido tanta la magia negra y la aniquilación que ha habido aquí hoy que la naturaleza ha intentado suplirla con algo de vida, y de ahí esta pequeña bailarina —nos explicó, observándola embobada y dando la conversación por concluida.

Se deshizo del achuchón de Meyenii y se colocó en otro punto donde pudiese contemplar mejor a la hadita.

—Te agradezco que quieras intentar serenarme, pero si te soy sincera, después de lo que ha pasado, prefiero tener miedo y estar nerviosa. Si las cosas importantes de la vida dejasen de afectarnos, dejaríamos de ser personas —le expliqué, agarrándome las rodillas con las manos y apretándolas contra mi pecho, como solía hacer cuando estaba saturada, cansada o triste.

—Como quieras. ¿Anastasia? —me preguntó.

—¿Sí?

—Te prometo que cuando me besaste, yo no tuve nada que ver. De hecho, mi habilidad no funciona contigo como con los demás. Eres tú la que me transmite paz a mí cuando te rozo —me confesó, formándose un incómodo silencio, roto tan solo por el chisporroteo de las llamas que teníamos enfrente y por los tablones que caían a nuestra espalda, terminando de demoler el edificio con todos o casi todos los wiccanos en su interior.

—Gracias —le respondí al fin.

—¿Por qué?

—Por contármelo.

Estiré alzada el dedo para tocar a nuestra nueva visitante y esta acercó la nariz al borde del fuego. Cuando nos rozamos, me quemé y aparté rápidamente la mano, metiéndome la herida en la boca. Ella se tiró al suelo y se carcajeó a mi costa, cometiendo el error de girar sobre sí misma y terminar saliendo de su refugio. Entonces, Meyenii me arrebató la chaqueta y se la tiró encima, atrapándola dentro.

Al principio comenzó a salir humo del cuero y los dos pensamos que iba a terminar como mi jersey, pero en unos segundos se disipó, dejando un bulto entre la tela y la tierra que se movía de un lado para otro. Meyenii improvisó con la cazadora una bolsa, atrapándola en su interior, y me miró satisfecho por su hazaña, sin darse cuenta de que acababa de dejarme de nuevo en sujetador. Era la única persona que había logrado desnudarme, y lo peor era que por segunda vez...

Las casas más lejanas al epicentro del incendio estaban casi intactas, entre ellas la de Iris, así que los cinco nos resguardamos allí para intentar descansar, asearnos, comer y pensar qué haríamos a continuación.

Capítulo diez

Hyobanche

Me vestí con algunas camisetas que mi abuela conservaba en los cajones y dejé que Ginkgo se duchase primero; era al que más falta le hacía. Se tumbó en la cama y al poco se quedó profundamente dormido. No habíamos encontrado a su madre entre los cadáveres, pero eso no quería decir que no estuviese allí. En esos momentos no estábamos seguros de si Gayuba seguía viva, si había logrado escapar o, peor aún, si se encontraba apresada por ese demente. Muchas veces, la angustia de no saber es peor que la propia verdad.

A Reishi le tuvimos que dar algunos tranquilizantes naturales hechos a base de tila, hierbaluisa, valeriana, amapola y un poco del don de Meyenii para conseguir que no terminase por volverse loca después de ver el cuerpo de su padre incinerado.

Echinácea lo llevaba un poco mejor. Ella no tenía parientes en ese poblado. Por lo que me contó, sus progenitores decidieron abandonar la congregación olvidando llevársela con ellos, y desde entonces se había centrado en el estudio de la magia para mantener ese recuerdo lejos de su mente.

Meyenii logró meter a nuestra hadita en un tarro con unos boquetitos hasta que se tranquilizase y dejase de intentar quemarnos a todos. Cada vez que Reishi la veía arder entraba en pánico de nuevo, y como siguiésemos dándole relajantes, iba a parecerse a la protagonista del cuento de *La bella durmiente*. La convencimos para que se echase con Ginkgo en la cama, quien ni siquiera notó cuando la joven casi lo tiró al suelo al taparse con las mantas. Los otros tres nos quedamos en el salón sin saber qué hacer ni decir.

—A ver —dijo Echinácea—, analicemos nuestras opciones.

—¿Estamos jodidos? —agregó Meyenii.

—No, tonto. Déjala hablar —le pedí.

Se encogió de hombros y Echinácea continuó:

—Primero: nos faltan todavía dos elementos para concluir la misión a la que fuimos enviados. Segundo: no sabemos cómo hacer el círculo mágico que se supone que desterrará a la mala pécora esa de nuevo a su mundo. Y tercero...

—¡Ahora sí es cuando viene el punto en el que estamos jodidos! —concluyó Meyenii, interrumpiéndola.

—¿Cómo puedes tomarte esto tan bien? —quise saber.

—Soy como los sapos alucinógenos del Discovery Channel, ¿recuerdas? —me respondió, guiñándome un ojo.

La verdad es que en esos momentos no me desagradaba mucho la idea de

convertirme en rana.

Oímos un ruido de cristales que provenía de la cocina y saltamos del sofá como si fuésemos tres gatos asustados. El bote donde teníamos capturada al hada de fuego había explotado y, de entre todos los vidrios rotos, surgió de la nada un pequeño ramito de flores rojas de no más de medio centímetro, con unos diminutos pétalos apilados en apretados ramilletes de aspecto plumoso en forma de media luna. Meyenii y yo nos giramos en dirección a Echinácea, que era nuestra enciclopedia particular, para que nos dijese qué acababa de suceder.

—Creo que tenemos un problema —se lamentó ella.

—¿Otro? Bueno, entonces no pasa nada.

Meyenii iba a tener que dejar de chuparse a sí mismo como las ranas porque me estaba empezando a sacar de quicio con tanto positivismo.

—El hada ha evolucionado o, mejor dicho, está en ello. Cuando salga de esa especie de vaina floral tendrá todos sus poderes, y no creo que esté demasiado contenta con nosotros —agregó Echinácea.

—No podemos dejarla ir. Necesitamos su elemento. Tenemos que hacer turnos de vigilancia —propuse.

—Descansad un poco vosotras dos. Yo haré la primera guardia —se ofreció Meyenii, sin convencerme demasiado de ese extraño estado de euforia en el que se encontraba.

Escuché cómo alguien me llamaba en medio de la noche. Cuando me levanté para ver qué ocurría, vi a Echinácea dormida con un libro pegado a la cara y las gafas dobladas. Fui a la cocina y no estaban ni la extraña flor ni Meyenii. Corrí al dormitorio y Ginkgo y Reishi dormían como dos lirones. Salí al porche preocupada buscando al señor con doble personalidad y vislumbré una figura a pocos metros de allí junto a un pequeño fuego.

Meyenii estaba sentado observando la flor que brillaba bajo la luz de la luna llena. Al escucharme acercarme, se sobresaltó.

—¿Qué haces aquí fuera? —le pregunté.

—La cosa esta, que lleva más de una hora diciéndome que la saque, y lo hacía o me volvía loco —me respondió—. Creo que se siente sola.

—No es la única —le aseguré, tocándole los bellos pétalos.

Al rozarlos, los tallos de la planta cobraron vida, se alargaron y se me enredaron, apresándome el brazo. Me levanté y me puse a dar saltos y a intentar quitármela. El dolor comenzaba a ser inaguantable. Era como si la planta pretendiese introducirse dentro de mi piel. Meyenii corrió hasta mí y trató de ayudarme a librarme de ella, pero cada vez que tiraba de alguna raíz, otra se enterraba, aguijoneándome y haciéndome sangrar y gritar más fuerte.

—¡¿Qué os pasa?! —gritó Ginkgo, que venía corriendo hacia nosotros,

seguido de Echinácea y Reishi.

—¡¡Esa cosa la está hiriendo y no puedo arrancársela!! —le gritó Meyenii.

Entonces, Ginkgo se puso a su lado y entre ambos comenzaron a hacer que mi martirio fuese en aumento.

—¡¡Deteneos!! —les ordenó Echinácea casi sin aliento, dándole un manotazo a Meyenii para que me soltase.

Caí de rodillas abatida por el dolor y el cansancio. Parecía como si la flor, aparte de querer formar parte de mí, también estuviese entretenida en arrebatarme la energía.

—¿Se te ha ido la cabeza? —le inquirió Reishi.

—Es una Hyobanche sanguínea—les indicó.

—¡¿Y se supone que tenemos que saber qué es eso por algo en especial?! —le chilló Meyenii angustiado.

—Es una planta parásita. Algunas hadas de fuego, cuando están en su crisálida y creen que van a morir, buscan un cuerpo para nutrirse durante la transición. El problema es que Anastasia no es un cuerpo cualquiera; es una bruja, y eso hará todavía más difícil que podamos separarlas. Cada vez que lo intentéis, arraigará más raíces en su interior —le explicó Echinácea, todo lo calmada que pudo.

Tenía un calor espantoso. Notaba cómo el pelo se me empezaba a humedecer por el sudor. La visión comenzó a nublárseme y, finalmente, caí de bruces contra la arena, desmayándome. Escuchaba voces lejanas que me llamaban y supuse que alguien me estaba cogiendo en brazos; no lo tenía muy claro. Lo único que quería era que aquel dolor desapareciese.

—Querida, ¿estás bien?

—Abuela, ¿eres tú?

—Sí, Anastasia. ¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué estás aquí?

—No puedo más. Estoy cansada. Ahora entiendo por qué decidiste alejarnos de toda esta locura.

—Cariño, a veces me pregunto si tomé la mejor elección y si no fui demasiado egoísta abandonándolos a todos.

—¡Han muerto, abuela! —sollocé, y me dejé caer en su regazo como tantas veces había hecho cuando niña.

—Esas muertes serán algo que tendré que llevar conmigo durante toda la eternidad. Pero tu camino no ha terminado. Tienes que ser fuerte.

—¡No sé si podré soportarlo mucho más tiempo! —le confesé.

—Creo que ya va siendo hora de que recibas un poco de ayuda extra, mi vida.

—¿A qué te refieres?

—Pronto lo descubrirás. Abre los ojos, pequeña. ¡Abre los ojos!

—¡¡Abre los ojos, Anastasia! ¡Por la Diosa, despierta, maldita sea!

La voz de Meyenii retumbaba en mi cabeza una y otra vez, hasta que logré entreabrir un poco los párpados, pero estaba demasiado débil para hablar. Escuché que Ginkgo discutía con alguien. La idea de girar la cabeza para comprobar de quién se trataba estaba totalmente descartada en esos momentos.

—¿Dónde has estado todos estos años?! —bramaba Ginkgo.

—¿Podéis dejar las disputas familiares para otro momento? —les rogó Echinácea—. No tengo fuerza suficiente para sanar lo que sea que le está haciendo esa cosa.

Reishi tenía sujeta la mano que me quedaba libre y me sonreía intentando insuflarme ánimos, pero su mirada de preocupación la delataba. De pronto, una cara familiar surgió frente a mí. Se puso a observarme el brazo atentamente, le dijo algo a Echinácea al oído y esta salió corriendo de la casa, seguida de Ginkgo. No era capaz de recordar de qué me sonaba ese hombre.

—Anastasia, aguanta. Cuando regresen con las cosas que les he pedido, haremos un hechizo para que la Hyobanche te libere. Tan solo tienes que soportar el dolor un poco más —me dijo, convencido de su éxito.

—Beleño, como le pase algo, te juro que acabaré contigo, estés donde estés —lo amenazó Meyenii, revelándome el nombre del desconocido.

—No creo que esta chica sea para ti ni la mitad de lo que pueda significar para mí, jovencito —le respondió.

Me colocó una pulsera en lo poco que se me veía de muñeca y se marchó; supuse que a la cocina, porque, a continuación, escuché el sonido de cacerolas y platos. La piedra que colgaba de la cadenita se calentó por el contacto de mi piel y mágicamente hizo un efecto anestésico en mí. Me asustaba no notarme la extremidad, pero también me aliviaba dejar de sentir dolor, aunque solo fuese un rato. Ese descanso me dio las fuerzas suficientes para incorporarme.

—¡Estás loca! ¡Túmbate de nuevo! —me mandó Reishi.

—Deja que se incorpore. El hada necesita saber que no se ha dado por vencida —le indicó el tal Beleño.

Meyenii se puso a mi lado y me secó la frente con un trapo.

—Siento comunicarte que estás un pelín fea cuando intentan comerte por dentro —me soltó Meyenii de buenas a primeras, haciéndome sonreír. Esa pequeña mueca hizo que vibrase todo mi cuerpo y el dolor aumentase considerablemente.

—Tú tampoco te ves muy bien cuando intentas salvar a alguien de ser devorado —le dije, quedándome sin aliento tras esa frase, que se me hizo interminable. Necesitaba demostrarle que estaba mejor de lo que realmente me sentía, así que concluí mi actuación con una sonrisa.

—Bébetelo. Te aliviará un poco —me dijo Beleño, ofreciéndome un cuenco

con un líquido turbio en su interior que me tragué sin rechistar, aunque sabía a rayos.

—¿Qué es? —quiso saber Reishi.

—Es un brebaje que sirve para espesarle la sangre lo justo para que al parasito le cueste más trabajo drenarla —le explicó.

—¿Y eso no le parará el corazón? —le preguntó Meyenii asustado.

—Puede ser que sí o puede ser que no. De todas formas, no tenemos muchas más opciones —contó Beleño, y salió de la casa.

—¿Quién es? —logré pronunciar.

—Un renegado, pero uno con mucha magia y grandes conocimientos de hechizos. Creo que es lo único que necesitas saber —me contestó enfurruñado.

Dejé caer mi cabeza sobre su regazo, tal y como había hecho con mi abuela en el sueño momentos antes, y él se dedicó a acariciarme el pelo y a metérmelo detrás de la oreja. Si supiese el coraje que me daba que hiciesen eso, no lo haría, pero en esos momentos no estaba yo para protestar demasiado. Antes de volver a quedarme dormida, lo escuché susurrar:

—Por ahora...

No sabía lo que significaba.

—Parece que la amatista está cumpliendo su función —escuché entre sueños que decía Echinácea, aliviada.

Un horrible olor me despertó. Beleño estaba sentado a mi lado. Me habían trasladado a la cama. Estaba untándome una crema espesa en la planta, que cada vez era menos perceptible desde el exterior, y eso era lo que olía a estiércol. Solo esperaba que no lo fuese... Los demás estaban de pie, colocados en sus respectivos puntos cardinales. Los miré y Beleño contestó mi muda pregunta:

—Vamos a realizar un círculo mágico para intentar sacar al hada del capullo antes de que te absorba por completo.

Se situó y comenzó a relatar unas frases en latín que no comprendía pero que casi prefería no hacerlo. La planta comenzó a moverse a medida que los cinco iban repitiendo las frases. Lo que fuera que aquello fuese se resistía y se intentaba introducir más en mí. El dolor regresó todavía más fuerte que la vez anterior. Tenía ganas de que me amputasen el brazo; se sentía como si me estuviesen mordiendo desde dentro. Comencé a gritar y a intentar arrancármelo yo misma. Beleño me sostuvo y ordenó al resto que hiciesen lo mismo. Ninguno lo obedeció, hasta que Meyenii se adelantó y me agarró la muñeca que no estaba siendo invadida por el bicho, pero no fue capaz de mirarme a los ojos.

Prosiguieron con el cántico hasta que el hada por fin sacó la cabeza de mi antebrazo. Beleño tenía preparada una jaula junto a él, y en cuanto el nuevo ser concluyó su nacimiento, lo introdujo y selló la jaula con un hechizo, retomando

su atención en mí.

—La planta sigue ahí —señaló Echinácea nerviosa.

Beleño tomó el resto del potingue apestoso y me lo extendió —como el que se va a comer una tostada— por toda la superficie afectada. Vi de primera mano que empezaba a brotar humo negro de su interior, a lo que le siguió una quemazón insoportable.

—¡Ahora no la soltéis! —les mandó.

Los restos se fueron adhiriendo más y más a mi piel, desgarrándome y produciéndome cortes a medida que lo hacían.

—¡¡La está matando!! —le bramó Meyenii.

Reishi, que era la que menos fuerza física tenía de todos, cayó al suelo al recibir una tremenda patada. Echinácea me soltó instintivamente al verla para ayudarla. Con solo tres agarres conseguí soltarme, sentarme rápidamente y lanzar un ensordecedor grito, desvaneciéndome en el acto.

—¿Sabes la que has liado, señorita? —escuché que alguien preguntaba a mi lado y, luego, un pequeño tintineo como respuesta.

Abrí los ojos y descubrí que era Echinácea hablando con una preciosa criatura que tenía sobre su palma. Era de no más de quince centímetros, completamente escarlata. Tenía el pelo de punta, terminado en una diminuta llamita de fuego. Largas y esbeltas piernas sostenían su delicado cuerpecito. Echinácea se percató de que estaba despierta y me la acercó.

—¡Buenos días! ¿Estás mejor? Espero que sí. Te presento a Hyobanche. Esta es la culpable de todo. Quería pedirle perdón a alguien, ¿no? —le dijo al hada, depositándola en la almohada y haciéndome dar un salto hacia atrás. El hada me miró apenada y se refugió de nuevo en los brazos de Echinácea.

—¡¡Estás despierta!! ¿Conoces a Hyobanche? ¿A que es monísima? —me preguntó Reishi sonriente.

—¿Os acordáis de que esa cosa ha estado a punto de matarme? —les pregunté incrédula mientras me sentaba.

Una punzada aguda me atravesó el brazo al apoyarme. Lo miré y, para mi sorpresa, tenía un tatuaje de color rojo intenso de la flor que casi había terminado conmigo.

—Creo que eso es otra cosa sobre la que deberíamos hablar —me dijo Echinácea, entregándole el hada a Reishi y haciéndole señales para que se marchase del dormitorio.

Me levanté y me fui al cuarto de baño para mirarme en el espejo.

—Dime que esto se borra con el tiempo —le rogué.

—Anastasia, Hyobanche no quería hacerlo; es su instinto. En estos días hemos aprendido mucho de ella —la disculpó.

—¿En estos días? ¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Cinco días. Nos temíamos lo peor...

Vino hacia mí y me abrazó lloriqueando—. Esa señal es el resultado del hechizo. Era la única forma de que sobrevivieses. Si Beleño no hubiese aparecido, no lo habríamos conseguido.

—Pues nada, otro buen motivo por el que no hablarle a mi madre. Estoy segura de que no creería la historia del tatuaje ni borracha. ¿Dónde están los demás? ¿Quién es Beleño?

Mi cabeza tenía demasiadas preguntas que digerir. Me encontraba perfectamente, a excepción de la pequeña molestia en el brazo. Pero para lo que había sido todo aquello, era totalmente soportable.

—Reunámonos con el resto. No creo que estén demasiado lejos. Tendrán ganas de verte. —Me sonrió.

Reishi estaba en el salón jugueteando con el hada. No me terminaba de creer que de pronto se hubiese vuelto buenísima...

—¡Estás viva! —exclamó Ginkgo al entrar en la casa y verme.

—Ya estaba empezando a pensar que fingías para que te besase. Te prometo que lo pensé, pero no me lo perdonaría jamás si te hubieses convertido en sapo —continuó Meyenii, que venía detrás de Ginkgo.

El hada lo miró, frunció el ceño y le lanzó un rayito que impactó en una esquina de su camiseta, haciéndola arder al instante. Meyenii se la quitó rápidamente y la arrojó al porche. Tenía el cuerpo perfectamente musculado y un moreno bastante atractivo. Tras pensarlo, me ruboricé y aparté la mirada de él. No supe cómo, pero Hyobanche sabía exactamente lo que estaba pensando. Me miró, sonrió y apuntó esa vez directamente a los pantalones. Corrí y la cogí a tiempo, antes de que Meyenii hiciese un desnudo integral obligado.

—¡Oh, venga ya! ¡¿En serio?! Hyobanche, me estás dejando sin ropa. No es gracioso —se quejó Meyenii, yendo al cuarto para cambiarse, que era donde habían montado la base oficial del grupo. Estaba lleno de tientos y ropas por todas partes.

—¿Alguna novedad que deba saber? —pregunté para intentar eliminar de mi cabeza el pensamiento de Meyenii desnudo.

—No, todo tranquilo en el frente, jefa —gritó Meyenii desde la habitación.

—Echinácea, el tal Beleño, ¿quién es? —le pregunté intrigada—. Me gustaría darle las gracias o matarlo por mi nuevo dibujo. No lo tengo claro.

—No es nadie —gruñó Ginkgo—. Ya se fue.

—¿Se fue o lo invitaste a irse? —reveló Reishi.

—¡Se fue, punto! —le gritó Ginkgo, y salió de la casa dando un portazo monumental.

—¿Qué ha sido eso? —interrogué a Echinácea.

—Hay cosas que es mejor no contarlas, Anastasia. Cuando él esté preparado, que te lo explique —me razonó Echinácea, activando aún más mi sensor curioso.

—¡Oh, venga ya! No comprendo tanto misticismo. Beleño es el padre de Ginkgo. Era mucho mayor que su madre cuando se casaron y tuvieron al bicho de mi primo —me resumió Meyenii, dejándome a cuadritos. Pero las caras de Reishi y Echinácea me decían que había algo más tras esa explicación.

—Meyenii, ya —le advirtió Reishi—. Son cosas de familia, no debemos entrometernos.

—Claro, y como yo desciendo de una gallina, por eso me tengo que callar. Además, ella también está involucrada. Debería saberlo —suspiró Meyenii, recordando su parentesco con el implicado.

—¿En qué sentido estoy implicada? —quise saber.

—Cuando tu querida abuela se fugó antes del ataque, el cobarde de mi padre desapareció unos días. Algunos pensaron que fue la primera víctima del demonio y otros que se habían escapado juntos. Mi madre me contó que regresó sin dar explicaciones —satirizó Ginkgo, entrando de nuevo.

—Pues estabas equivocado. Mi abuela siempre estuvo sola —le respondí. Me estaba empezando a inflar las narices que todos los males del mundo fuesen culpa de Iris.

—Por favor, no seas más cínica. Es tu abuelo. No me creo que no hayas tenido más contacto con él que yo —me respondió, lanzándome la noticia sin anestesia ni nada y dejándome sin palabras.

La noticia me acababa de coger en pañales. Mi memoria intentó ubicarlo en algún momento de mi vida y los recuerdos afloraron rápidamente como el que ve una diapositiva. Recordaba esa cara de cuando era niña. A veces, mi abuela tenía la visita de un amigo de la infancia, según ella, y se arreglaba y cantaba durante unos días. ¿Cómo no fui capaz de verlo? Pero un día, sin venir a cuento, dejó de venir. La mirada de Iris se ensombreció poco a poco pese a que ella intentó ocultarlo, pero esa chispa de alegría que se le encendía cuando ese hombre nos visitaba nunca más volvió a sus ojos. Ahora sabía de qué me sonaba el hombre con el que me crucé en el hospital. Era él: el que le dejó las flores y la acompañó en sus últimos momentos, devolviéndole esa chispa perdida. Pero ¿por qué me lo escondió, por qué nunca me dijo nada sobre él?

Acordarme de Iris y darme cuenta de que parte de nuestra vida había sido una mentira me hizo sentir triste y abatida. Noté calor en la mejilla. Al mirar, vi a Hyobanche abrazada a mi mejilla intentando consolarme. A continuación, Ginkgo rompió algo en la cocina y el hada se sobresaltó, incrementando el aura que la rodeaba hasta que nos envolvió a ambas por completo. Sentía el calor,

pero no me quemaba; era una sensación extraña.

—Está bien, no pasa nada —le murmuré para tranquilizarla, y el hada disminuyó su defensa hasta volver a ser de su tamaño. Todos se quedaron boquiabiertos con la demostración de poder de la pequeña.

—¡Qué tierna! Creo que piensa que eres su mamá —argumentó Reishi.

—¡Tengo una idea! —dijo Meyenii, corriendo a mi lado—. Hyobanche, ¿eres capaz de llevarnos a donde haya más como tú? —le preguntó en tono adulator al hada. Esta afirmó, me cogió del dedo y comenzó a tirar de mí hacia la puerta de salida.

—¡Para, para! Recogemos las cosas y nos vamos —la detuvo Echinácea, animada.

Rellenaron las maletas con lo imprescindible y se montaron en el coche de un wiccano que ya no lo necesitaría más. En esa ocasión, Ginkgo se puso detrás con Echinácea y Reishi, Meyenii condujo y yo iba de copiloto con Hyobanche, indicándome el camino. A veces me parecía que las palabras de la diminuta alada resonaban en mi cabeza sin que ella moviese los labios. Era una sensación extraña, y me asustaba un poco que alguien o algo tuviese ese tipo de conexión conmigo. Me habría gustado seguir preguntando sobre mi supuesto abuelo, pero estaba el ambiente un poco caldeado y no quería seguir echándole más tierra encima a Ginkgo. Ya estaba bastante mal con lo de su madre como para seguir. Y decidí estarme calladita, por el momento.

Después de más de un día conduciendo llegamos a una zona montañosa por la que el vehículo no podía transitar y tuvimos que abandonarlo, muy a pesar mío. Andar nunca fue de mis hobbies favoritos, y en esas últimas semanas lo había hecho más que en toda mi vida.

Hyobanche nos condujo ladera arriba a través de unos elevados y peligrosos riscos. Nos atamos los unos a los otros para evitar perder a nadie en el ascenso. A medida que subíamos, nos iba faltando el oxígeno y se hacía más difícil caminar, hasta que por fin Hyobanche me indicó que habíamos llegado.

—Es aquí —los informé.

—Aquí no hay nada —se quejó Ginkgo.

Miré de nuevo a Hyobanche en busca de respuestas, pero ella simplemente se enfurruñó ante la duda de sus capacidades orientativas, se cruzó de brazos y se sentó en mi hombro, sacándole la lengua al pobre Ginkgo. Se acercó a mi oreja y me murmuró por primera vez:

—Toca la pared de piedra.

Antes de que pudiese obedecerla, Meyenii se dejó caer sobre el muro y desapareció de nuestra vista, cayendo hacia dentro de la montaña.

—¡¡Meyenii!! —le gritó Echinácea.

Tragué saliva, suspiré profundamente y me adentré a lo desconocido en busca del patoso. La impresión que me dio cruzar la pared de piedra a propósito fue parecida a cuando me metieron con el coche en el poblado, con la diferencia de que ahora estaba un poco más preparada. O eso pensaba.

Delante de mí se abrió un mundo mágico que jamás habría soñado que pudiese existir. El resto fueron apareciendo y el hueco para poner los pies cada vez era menor, hasta que Reishi entró de sopetón, nos empujó y caímos por una pendiente de unos tres metros de largo, con poca inclinación, terminando encima del pobre Meyenii y haciéndolo tragar polvo.

—¿Os quitáis de encima?! —nos gruñó.

A decir verdad, tardé un poco más en levantarme, apostá. Que fuese él quien estaba en la peor situación por una vez no le sentaría mal, para variar.

—¿Estáis viendo lo mismo que yo? —nos preguntó Reishi anonadada.

Ninguno contestamos; simplemente nos sentamos y nos dedicamos a observar.

Estábamos dentro de lo que, desde fuera, se suponía que era un volcán extinto, pero su interior distaba bastante de la realidad. Un gigantesco boquete llenaba el centro de la montaña. Estaba cubierto por una capa de piedras agrietadas. En los bordes de esas aberturas la lava surgía, e incluso en algunos sitios hacía pequeñas pompitas sobre las que cientos de hadas parecidas a Hyobanche bailaban y jugaban alegremente. No nos hacía falta iluminación artificial alguna. Entre la luminiscencia de las pequeñas y los reflejos del fuego que teníamos justo al lado, el lugar estaba completamente iluminado por una luz roja que era incluso molesta para la vista, añadiendo a esto un calor casi insoportable.

Hyobanche me tiró de la camiseta para que me acercase a sus hermanas y, no sin un poco de miedo, le hice caso y me aproximé a ellas con cuidado de no espantarlas, por lo que pudiese suceder.

Las hadas de fuego pasaron de mí olímpicamente y siguieron lanzándose bolas de lava como las que se tiran cubitos de hielo, riendo y saltando, hasta que Hyobanche se separó de mí, voló y les lanzó ella también una, intentando unirse a la diversión. En ese instante, todas las hadas se detuvieron, se giraron y nos miraron con cara de pocos amigos. Meyenii y Echinácea se colocaron detrás de mí y Ginkgo y Reishi se mantuvieron en la retaguardia.

La tensión se podía cortar con cuchillo. Todas ellas cogieron una bola de lava cada una y nos apuntaron con ellas. Cuando estaban a punto de dispararnos y asarnos, para nuestra sorpresa, un pequeño hombrecito rojo incandescente con alas se interpuso entre ellas y nosotros, alzó la mano en la que llevaba una varita con una piedra dorada en el extremo y las detuvo. En ese instante, arrojaron las bolas al suelo e inclinaron la cabeza en señal de respeto, todas menos Hyobanche, que había retrocedido y ahora estaba delante de mí, haciéndome de

escudo protector como si ella sola fuese capaz de terminar con aquel ejército. El hombre hada se acercó más a ella, la miró detenidamente y le sonrió, pero mi protectora particular no estaba acostumbrada a estar con otros de su misma especie y le gruñó, escondiéndose detrás de mí. No sabía cuánto la podía llegar a comprender...

—¿A qué habéis venido? —nos preguntó curioso el hado.

—Sentimos importunaros. Necesitamos una varita hecha del fuego de las salamandras⁵ para poder combatir el mal que acecha a todo el mundo mágico —le explicó Echinácea, adelantándose e inclinando la cabeza en plan adulatora.

—No tengo noticias de que tengamos que defendernos de nadie. Os recomiendo que os marchéis con ese intento de hada que lleváis antes de que deje a mis hermanas seguir con lo que iban a empezar —nos amenazó.

—Si el demonio llega hasta vosotros, no lo detendréis con bengalas y jueguecitos de luces —le advirtió Meyenii.

El hado se giró, levantó el cetro y todas las demás volvieron a tener su munición preparada para lanzárnosla. Dimos la vuelta y nos dirigimos a la pared camuflada por la que entramos para idear un plan.

—Bueno, y ahora ¿qué? —preguntó Ginkgo desalentado una vez que estuvimos en el exterior.

—Puf, ni idea —le respondió Echinácea.

—A mí no me miréis. La cabeza pensante es Echi —se defendió Reishi.

Hyobanche estaba enfadada. Podía notarlo. No sabía cómo, pero así era. Sabía que quería volver a entrar y darle una paliza al hado presuntuoso ese que la había insultado. Ella, habitualmente, era de color rojo, pero en esos instantes su tonalidad era tan intensa que daba la sensación de que estuviese a punto de estallar. Improvisamos un campamento y nos fuimos a dormir por turnos, a ver si a alguno se nos ocurría una forma de conseguir la dichosa varita.

—¿Crees que el elemento que necesitamos es el que lleva el imbécil enano ese? —me preguntó Reishi.

—Mucho me temo que sí —le respondí desalentada.

—La concha no la conseguimos, y me da en la nariz que este va a ser otro fracaso —se lamentó Echinácea.

La masacre del poblado había hecho mella en el grupo. Aunque ellos se esforzaban por fingir que todo seguía igual, la verdad era diferente. Ginkgo casi no hablaba, y cuando lo hacía, era para protestar. Reishi tenía miedo todo el tiempo y se asustaba de su propia sombra. Echinácea se pasaba las horas leyendo el libro de Iris e intentando averiguar cosas para ayudar. Meyenii estaba distante y de mejor humor del que debería estar, y yo me sentía perdida y con más dudas que antes tras enterarme de la existencia de Beleño y mi parentesco con Ginkgo.

Aquello nos estaba pasando factura a todos. Había momentos en los que creía que no lo conseguiríamos. Me dormí con Hyobanche dentro de mi saco de dormir. Me pasé un rato observándola. La luz que emitía cuando soñaba cambiaba de intensidad según lo ajetreado del sueño y era bastante relajante. Le estaba cogiendo cariño a aquella homicida con alas, y mira que durmiendo parecía una muñequita de porcelana.

—¡¡Despertad!! ¡¡Algo está sucediendo dentro de la montaña!! —nos apremió Ginkgo, que estaba haciendo la segunda vigilancia.

Dimos un brinco y entramos de nuevo, esa vez teniendo cuidado de no ser descubiertos. Estaba lleno de vapor; no se veía a más de un palmo de distancia. Caí al suelo de repente, abatida por Meyenii, golpeándome la espalda con una piedra.

—¿Estás tonto?! —le grité.

Meyenii me señaló la pared que estaba justo detrás de donde yo había estado parada hacía unos segundos y allí había una gigantesca grieta con un agujón de hielo clavado. Si no me hubiese apartado, ahora sería un pinchito moruno. El moratón de la espalda estaba justificado.

—¡Tened cuidado! ¡No sabemos qué está ocurriendo! —nos avisó Echinácea.

Bajamos la cuesta sin separarnos demasiado para no perdernos y pisé algo blandito. Cuando me agaché a ver qué era, mi estómago se revolvió. Me giré rápido y casi le vomité a Reishi en los zapatos.

—¿Qué haces?! —dijo a la vez que me sorteaba.

Meyenii alumbró el lugar y todos se echaron las manos a la cabeza. Eran trozos de hadas. Acababa de estrujar medio cuerpo superior de una de las salamandras. A medida que iba iluminando el camino, fueron apareciendo más. Lo del pueblo se quedaba en un juego de niños al lado de aquello. Al fondo vimos unas chispas rojas y, a continuación, más humo. Corrimos hasta el lugar y encontramos a las pocas supervivientes con el hado en cabeza luchando contra unos muñecos de nieve gigantes que les estaban lanzando puñales de hielo, acertándoles la mayoría de las veces. Hyobanche me miró con la clara intención de ir a socorrerlas ella solita. La agarré y la metí en mi maleta mientras pataleaba y se quejaba.

—Echinácea, ¿qué hacemos? —le pregunté aterrorizada.

—¿Fuego? —respondió Ginkgo por ella.

—¿Cómo? —dijo Reishi confundida.

—Perfecto —la animó Meyenii, cogiendo unos palos que estaban tirados por el suelo y dándonos uno a cada uno. Les puso el potingue ese que usó la última vez bajo el roble sagrado y nos los encendió deprisa o no tendríamos nada que salvar.

—Esto ralentizará que la madera se queme y nos dará alguna posibilidad — nos indicó.

Cogió el palo y salió disparado para atizarle a uno de los monstruos helados, derritiendo cada parte que rozaba con el fuego. Miré a Echinácea, le sonreí, pegué un grito como los de las pelis de guerra y le atiné en un ojo al engendro glacial. Escuché a los demás hacer lo mismo, gritito incluido. De pronto, a mi alrededor revoloteaban tres salamandras que le disparaban bolas de fuego, ayudándome a deshacerlo. Al rato, solo quedaba demasiado vapor en el ambiente y, del esperpento, grandes charcos de agua que se evaporaban al caer en las grietas de lava del suelo. Yo había aniquilado al mío, pero no veía si los otros también estaban lográndolo. Anduve despacio, intentando encontrar a alguien, cuando me golpeé con algo. Al darme la vuelta y amenazarlo con la improvisada antorcha, vi la cara magullada de Meyenii, que sonrió al verme.

—Me alegro de que sigas de una pieza —me dijo.

Al momento, escuchamos la voz de Reishi llamándonos desesperada. Seguimos el sonido y la vimos en el suelo sosteniéndole la cabeza a Echinácea, que estaba herida y tumbada sobre un charco de sangre.

—¡Mierda! ¡¿Qué ha pasado?! —exclamó Meyenii.

—No lo sé. Cuando di con ella, ya estaba así —sollozó Reishi.

Me puse a su lado y le aguanté la mano, intentando descubrir cuánto de grave era la situación, pero lo que fuera que le hubiese dado, ya se había derretido, y en su lugar tan solo quedaba una rotura en la camiseta manchada de sangre y agua. El problema era que estaba justo en el corazón. Echinácea había perdido el conocimiento. Todavía respiraba, pero no creí que lo hiciese por demasiado tiempo. Los cuatro nos quedamos allí sin saber qué hacer, porque ¿qué haces cuando hieren al médico?

Unas veinte lucecitas se acercaron hasta nosotros. Entre ellas estaba el hado que nos había expulsado de su casa hacía solo unas horas. Se pusieron alrededor de ella y colocaron sus manos sobre el cuerpo de mi amiga. No podía soportar la luz que salía de sus extremidades y tuve que cerrar los ojos durante un instante. Cuando solo había hecho el amago de cerrar los párpados, algo me golpeó en la espalda. Al girarme, vi a mi pequeña homicida tirada en el suelo con un dardo de hielo atravesándola.

—¡¡Nooooo!! —grité.

La levanté, cogí el palo con la llama y corrí a clavárselo al gigante de hielo que quedaba escondido tras el vapor. Se lo introduje con todas mis fuerzas, tumbándolo en el suelo y cayendo con él. Lo saqué y lo metí en el cuerpo de la criatura tantas veces que la llama de mi antorcha se apagó. Pero la ira me podía y, aun así, continué haciéndolo hasta que Meyenii me paró.

—¡¡Anastasia, ya!!

Volví a la realidad y me centré en mi diminuta amiga. Casi no resplandecía. Me guiñó un ojo y estiró el pulgar para felicitar me por mi proeza. La besé en la cabecita y cerró sus pequeños párpados. Había entregado su vida por salvar la mía, dejándome un vacío enorme en el pecho. Regresé junto a Echinácea y los demás, con el cuerpo de mi hada de la suerte en la mano y los ojos llenos de lágrimas. El hado voló hasta mí y me pidió que se la entregase. La apreté contra mi pecho y me negué rotundamente. Meyenii me abrazó, me dio un beso en la mejilla y me susurró al oído:

—Ya no puedes hacer nada más por ella.

El hado creó una imponente bola de fuego delante de nosotros. Abrí las manos, dejando libre el cuerpo. Movié la varita y Hyobanche voló al interior de las llamas, consumiéndose en segundos. No podía mirar. Era demasiado cruel incinerarla delante de mí; no lo soportaba. Al final, había creado un extraño lazo de unión con ella. Me senté en el suelo y la esfera incandescente bajó hasta mi mano. Se fue extinguiendo poco a poco y, en lugar del cadáver, apareció una preciosa varita negra con una hermosa turmalina^[6] roja en un extremo. La agarré con fuerza y la piedra comenzó a brillar. Entonces, recordé algo que había dicho Echinácea hacía poco: «Siempre hay vida en la destrucción». Desde ese momento, supe que siempre que necesitase recordarla o sentirla me bastaría con apretar esa preciosa piedra y allí estaría.

Echinácea estaba casi curada. Las hadas, como recompensa a nuestra ayuda, la habían sanado. Le dolía el pecho a rabiar, pero cada cicatriz y cada pérdida nos iba haciendo más fuertes.

Capítulo once

Los recuerdos

El tatuaje que tanto me disgustaba al principio, ahora hacía que me sintiese más fuerte. Desde que lo llevaba, notaba que mi temperatura corporal había aumentado al menos dos grados. Lo noté porque al montarnos en el coche de regreso al poblado, los demás estaban muertos de frío y a mí me sobraba la mitad de la ropa que llevaba puesta. La mayor parte del viaje estuvimos callados. Reishi y Ginkgo dormían a pierna suelta, Echinácea miraba absorta por la ventana, Meyenii conducía pensativo, mientras que yo no me quitaba la mirada de Hyobanche de la mente.

—¡Para! —gritó de pronto Echinácea, sobresaltándonos a todos.

—¡¿Qué pasa?! —le chilló Reishi, que le había estado babeando el hombro a Ginkgo mientras dormía.

—Anastasia, ¿me prestas el libro de las Sombras? —me apremió como si le fuese la vida en ello. Se lo di y nos quedamos observándola intrigados.

—¡¡Aquí!! —dijo al fin—. ¿Tienes pecera?

—¿Cómo? —le respondí sorprendida.

—Que si tienes pecera —me repitió.

—No, sí, bueno, recuerdo que teníamos una cuando era pequeña, pero Iris nunca me dejaba comprar peces. La tenía llena de... —Me detuve a pensar. ¡Echinácea era un maldito genio!

—Compartís con los demás vuestras demencias, por favor —nos pidió Meyenii.

—Mi abuela cuidaba ese recipiente de agua como si hubiese vida en su interior, pero yo tan solo veía un montón de conchas cerradas. Nunca metió ningún pez en ella —les expliqué.

—Sabía que había leído algo en el libro. Iris tiene un hechizo escrito en una de las páginas con un dibujo de una pecera en el margen. ¿Adivináis de qué es el conjuro? —nos preguntó Echinácea emocionada—. De expulsar seres malignos. Estoy segura de que dentro de la pecera hay una de las conchas que buscamos.

—Algún día me vas a tener que explicar cómo haces para tener ese coco —se asombró Reishi.

—Bueno, pues nada. Recalculando. Dirección: casa de Anastasia —dijo Meyenii, imitando la voz de los GPS y haciendo que incluso Ginkgo sonriera con sus payasadas.

La idea de regresar a mi casa me llamaba bastante. Necesitaba rodearme de

cosas conocidas, de aromas que me trajesen buenos recuerdos y desconectar de ese mundo paralelo en el que me había zambullido y en el que estaba a punto de ahogarme.

Beleño había olvidado la pulserita de amatista tras su precipitada partida y me la había guardado sin que Ginkgo me la viese. Si era cierto que ese hombre era mi abuelo, tenía derecho a, al menos, mantener algún recuerdo suyo. Además, cada vez que la apretaba me venía a la memoria la sonrisa de Iris. No pensaba deshacerme de ella.

Para cuando llegamos a mi casa, ya era noche cerrada. Aparcamos frente al patio delantero y, nada más parar el motor, noté que algo andaba mal. La puerta estaba entreabierta, y estaba segurísima de que la había cerrado con llave. La ventana del salón que Ginkgo había reparado después de mi encontronazo con Rosa estaba abierta y con las cortinas fuera.

—¿Sucede algo? —me preguntó Meyenii al ver mi expresión de desconcierto.

—Sí —afirmé preocupada—. O hay alguien dentro o lo ha habido.

Meyenii empuñó el athame y los demás lo seguimos. Cuando encendimos las luces, no me podía creer lo que estaba viendo: la casa estaba destrozada, las estanterías del salón tumbadas en el suelo, los cajones abiertos y todo desperdigado por todas partes. Aquello era un completo caos.

—¡El baúl! —grité al acordarme, y subí las escaleras hasta mi dormitorio sin importarme que el ejecutor del allanamiento continuase aún allí.

Me quedé paralizada en el umbral de la puerta. El arcón estaba despedazado. Había tarros rotos, madera y cristales por todas partes. Al parecer, buscaban algo. Solo esperaba que no lo hubiesen encontrado.

—Anastasia —me llamó Echinácea desde detrás de mi espalda—. ¿Recuerdas dónde está?

—¡¡No, no recuerdo nada y tampoco quiero hacerlo!! ¡¡Estoy harta, cansada, saturada de todo esto!! —le chillé, volviendo al salón y empujándolos al pasar.

Levanté la puñetera estantería que pesaba un quintal y me puse a recoger los libros que estaban esparcidos por el suelo y a intentar apilarlos. Siempre me relajaba colocar y ordenar libros, así que decidí que sería mejor que empezase por ahí antes de que me diese un ataque de histeria.

—Anastasia —comenzó a decir Ginkgo preocupado, hasta que Reishi lo silenció.

—Ginkgo, déjala un rato. Tiene derecho a tener un momento de ofuscación y enfado con el mundo.

Echinácea y Reishi se sentaron a mi lado y, sin decir palabra, fueron amontonando las cosas que estaban tiradas. Meyenii cogió la escoba y barrió los cristales rotos mientras Ginkgo subía para intentar poner un poco de orden en el

segundo piso.

—¡En el garaje! —exclamé de pronto.

—¿Qué? —preguntó Meyenii.

—Mi abuela tiene que tener los adornos del acuario en el trastero que tenemos por garaje —me expliqué.

—Puede ser que allí no hayan entrado —me animó Reishi.

La puerta de la cochera estaba cerrada, pero, cuando entramos, todo estaba igual que en el resto de la casa: tirado, roto y destrozado.

—Sé que es difícil, pero céntrate. ¿Dónde puede estar? —me preguntó Echinácea.

Escalé el batiburrillo de ropa, adornos de Navidad y recuerdos de toda una vida, y al fondo del todo encontré la pecera vacía con otra bolsa en su interior. La saqué y la llevé hasta donde se encontraban los demás para vaciarla, con la esperanza de, aunque solo fuese por una vez, tener algo de suerte. Pero no fue así. Dentro solo había una bomba de oxígeno, un filtro, piedrecitas y algunos adornos que podías encontrar en cualquier tienda de animales común.

—¿Crees que se las han llevado? —me preguntó Echinácea.

—¿Notas que falte algo más? —agregó Meyenii.

—Puede ser que, si era algo valioso para ella, lo guardase en otro lugar —pensó Ginkgo en voz alta.

—¿Me puedes prestar esta chaqueta? —dijo sin venir a cuento Reishi, dejándonos a todos desubicados y mirándola—. ¿Qué? Que tengamos un asco de vida, no quiere decir que yo no tenga buen gusto.

—¿En serio? —le dijo Meyenii, echándose las manos a la cabeza y poniéndose a suspirar.

Fuimos a la cocina a hacernos algo de comer, a ver si así recordaba algo más del dichoso acuario de las narices.

—Voy a ver qué tienes por aquí —dijo Meyenii, abriendo el congelador y sacando mi cajita de dentro—. ¿Una magdalena es lo único que tienes?

Levanté la vista de la mesa y la cogí con cariño.

—Es el regalo que Iris me dejó por mi cumpleaños antes de morir.

La guardaba para un momento especial, pero lo cierto era que aquel era tan bueno como cualquier otro.

—Espera —me pidió Echinácea antes de que la extrajese del envoltorio—. He leído en el libro de las Sombras de Iris un conjuro que sirve para ocultar cosas dentro de comidas.

Le cogí el athame del cinturón y partí el *cupcake* en dos como si estuviese abriendo un cadáver, bajo la atenta mirada de todos. Efectivamente, Echinácea tenía razón, para variar. Dentro encontré un pequeño papel con una letra casi

ininteligible en el que ponía:

—¿Tenemos todos los ingredientes? —preguntó Ginkgo.

—Pues quitando lo de las sustancias psicotrópicas, el resto sí —se lamentó Echinácea.

—¿Qué podemos usar para el brebaje ese? —les pregunté, buscando alternativas.

—Pues, a ver: ayahuasca, peyote, hongos psilocibios, *Salvia divinorum*, belladona —comenzó a decir Echinácea.

—Espera, que una me suena —la interrumpí, rebuscando en el armario de las especias.

—Anastasia, no creo que Iris le echase a la comida ninguna de las cosas que ha nombrado Echinácea —me advirtió Reishi.

—¡Aquí! —dije satisfecha.

—¿En serio? —alucinó Meyenii, quitándome el tarrito y leyendo el nombre —: Belladona. Vaya tela con la abuelita...

—Era wiccana, ¿recuerdas? —la defendí.

—Bueno, lo tenemos todo. ¿Quieres hacerlo? —me preguntó Ginkgo, mostrándose preocupado por mí por primera vez desde que descubrí que éramos parientes.

—Ya no es que tenga mucho que perder —conjeturé en voz alta.

—¿Qué tardas en tenerlo listo? —preguntó Meyenii.

—Media hora más o menos —respondió Echinácea.

Dejamos a Echinácea, Ginkgo y Reishi entretenidos en la cocina haciendo el jarabe psicotrópico, que me daba un poco de miedo, y me fui al salón con Meyenii a poner el mapa y las demás cosas.

—¿Estás bien? —me preguntó, sosteniendo la temblorosa mano que me delataba.

—No sé qué quería Iris que descubriese. A estas alturas, hay tantas cosas que no sé, que ya no estoy segura de querer averiguarlas —me sinceré.

—Siento no haberte dicho lo de Beleño antes —se disculpó.

—No pasa nada. Ginkgo es tu primo y a mí me conoces de dos días.

—Pero no lo hice por eso. —Tragó saliva—. Fue porque no quería hacerte daño.

—A veces, la verdad es el mejor de los remedios —le dije, poniéndome profunda y sacando la pulserita que llevaba escondida—. ¿Esto servirá?

—Es una amatista y, si era del viejo Beleño, seguro que es poderosa —me explicó.

—¿Listos? —preguntó Echinácea, trayendo un vaso con líquido que parecía agua caliente.

Mi contacto con las drogas era nulo, así que no estaba para nada preparada para lo que fuera que ocurriese en ese momento. Como le había dicho a Meyenii, me asustaba saber la verdad. Ahora entendía perfectamente el refrán de ojos que no ven, corazón que no siente. Pero si quería que mi vida volviese a la normalidad —si es que eso era posible a esas alturas—, no tenía otra opción.

Cogí el libro de las Sombras de Iris, la pulsera de Beleño, extendimos un mapa sobre la mesita auxiliar del salón, encendimos algunas velas alrededor y Meyenii me miró con el athame en la mano.

—Anastasia, bébete primero el brebaje —me aconsejó Echinácea—. Puede tardar algunos minutos en hacer efecto.

Me tomé aquello de un sorbo. Realmente me esperaba otra cosa; era solo agua templada. Meyenii sostuvo mi mano, me hizo un pequeño corte en la palma, cerró mi puño con el suyo y juntos derramamos algunas gotas de mi sangre sobre el mapa. El pequeño charquito se situó en el centro. Dejé que la amatista se balancease sobre el papel durante algunos segundos hasta que, de pronto, hizo algo extraño: se puso rígida y la cuerdecita que la sostenía se rompió y cayó en picado, clavándose en el plano en un lugar en concreto. Luego, la sangre hizo un pequeño río rojo desde donde estaba hasta llegar a la piedra y, desde allí, ella sola trazó un pequeño recorrido.

Comencé a sentirme mareada y me tumbé en el sofá. La habitación me daba vueltas. Tenía una fatiga horrible. No era capaz de centrar la vista en ningún punto en concreto. Sabía que me estaban hablando, pero no lograba descifrar qué me decían. Escuchaba sus voces como si alguien le hubiese dado al botón de ralentizar una película. Todo iba muy lento a mi alrededor hasta que, de pronto, el sofá desapareció y el suelo tras él. Comencé a caer y caer como en un abismo sin final. Cuando pensé que iba a abrirme el cráneo contra algo, el tiempo se detuvo para volverme a dejar tumbada en otro sofá.

Me levanté deprisa, antes de que todo se volviese a mover de nuevo. Pero no; ahora todo estaba en calma. Miré a todos lados, intentando ubicarme, hasta que descubrí que estaba en la casita que Iris tenía en el poblado. Alguien salió de la cocina visiblemente enfadado y me miró.

—Puedo explicarlo —le dije, pero el hombre pasó de mí, continuó andando en mi dirección y me atravesó, dejándome una sensación rarísima en el cuerpo. Era Beleño, más joven que la última vez que lo había visto en esa misma casa.

—¡No podéis quedaros! —dijo, entrando en una habitación.

Lo seguí para ver con quién discutía.

—No pienso huir y dejarlos a todos solos y a merced de esa loca —le respondió Iris.

Verla allí en pie hizo que se me saltasen las lágrimas.

—Está Acacia. Si te derrota a ti también, todo estará perdido —continuó rebatiendo Beleño.

—Y ahora ¿qué quieres que le diga a Rosa?

—Rosa nunca ha encajado aquí, y lo sabes. Ella quiere estar en un sitio con personas normales —le recordó Beleño.

—¡Esta es su familia y todos somos normales, por más que te guste recordarme que no lo somos!

Iris estaba realmente enfadada. Conocía bien cuándo se le agrandaban los boquetitos de la nariz. Cada vez que la veía así, corría a esconderme porque la regañina iba a ser monumental.

—Pienso ir y enfrentarme a ella. Ya está bien de ser tan condescendiente.

—Sabes de sobra por qué sigo con ella. Nada me hubiese gustado más que poder estar a tu lado y al de Rosa, pero las cosas no son tan fáciles.

Parecía que realmente lo decía de verdad. Se fueron a la cocina a continuar discutiendo.

—Mamá, ¿qué sucede? —le preguntó Rosa, entrando en la casa.

—Rosa, recoge tus cosas. Os vais un tiempo a la ciudad —le dijo Beleño.

Mi madre corrió al dormitorio, dando saltos de alegría.

—¡¡He dicho que no me voy a ninguna parte!! —agregó Iris, tan testaruda como siempre.

Entonces, Beleño la abrazó por detrás y le besó el cuello de forma cariñosa.

—Te prometo que no estarás sola. Os he conseguido una preciosa casita que estoy seguro de que te encantará. Está rodeada de flores, y tienes un sótano para hacer tus conjuros y bailar desnuda sin que nadie te vea. —Le sonrió mientras la giraba y la besaba en los labios.

—Eres estúpido —lo apartó Iris de forma juguetona—. Solo nos iremos unas semanas. Luego, volveré y terminaré con ella.

La habitación volvió a dar vueltas, y en la tercera o cuarta se paró bruscamente, haciéndome caer de bruces contra la mesa de la cocina. Ahora estaba en mi propia casa.

—¡Te he dicho que no regresaré jamás! —le gritó Rosa a Iris, que sostenía un regordete y rosado bebé entre los brazos.

—¡La niña no tiene culpa de que seas una irresponsable! —le contestó Iris con lágrimas en los ojos.

—¿Yo soy la insensata? Se me olvidaba que tú eras la más racional del mundo —dijo, aproximándose a la puerta de entrada—. Dale recuerdos a mi padre, si es que logras recordar cuál de todos los locos fanáticos de tus amigos es.

El portazo que dio hizo temblar el suelo de donde nos encontrábamos. Iris se sentó con el bebé en una butaca. Una lágrima le rodó por la mejilla y la pequeña

la cogió con la mano. Le sopló, y de la diminuta gotita salieron cientos de estrellitas que llenaron la estancia y comenzaron a danzar y brillar a nuestro alrededor, siendo esa una de las cosas más lindas que había visto en mi vida.

—Anastasia, no te preocupes, todo irá bien —le dijo Iris a la pequeña, que debía ser yo.

—No debes volver. La niña es nuestra última esperanza, ahora que ha liberado a ese mal —le dijo Beleño, saliendo de la alacena que había bajo las escaleras y jugueteando con los deditos de mi yo bebé.

—¡Si no sientes nada por ella, no entiendo cómo has podido dejarla embarazada! —lo enfrentó Iris, poniéndose en pie y alejándose de él.

—Te he dicho que no lo recuerdo. Seguramente me drogó con escopolamina. De sobra sabes que es capaz de hacerlo. Ahora no puedo dejar a ese pobre niño solo con ella. Me necesita —le intentó explicar.

—¡Pues corre con ella! ¡Esa mujer es peor que el mismísimo demonio!

El grito de Iris me penetró los oídos. Cerré los ojos, y al abrirlos, estábamos las dos de rodillas en el salón, mirando el interior de la pecera.

—Abuela, ¿por qué nunca metemos peces dentro? —le preguntó mi yo de no más de cinco años.

—Porque hay algo mucho más bonito y más importante que los peces, mi vida. Observa bien. No todo es lo que parece —me explicó.

Me fijé mejor, y de dentro de la caracola salió una pequeña figura femenina con cabellos amarillos y cuerpo azul que nadaba y bailaba de un lado para otro. Cuando me acerqué más, me choqué con la superficie, y al momento noté cómo se me mojaba el pelo.

Ya no me encontraba en nuestro acogedor salón. Ahora estaba en el cementerio, detrás de un árbol, y me vi a mí a lo lejos hablando con mi madre y con el tipo raro ese que la acompañaba. Corrí tras ellos para intentar escuchar lo que decían, pero, en ese instante, mi otro yo se volvió como si supiera que estaba observándola. Recordé ese momento y comprendí que esa era la segunda vez que vivía eso mismo. Todo era un poco confuso.

—Un momento, querida, se me ha soltado un cordón de los zapatos. Adelántate tú —le dijo el estúpido a mi madre.

Cuando esta se hubo separado unos metros, y justo cuando yo estaba a su lado y mi otro yo a una distancia prudencial, se giró, me miró a los ojos como si pudiese verme y me agarró del cuello, levantándome del suelo y asfixiándome. Intenté soltarme, pero de su mano salieron las garras que tan familiares me eran ya. Se le pusieron los ojos rojos y sonrió mientras yo me quedaba sin aire, hasta que terminé por desvanecerme.

—¡¡Anastasiaaaaa!! —me gritó y me zarandeó alguien.

Me levanté de un saltó con el corazón a mil por hora e instintivamente le di un puñetazo a mi agresor. Cuando abrí los ojos, vi a Meyenii con mi puño agarrado e intentando que no lo matase de una paliza.

—¡¡Es él, es él!! —chillé como una loca, tratando de librarme de Meyenii.

—¡Hasta que no te calmes, no pienso soltarte! ¡Respira hondo y concéntrate! —me pidió.

Reishi vino con un vasito de algo humeante y me instó para que me lo tomase.

—¿Qué es? —le pregunté desconfiada.

—Tila, lo prometo —respondió Echinácea, saliendo de la cocina. Me la tomé e intenté serenarme un poco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ginkgo impaciente.

—El demonio lo trajo alguien desde otra dimensión —expliqué, evitando concretar.

—Eso ya lo sabíamos, Anastasia —me dijo Reishi.

—Pero ahora sé quién es —les aclaré.

—¿Quién? —preguntó Ginkgo, más nervioso todavía.

—Es el novio de mi madre. Cuando estaba allí, nadie a excepción de él podía verme, y cuando se dio cuenta de que lo espiaba, intentó matarme —les conté, tocándome el cuello.

—¿Sabes algo de las conchas? —agregó Echinácea.

Con el sobresalto tras recibir tanta información se me había olvidado por completo la alacena. Salí corriendo hacia las escaleras, abrí la puertecita triangular y comencé a sacar todos los tarros de pintura, rodillos y demás cosas de limpieza que Iris se empeñaba en guardar allí en vez de en el garaje, donde teníamos el resto de las cosas que no usábamos mucho, hasta que di con la pared de madera del fondo. Pero no fui capaz de encontrar ninguna abertura, tirador ni nada de nada, y salí del pequeño hueco abatida.

—¿Se te ha ido la olla del todo? —me preguntó Meyenii.

—No. En la visión, Beleño le dijo a Iris que le conseguiría una casa en la que tuviese un sótano donde poder mantener su vida de wiccana oculta de los demás, y cuando mi madre nos abandonó, él salió de aquí —les expliqué sin mirar a Ginkgo.

Meyenii entró y se puso a dar golpes en la madera que yo no había logrado abrir.

—¡Anastasia, ven! —me llamó—. ¿Tienes la llave del baúl?

La cogí de mi colgante y se la di. En una ranura casi imperceptible había una pequeña hendidura en la que introdujo la llave. Esta giró perfectamente y la falsa pared cedió, dando paso a unas escaleras. Nos miramos y bajamos.

Mientras bajaba un escalón tras otro, me preguntaba si estaba más nerviosa

por ver qué nos íbamos a encontrar o por saber que mi madre se codeaba con un demonio de otro mundo. El problema era que, si me paraba a pensarlo fríamente, tampoco me resultaba demasiado descabellado. Lo que me quedaba por escuchar era que mi padre fuera un trol...

La habitación estaba oscura, a excepción de una ventanita en la que no había reparado nunca, que supuse que estaría a ras de suelo vista desde fuera y camuflada por las flores que bordeaban la casa. A través de ella entraba algo de luz del exterior. Encontré un interruptor en la pared. Cuando se encendió la luz de una preciosa lámpara de piel con excepcionales grabados en henna y descubrió la habitación, tuve que sentarme en la misma butaca de piel oscura en la que vi a Iris meciéndome hacía tan solo unos minutos.

—¡Por la Diosa! —exclamó Echinácea, que acababa de entrar, seguida de los demás.

Se trataba de una amplia estancia. Las paredes estaban forradas de estanterías con libros antiquísimos y cientos de frascos de cristal con líquidos de distintos colores en su interior. La habitación tenía una mesa en el centro con fogones y un fregadero en el extremo. Estaba casi tapada al completo por hojas polvorientas llenas de apuntes y dibujos. Fui examinando las repisas y pasé el dedo por el lomo de los libros que no había visto jamás, hasta que me topé con un retrato de Beleño e Iris delante de la casa. Estaban sonriendo y se abrazaban, compartiendo una mirada de complicidad. No se tenía que ser muy inteligente para ver que estaban totalmente enamorados. Lo que no terminaba de comprender era por qué Beleño seguía con Gayuba si esta era mucho más joven que él. Mi abuela la detestaba, y encima había convocado a un demonio con el que, por cierto, estaba en ese mismo momento. Pero todas esas conjeturas preferí guardármelas para mí hasta estar segura de lo que realmente sabía Ginkgo al respecto. Cogí la foto, aprovechando el anonadamiento del resto, y la metí entre unos libros para que no la viesan.

—¡Mira, Anastasia! —me llamó Echinácea.

En la parte más oscura de la habitación había una mesita baja, y sobre ella reposaba una pecera un poco más pequeña que la que estaba en el garaje. Una luz violeta alumbraba directamente hacia una caracola rosada. Los cristales estaban cubiertos de verdín y musgo y casi no se podía ver su interior.

—¿Será esa la que necesitamos? —preguntó Reishi.

—Si Iris la guardaba tan bien es porque es importante —argumenté.

—Toda la sala es un gran tesoro —añadió Echinácea, cogiendo uno de los libros al azar—. Aquí se guarda toda la información sobre los orígenes y las leyendas de los wiccanos. Hay libros de su historia y... ¡Estos son libros de las Sombras de tus antepasados!

A Echinácea parecía que le acabase de tocar la lotería. Era la que estaba más emocionada con ese nuevo descubrimiento. Ginkgo se acercó a la pecera, metió la mano y dijo:

—Ya tenemos lo que nos faltaba. Terminemos de una vez por todas con todo esto.

Cogió la concha e intentó sacarla del agua. De pronto, su cuerpo se puso tenso y empezó a convulsionar hasta que cayó desvanecido, dándose un batacazo monumental.

—¡¡Ginkgo!! —gritó Reishi, acudiendo rápido en su ayuda.

Echinácea le miró la mano. En ella se había quedado grabada como a fuego la forma de las espirales del molusco. Miramos en el interior de nuevo sin ver nada distinto a la vez anterior.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Meyenii, que estaba al lado de su primo tomándole las pulsaciones.

—¡Todo esto me supera! —reconoció Echinácea sin saber qué hacer. Puso las manos sobre Ginkgo y, a los pocos segundos, este se sentó, intentando incorporarse, atontado por el batacazo.

—¿A ver quién es el guapo que saca esa cosa de ahí dentro? —dijo Meyenii.

Echinácea introdujo un dedo en el agua y lo sacó rápidamente.

—Es como si el agua estuviese electrificada —afirmó.

Me puse de rodillas y pegué la cara al cristal, intentando ver algo, cuando me pareció distinguir que algo se movía dentro de la caracola y se escondía rápido.

—¡Hay algo dentro! Es una ondina —les dije.

—¿Cómo? —me preguntó Echinácea extrañada.

—La he visto. Cuando era pequeña, mi abuela la cuidaba —agregué.

—¿Y qué hacemos para convencerla de que nos dé su casa? —preguntó Reishi.

—Puedo mirar algunos libros para intentar descubrirlo —se ofreció Echinácea.

—Tardaríamos demasiado. ¡Necesitamos esa concha ya! —objetó Ginkgo, incorporándose malhumorado.

—Pues nada, mete la mano de nuevo. Me gustaría verte con los pelos a lo afro —le sugirió Meyenii.

—Meyenii y yo iremos a hablar con Ariel, a ver si ella nos puede ayudar. Mientras, quedaos aquí. Quizá tengáis suerte con alguno de los libros de Iris —nos organicé.

Cuando Meyenii y yo nos montamos en el coche para ir en busca de la pequeña hada, este me miró y me dijo:

—¡Suéltalo! ¿Qué pasa?

—Te lo iré diciendo por el camino —le aseguré.

Era gracioso cómo era capaz de saber cuándo algo me turbaba. A la media hora de camino, se empezó a impacientar.

—No me creo que tu plan sea estar a solas conmigo.

—¿Cómo de bien conoces a Ginkgo? —le pregunté sin tapujos.

—Demasiado —me respondió, suspirando.

—El día en que nos vimos por primera vez, no querías que fuera al pueblo. ¿Por qué? —continué.

—Anastasia, yo... —empezó a decir, titubeando.

—La verdad, Meyenii. Sé de ti lo suficiente como para notar si me mientes —le advertí.

—Vale. Puede ser que en el entierro de Iris escuchase a Gayuba pedirle a Ginkgo que te sedujese.

—¿Para qué?! ¡Si es mi tío! —exclamé sorprendida. Diciéndolo en alto sonaba todavía más extraño.

—No tengo ni idea, pero cuando vieron que estaba atento a la conversación, se apartaron y se pusieron a cuchichear. Gayuba siempre ha detestado a tu abuela por lo que pasó.

—Pero ¡si fue ella la que trajo al demonio! —le conté indignada.

—Lo sé —me contestó, dejándome de piedra.

—¿Lo sabes?

—Llevo toda la vida a su lado y sé distinguir cuándo está enfadada y cuándo se siente culpable. Una noche oí una pelea entre Beleño y ella. Beleño acababa de regresar de una de sus escapadas furtivas y ella le gritó que si la que hubiese estado en la casa esa noche hubiera sido Iris en vez de mi madre, ella seguiría viva, y que todo eso era culpa de él.

—¡Qué fuerte! ¿Por qué nunca has dicho nada?

—Claro, el pobre huérfano de padre loco y madre asesinada por un demonio que casi no nace, el que está enfadado con el mundo y no habla con nadie es una fuente muy fidedigna —dijo en plan sarcástico—. Me limité a vigilarla de cerca, y cuando me enteré de tu existencia y de su especial interés en ti, me escamó. Tan solo quería que no fueses otro peón más en su guerra.

—Lo siento mucho.

—No tienes la culpa. ¿Cómo crees que escapó Ginkgo de la cueva? No tiene una mierda de poder. El demonio no puede lastimarlo, o Gayuba lo devolverá a su dimensión.

—Entonces, no luchamos contra él. Nuestra batalla es con ella —afirmé.

—Exacto. Termina con el titiritero y exterminarás a la marioneta.

—No entiendo por qué está haciendo todo esto —me pregunté en voz alta.

—Por lo mismo por lo que se han librado la mayoría de las batallas en el mundo: por amor... —me respondió Meyenii, dejándome sin palabras con la deducción.

Estábamos cerca del árbol sagrado. El coche no podía seguir. Lo dejamos y continuamos a pie. Al llegar al lugar, no podía creer lo que mis ojos veían.

Capítulo doce

Secretos

Entre las ramas esparcidas por todas partes percibí un pequeño destello y fui con la esperanza de que se tratase de Ariel.

—¿Ves algo? —me preguntó Meyenii a mi espalda.

No me terminaba de creer que alguien hubiese sido capaz de cortar el gran roble sagrado. El tronco estaba roto desde su base y el resto del árbol tendido en el suelo ocupando más de diez metros de largo. A medida que fue cayendo, arrasó con todo árbol más pequeño que estuviese en su trayectoria, quedando el lugar aún más destrozado. Levantamos todas las ramas y arbustos que encontramos, pero no había rastro de Ariel. Cuando ya iba a darme por vencida, escuché el sonido de unas débiles campanitas. Enterrada en una montaña de hojas y rastrojos estaba el cuerpo sin luz de la pequeña hada. La cogí e intenté limpiarla, pero su brillo no regresaba por mucho que la frotase.

—Anastasia, me queda poco tiempo. Escucha atentamente —me pidió sin fuerzas—. Tu madre...

—¿Sí? —la insté.

—Tu madre tiene que ser la que... —continuó, y se paró para tomar aire.

—¿Tiene que ser la que qué? —preguntó Meyenii.

—Chssss —lo mandé callar, porque el hada me estaba hablando superbajito y no la había podido oír.

—Anastasia, sé fuerte —concluyó.

Sus colores desaparecieron, dando paso a unas tonalidades grises y negras. Cuando el cuerpo entero perdió su preciosa gama cromática habitual, la piel comenzó a escamársele y a volatilizarse con la brisa, hasta que en mis manos tan solo quedaron restos de polvo y tierra.

—¿Te lo ha dicho? —me preguntó Meyenii.

—¡No la has dejado! —le gruñí, secándome los ojos.

—¿Qué querría decir con lo de tu madre? —se atrevió a volver a preguntarme.

—Regresemos a mi casa —le mandé.

Estaba enfadada con el mundo. Hacía menos de un mes desconocía la existencia de aquellas magníficas criaturas, y ahora que formaban parte de mi vida me negaba rotundamente a que una bruja sicópata las exterminase. Era hora de poner las cartas sobre la mesa.

Al entrar en la habitación secreta, Echinácea estaba devanándose los sesos mirando un libro, y tenía otros tantos esparcidos sobre la ya ocupada mesa.

Reishi ordenaba los papeles que Iris había dejado desparramados por todas partes y Ginkgo se encontraba cómodamente tumbado en la butaca de mi abuela. Verlo sentado donde ella había pasado tanto tiempo me sacó de mis casillas. Me abalancé hasta él, lo agarré del cuello de la camisa y lo levanté de un tirón.

—¿Estás loca?! —me gritó.

—¡¡Lo que estoy es cansada de mentiras y muertes estúpidas!! —le chillé.

—¿Qué sucede, Anastasia? —preguntó Echinácea sorprendida con mi actitud.

—¡¡Pues que o Ginkgo comienza a hablar, o le vamos a meter la mano en la pecera, a ver cómo es el olor a chamusquina de un cerdo mentiroso y manipulador!! —lo amenazó Meyenii.

—¿Unas horas a solas y ya la prefieres a ella antes que a tu propia sangre? —acusó a Meyenii.

—Anastasia, ¿quién ha muerto? —me preguntó Reishi asustada.

—Ariel. Cuando llegamos, alguien había cortado el gran roble y, como consecuencia, la sílfide está muerta —le expliqué, sentándome junto a Echinácea.

—Tampoco es para tanto —alegó Ginkgo, sin darse cuenta de que Meyenii estaba justo detrás de él. Meyenii lo agarró por el brazo y se lo retorció, obligándolo a meter la mano en la electrificada agua—. ¿Estás loco? ¡Para!

—No pienso detenerme hasta que nos digas qué trama tu querida madre —le respondió Meyenii con toda la tranquilidad y frialdad del mundo, acercando aún más el miembro de Ginkgo a la pecera.

—¡No sé de qué hablas! —le chilló, intentando soltarse sin conseguirlo. Meyenii era más alto y más fuerte que él.

—¡Suéltalo, Meyenii, por la Diosa! —le suplicó Reishi, pero Meyenii hizo como el que no la escuchaba, y cuando los dedos de Ginkgo estuvieron a punto de rozar el agua, Echinácea gritó:

—¡Os diré lo que queráis, pero dejadlo tranquilo!

Al oírla, Meyenii lo soltó, asombrado; no sabía si tanto o incluso más que yo.

—No tienes por qué defenderme —le dijo Ginkgo, frotándose la mano que Meyenii le había agarrado.

—¿Tú sabes algo? —le pregunté extrañada.

—Acacia nos dijo que vigilásemos a Gayuba. Ginkgo solo obedecía órdenes de su madre por expresa petición de ella —confesó Echinácea.

Miramos a Ginkgo, que se sentó de nuevo en la butaca y comenzó a hablar:

—Mi madre lleva toda la vida obsesionada con Iris y con vengarse por culpa de Beleño, pero todo tiene un límite. Acacia siempre estuvo conmigo cuando Gayuba estaba ocupada planificando su próximo golpe, y ella me pidió que la ayudase.

—¿Sabíais que la que trajo al demonio fue Gayuba? —preguntó Meyenii desconcertado.

—¡Mi madre no ha sido! —protestó.

—Yo la escuché decírselo a Beleño —le dijo, suavizando el tono.

—Pues oíste mal —dijo a la vez que salía del cuarto.

—Meyenii, no tenemos pruebas de que Gayuba haya llegado hasta ese extremo —le recordó Echinácea.

—¿Todos sabíais algo menos yo? —se quejó Reishi.

—Creo que sí —afirmó Meyenii, y ahora fue Reishi quien salió tras Ginkgo. Echinácea intentó detenerla, pero ella la esquivó y subió las escaleras.

—Somos un grupo muy muy unido... —ironizó Meyenii, mirando la pecera.

—Anastasia, te prometo que iba a contártelo —se justificó Echinácea.

—No pasa nada. Lo importante es que ahora tenemos más información. —Le sonreí, intentando que se sintiese menos culpable. Si yo hubiese estado en su misma tesitura, también me lo habría callado, así que no era nadie para reprocharle nada.

—Anastasia, ven —me llamó Meyenii—. ¿Qué ves en el acuario?

—¿Una concha y unos cristales muy sucios? —le respondí.

—No es lo que hay; es lo que no hay —agregó.

Echinácea se unió y dijo:

—No hay cables ni bombas de oxígeno.

—Exacto. No sé el tiempo que llevará en esa agua, pero no creo que soporte mucho más sin oxígeno —declaró Meyenii.

—¿Qué propones? —le pregunté.

—Que la llevemos al lago de mi difunta prometida —respondió.

—Voy a ver cómo están Ginkgo y Reishi —dijo Echinácea.

Meyenii se puso a curiosear los tarros que había por todas partes y yo me senté frente al acuario, pensando cómo llevarnos un estanque sin que su inquilina quisiese moverse. Al rato, la volví a ver salir de su pequeña cueva de ermitaño.

—No queremos hacerte daño. ¿Quieres volver a salir de ahí? —le pregunté.

Ella nadó hasta la superficie y sacó la cabecita del agua, mirándome anonadada.

—¿Puedes verme? —me preguntó con voz chillona.

—Claro que sí.

—¿Te conozco? Eres la nieta de Iris. ¿Por qué dejaste de venir a verme?

—No lo recuerdo. Lo siento mucho —me disculpé—. ¿Te gustaría ser libre de nuevo?

—No lo sé. Iris me dijo que corría peligro, por eso estoy aquí. ¿Ya no lo hay?

—Sí, aún lo hay. Siento decirte que eres la última de tu especie —me sinceré. No podía engañarla y que muriese por mi culpa.

—Entonces, ¿quieres que me maten? —me preguntó intrigada.

—No, necesitamos la cocha que usas como casa para derrotar al malvado que quiere exterminar la magia de este mundo —le expliqué.

Recordaba de nuestro último encuentro con la anterior ondina que la conciencia y el significado del bien y el mal no lo tenían definido. Solo esperaba que la influencia de Iris en ella hubiese servido de algo.

—Si te doy la concha, ¿me dejarás aquí e intentarás arreglar lo del aire? —me preguntó.

—Te lo prometo. —Le sonreí y salí corriendo al garaje, con Meyenii mirándome alucinado.

—¿Dónde vas?! —me gritó.

Pero no tenía tiempo que perder. Estábamos demasiado cerca de conseguirlo. Pasé como una loca junto a Ginkgo y Reishi, que estaban sentados en el porche conversando, y casi los derribé a los dos como si fuesen bolos. Entré en el garaje. Recordaba que había visto filtros y bombas de agua en la antigua pecera. No tenía tiempo de seguir buscando, así que cogí el gran estanque con todo lo que tenía en su interior y salí rápido al patio. La pecera era tan grande que casi no podía ver lo que tenía delante. Justo antes de subir los escalones de la entrada me choqué con alguien.

—Perdona —le dije, pensando que sería uno de mis compañeros.

—Mira, hacía tiempo que no te escuchaba pedirme disculpas por nada.

Al escucharla, casi se me cayó al suelo todo lo que llevaba. Intenté tranquilizarme y entré en la casa, dejando las cosas sobre la mesa de la cocina y rezando porque la puerta de la alacena estuviese cerrada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Hola a ti también —me respondió Rosa, mirándome de arriba abajo y reparando en el tatuaje del brazo.

—Hola, señora —la saludó Meyenii, haciendo acto de presencia.

—No has tardado en sacar tu verdadera personalidad a relucir en cuanto te has librado de Iris —conjeturó, sacándome de mis casillas, para variar.

—¿Le podemos ayudar en algo? —le preguntó amablemente Echinácea desde la puerta.

Mi madre se giró y vio a los demás en el salón, lo que hizo que se apaciguara un poco.

—¿No puede una madre venir a ver cómo está su hija? —Le sonrió.

—Muy bien, Rosa, ya puedes marcharte. Sigo viva.

—Ya veo. ¿No nos vas a presentar? —me pidió, sin apartar esa estúpida

sonrisa de su cara.

—Pues no. Estoy ocupada. ¿Dónde está el perrito faldero que tienes por novio? —le intenté sonsacar.

—En el coche. Como comprenderás, después de nuestro último encuentro, no tiene demasiadas ganas de verte —alegó.

El demonio estaba a pocos metros de nosotros y de la pieza que nos faltaba para poder detenerlo. Preferí evitar otro enfrentamiento.

—Rosa, no voy a vender la casa y tampoco te la voy a ceder. Puedes irte por donde has venido —le aconsejé.

Rosa dejó unos papeles encima de la mesa, se dio la vuelta y se dirigió a la entrada. Pero justo antes de salir, se giró y me dijo:

—Siento que esto tenga que ser así.

La seguí y cerré la puerta de un portazo. Reishi y Echinácea estaban escondidas tras las cortinas de la ventana del salón, espiando.

—¿Ese se supone que es el demonio? —preguntó Reishi embobada.

—No me creo que vayas a decir que te gusta —le dijo Ginkgo.

—Oye, sin la figura humana, no sé cómo será, pero la verdad es que tiene su punto —agregó Echinácea.

—¿En serio? Si es feo de narices —dije, mirando por la ventana yo también —. ¡No es ese!

—¿Cómo que no es ese? ¿Hay dos o qué? —preguntó Reishi.

Justo entonces la puerta de la cocina se cerró, dándonos un susto de muerte. Al volvernos, teníamos detrás al verdadero Hippomane, pero esa vez sin túnica. Era alto, delgado, moreno, con la piel blanca casi demacrada y con unas ojeras enormes. Sus brazos y piernas estaban desproporcionados.

—¿Dónde está? —nos escupió.

—Si no eres un poquito más explícito, no vamos a poder ayudarte —le vaciló Meyenii.

—¡Te daremos lo que quieres si me devuelves a mi madre! —canjeó Ginkgo, dejándonos al resto mudos.

—Tenéis cinco noches. Quiero la concha mágica, la ondina y los demás objetos mágicos —concluyó Hippomane.

A continuación, salió dándole una patada a la puerta principal, arrancándola de cuajo y lanzándola a varios metros.

—Los seres mágicos tenéis un grave problema con los timbres y las puertas, en serio —bromeé, intentando relajar el ambiente.

—No vamos a entregarle la última ondina viva sobre la faz de la tierra, ¿verdad? —preguntó incrédula Reishi.

—No sabemos si Gayuba está aliada con él. Sintiéndolo mucho, es una opción

que deberíamos barajar —dijo Meyenii.

Temí las represarías de Ginkgo.

—¡¡Ya te he dicho que mi madre no tiene nada que ver!! —le gritó Ginkgo, cogiéndolo por el cuello, y ambos se ensalzaron en una terrible pelea.

Era imposible separarlos. Supuse que necesitaban desahogarse, pero con la cara del otro no me parecía lo más indicado, así que hice lo único que sabía hacer de maravilla desde que tenía cinco años: silbé tan fuerte que todos se detuvieron y se cubrieron los oídos, mirándome aterrados.

—¿A qué ha venido eso? —se quejó Meyenii, limpiándose la sangre de un corte que tenía en el labio.

—¡¡Si os vais a comportar como críos, os tendré que tratar como tales!! —le chillé indignada—. No vamos a entregarle nada de nada.

—¿Pero...? —comenzó a decir Ginkgo.

—Vamos a desterrarlo —lo interrumpí convencida.

—Claro. ¿Has visto lo que le ha hecho a la puerta de una simple patadita? —me recordó Reishi, señalando los añicos de madera de la entrada.

—Tenemos cinco días para liberar a la ondina, crear el círculo y mandarlo de nuevo a su dimensión. Tenemos todo lo que necesitamos; tan solo hay que mantener la esperanza. Estoy totalmente segura de que lo lograremos —los animé, sintiéndome más valiente que nunca.

—Yo estoy totalmente seguro también —me apoyó Meyenii.

—¿Sí? —se asombró Echinácea.

—Sí, estoy totalmente seguro de que Anastasia está mal de la cabeza —agregó, llevándose un tortazo en la cabeza de mi parte.

—Podemos intentarlo. Si no nos funciona, con darle lo que nos ha pedido y salir corriendo basta —se planteó Reishi.

—Solo hay un pequeño problema —indiqué.

—¿Uno? —se asombró Meyenii.

—Le prometí a la ondina que la dejaríamos en la pecera a salvo y así nos daría la concha, pero creo que la necesitamos fuera. Si algo ocurre, nos puede ayudar. Ya habéis visto el poder que tiene —les conté.

—Meyenii, ¿por qué no la intentas convencer? Se te dan bien las de su especie —le insinuó Ginkgo.

Tras un rato discutiendo quién le daría la noticia a la pobre ondina, pactamos por votación unánime que Meyenii sería al que le iba a tocar intentarlo. Bajó decidido, y al rato regresó con la ondina metida en un pequeño envase de plástico en una mano y la concha en la otra. Su cara de felicidad y triunfo no era descriptible. Todos nos quedamos mirándolo asombrados por lo fácil que le había resultado.

Recogimos nuestras cosas, escondí de nuevo la puerta de la alacena para que nadie la descubriese, pusimos unas maderas en la puerta rota para tapiarla y volví a despedirme de mi hogar.

Reishi llevaba el cacharro con la pequeña ondina en su interior. Estaba atontada observándola nadar. Echinácea había cogido prestado un libro de las Sombras de los que había abajo. Ginkgo tenía la mirada perdida, hasta que cerró los ojos. Meyenii conducía hasta un nuevo lago que habíamos encontrado lo suficientemente apartado de la civilización como para que a nuestra amiga acuática, una vez que estuviese en libertad, no le diera por comer personas, y yo me devana los sesos pensando en si estaríamos haciendo lo correcto o los conduciría a una muerte segura a todos.

Cuando todos los de la parte de atrás estaban dormidos o roncando, le pregunté a Meyenii:

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Cómo he hecho qué?

—Conseguir que la ondina aceptase el cambio de planes —agregué.

—Fácil —me dijo sonriendo con esa mirada pícara que ponía cuando sabía que había hecho algo malo y lo estaba disfrutando—. Le prometí que, si algo salía mal, se podía quedar con Ginkgo como su protector y su concubino.

—¡¡Meyenii!! —le reñí sin poder evitar reírme hasta que me dolió la barriga.

—Tengo que contarte algo que he hecho antes de que te enteres y te enfades —me confesó.

—A ver, sorpréndeme —le dije, temiéndome lo peor.

—Le he dicho a Beleño lo que vamos a hacer para que no ande demasiado lejos.

—Me parece bien —le respondí, extrañándolo—. Tiene más conocimientos que nosotros. Necesitamos toda la ayuda posible. Los temas personales ya los solucionaremos cuando todo esto termine.

—¡Mi niña se está haciendo mayor! —lloriqueó teatralmente, llevándose el correspondiente pellizco en la pierna a posteriori.

Justo antes de que cayese la noche, llegamos a una hermosa cascada que terminaba en una laguna dos veces mayor que la de la anterior ondina. Nos bajamos todos del coche, y cuando Reishi fue a depositar a la criatura en el agua, Meyenii la detuvo.

—¡¡No, no, para!! El trato fue que Ginkgo la liberaría.

Lo miró y le dio el recipiente, disimulando una sonrisa. Ginkgo se encogió de hombros y, sin ningún tipo de dramatismo, lo volcó en el agua.

Los cinco nos sentamos a mirar qué sucedía. A los pocos segundos, la laguna entera se puso a borbotear y se iluminó, hasta que, al fin, de su interior salió una

chica de más o menos nuestra edad, con un larguísimo pelo rubio, la piel escamosa y azulada y prácticamente desnuda. Tan solo la cubrían unas pocas algas estratégicamente colocadas para mostrar solo lo suficiente para volver loco a cualquier hombre que la contemplase. Y los dos que formaban parte de nuestro grupo no iban a ser menos. Ambos estaban con la boca abierta, los ojos abiertísimos y el resto de los sentidos bloqueados. La ondina se acercó al borde del lago, movió la cabeza hacia un lado, mirándonos, y nos dijo:

—Pues tampoco sois tan grandes.

—¿En serio después de toda tu vida encerrada en esa urna de cristal, eso es lo único que se te ocurre decir?! —se asombró Echinácea.

—Tengo hambre —agregó.

—Tengo bocadillos —le ofreció Reishi, haciendo que la mirásemos al instante—. ¿Qué? Están buenos.

—¿Os vais a quedar un rato? —nos preguntó la ondina—. Voy a conocer mi nuevo hogar. Ahora vuelvo.

Realmente, aquellas criaturas eran las más impersonales que había conocido hasta el momento. Montamos las tiendas de acampar, manteniendo una distancia de seguridad del lago, por si acaso.

—¿Crees que el coven es lo suficientemente fuerte como para conseguirlo? —me preguntó a solas Echinácea, preocupada.

—Creo que ya nos hemos tirado todos los trastos que nos teníamos que lanzar —le indiqué.

Ella se encogió de hombros poco convencida y se colocó en un claro del prado para preparar las cosas para realizar el temido círculo.

Cuando la luna estuvo justo sobre nosotros, nos colocamos como la vez anterior; en esta ocasión, ya con los artilugios mágicos correspondientes. Dibujamos un pentagrama en el suelo. Ginkgo se situó en el este. Su elemento era el aire y llevaba el tarrito con el aceite que nos dio Ariel. Meyenii se ubicó en el punto del agua: el oeste. Tuvo que soportar las bromas por el tema de su amiga acuática y llevar la concha. Reishi se puso en el norte, recordándome a mi querido Felet. Ella tenía la sal del elemento tierra. Echinácea se orientó al sur. Le cedí mi preciada varita de turmalina. Sabía que solo a ella sería capaz de prestársela. Me negaba rotundamente a que Hippomane pusiera sus garras sobre ella. Finalmente, me coloqué en el punto que faltaba, representando al espíritu, que tanta falta me hacía en esos momentos. Como no sabíamos bien qué debía portar al final, decidí coger la vela y la encendí, intentando así iluminar nuestro camino hacia la victoria.

Meyenii me miró y dijo en alto para que repitiésemos:

—¡*Eicere me daemonia, eicere me daemonia, eicere me daemonia!!*

Al concluir, todos nos miramos. No pasó absolutamente nada de nada. No sentí fuerza, poder, calor o algo como la otra vez. Simplemente parecíamos un grupo de chiquillos jugando a ser magos.

—¿Creéis que ya se ha ido? —continuó Reishi.

—Algo no ha funcionado —indicó Echinácea, confirmando mis sospechas.

—Pero ¿qué? —le insistí. Aquello era demasiado importante como para que metiéramos ahora la pata.

—¿Empiezo a decir las cosas que llevamos mal o me las ahorro? —dijo Meyenii.

Capítulo trece

La flor de Edelweiss

Estábamos bastante desilusionados y no era el mejor momento para que Meyenii ironizase la situación.

—Falta tu objeto —concluyó Echinácea.

—¿Seguro? Que nos llevemos a matar y no confiemos los unos en los otros, ¿no tendrá nada que ver...? —Meyenii tenía que decir siempre lo menos indicado. Poseía esa habilidad.

—A lo mejor, si escucháramos a los demás en vez de mirarnos el ombligo continuamente, nos iría mejor —lo enfrentó Ginkgo.

«Sabía que esto iba a pasar».

—¿Podemos centrarnos, por favor? —les rogué.

—¡¡Todos lo estamos pasando mal y hemos perdido a seres queridos!! ¡¡Cuanto antes terminemos, antes podremos perdernos de vista los unos a los otros, así que callarse la boca de una jodida vez y dejad que Echinácea hable!! —los amonestó Reishi, asombrándonos, pero surtiendo efecto.

—Falta el elemento del espíritu. No sirve que cada uno tengamos un objeto mágico y que el espíritu lleve una velita. Necesitamos una pieza más —explicó Echinácea desalentada.

—Echinácea tiene razón —confirmó Beleño, saliendo tras las sombras.

—¿Qué haces aquí? —le gruñó Ginkgo.

—Déjalo hablar, Ginkgo —le pedí.

—Pues perfecto. Ya somos una preciosa familia feliz —ironizó, y se fue al lago.

—Yo voy —se ofreció Reishi, persiguiéndolo.

Echinácea, Meyenii, Beleño y yo nos sentamos junto a una hoguera a escuchar lo que tenía que decirnos.

—Anastasia, ¿te importaría dejarme un momento el libro de las Sombras de Iris? —me rogó.

Lo saqué y se lo di. Algo en mi interior me decía que podía confiar en él. Beleño se puso a pasar las páginas hasta que se detuvo en una y la leyó en voz alta:

—«En paredes y pendientes calcáreas, sobre rocas donde reciba pequeñas dosis de luz solar, se esconde una flor con otras escondidas en su interior. Dicen que sus hojas le robaron el color a la luna. Si necesitas coraje y eres noble de corazón, te concederán el honor de encontrarlas. Representan al mundo de los sueños y, si miras en su interior, descubrirás el amor verdadero» —concluyó.

—¿Y de qué nos servirá una flor contra un demonio? —le preguntó Meyenii escéptico.

—No menosprecies las pequeñas cosas, Meyenii —le aconsejó.

—¡La flor de Edelweiss! —exclamó Echinácea—. ¿Crees que ese es el elemento que nos falta?

—Estoy seguro. Si queréis, os puedo acompañar —se ofreció.

—Me parece que no sería buena idea —decliné, pensando en cómo se sentiría Ginkgo si lo dejásemos venir.

—Lo comprendo. Meyenii, sabes dónde encontrarme. Mucha suerte —concluyó, marchándose.

No podía volver a perder otra oportunidad de hablar con él. Lo seguí y lo detuve.

—Beleño —lo llamé.

—¿Sí?

—¿Por qué dejaste de venir a verla?

Si había algo que recordaba perfectamente de mi infancia eran las horas que se pasaba Iris suspirando y mirando por la ventana. Siempre me pregunté a quién esperaba, y ahora lo sabía.

—Ella me lo pidió. Cuando comenzaron los rumores de que el demonio estaba exterminando wiccanos, Iris decidió que era peligroso que nos relacionasen —me contó, logrando que me entristeciera.

—Y si os amabais tanto, ¿cómo es que no dejaste a Gayuba? —insistí.

—De nuevo, ella me lo rogó. Nunca he sido capaz de negarle nada. Iris siempre desconfió de ella, y su regla era: ten a tus amigos cerca, pero al enemigo más. Me sacrificué y terminé casándome con la joven Gayuba. No sé cómo Ginkgo llegó a este mundo. Te prometo que nosotros nunca... —Se detuvo, avergonzado.

—No hace falta que me des detalles —le pedí, sonrojándome yo también. Después de todo, aquel hombre era mi abuelo. Eso de tener conversaciones sobre sexo con él no era el sueño de mi vida.

—Ten mucho cuidado. Sé que el demonio te ha estado buscando a ti con especial interés. Sabe que hubo alguien que escapó a su maleficio y no se detendrá hasta descubrir quién —me aconsejó.

—Si está con Gayuba, ya tiene que estar enterado —suspiré.

—Eso es lo que me extraña. Si ya sabe que eres la única que mantiene todo su potencial, ¿por qué no te ha atacado directamente ya? Hay algo que no termina de cuadrarme —me explicó.

—Puede ser una estrategia, o a lo mejor no lo sabe. Quién sabe —lo alenté.

Cuando Beleño se marchó, me pareció que un trocito de Iris se iba con él.

—¿Qué haces? —le pregunté a Echinácea, que estaba tumbada sobre la hierba apuntando como loca cosas en el mapa.

—¡Podemos ir! —exclamó, incorporándose de un brinco.

—¿A dónde podemos ir? —preguntó Ginkgo, que acaba de llegar con Reishi.

—En busca de la flor de las nieves. Solo ha pasado una noche. Nos da tiempo de ir a buscarla, crear el círculo mágico, derrotar al demonio y volver a la normalidad —dijo de seguido, quedándose sin respiración.

—Y entre medio podemos aprovechar e ir a un spa —le dijo Meyenii incrédulo.

—¿En serio lo piensas? —le pregunté.

—Sí —afirmó rotundamente.

—No perdemos nada por intentarlo —aceptó Reishi, más aventurera de lo habitual y con los cachetes demasiado colorados para el frío que hacía.

—¿A dónde se supone que vamos? —preguntó Meyenii resignado.

—Al Pirineo —le indicó Echinácea contenta.

Nos montamos en el coche y fuimos en busca de la misteriosa flor. En cierto modo, me alegraba que esa vez no hubiese criaturas mágicas de por medio. Me daba miedo encariñarme con alguna más y que después terminase como Felet, Ariel o mi pequeña Hyobanche. «Si esto fuese un cuento, mataría al escritor con mis propias manos», pensé.

Saqué de mi bolsillo el gorrito rojo de Felet. Todavía mantenía ese olor a tierra tan característico en él. Metí los dedos para jugar, pero en vez de los dos dedos que introduje, me cupo la mano entera sin que la tela siquiera se abombase, sorprendiéndome.

—¡Aaahh! —grité, y Meyenii detuvo el coche en seco, haciendo que los de atrás se chocasen con los asientos delanteros.

—¿¿Qué?! —me chilló Meyenii asustado.

—¡¡Mira!! —le dije, metiendo medio brazo dentro del sombrero y dejándolo con los ojos como platos.

Al fondo, mi mano rozó algo. Lo agarré y tiré de lo que fuera que fuese aquello mientras el resto me contemplaban alucinados. Del interior saqué un bocadillo de queso que estaba hasta caliente. Nos giramos y miramos a Echinácea.

—No tengo ni la más remota idea de lo que es eso —nos dijo.

—¡A ver! —me pidió Meyenii, arrebatándome el gorrito y metiendo la mano él también con cara de sinvergüenza. Después de rebuscar unos segundos, extrajo unas gafas de sol.

—¿En serio? —exclamé.

—¿¿Qué?! No veo, y me quedan de muerte. ¿O vas a decir que no estoy

atractivo? —me preguntó, poniendo morritos y haciendo el tonto, para variar, consiguiendo que nos riéramos.

—Echinácea, investiga —le dije, pasándole la tela roja mágica.

A partir de ahí, el camino fue una locura de risas y tirones para ver cuál sacaba la cosa más inverosímil del sombrero de Felet. Se nos pasó el tiempo casi sin darnos cuenta gracias a mi pequeño amigo.

Meyenii estacionó el vehículo y nos dijo:

—¿Preparados para pasar frío?

Reishi sonrió, le quitó el sombrero a Echinácea y sacó chaquetones, guantes y bufandas para todos, dejándonos mudos.

—¡Adoro esta cosita! —puntualizó.

Nos vestimos y nos dispusimos a subir la montaña en busca de la flor que tanto le gustaba a Echinácea; no sabía muy bien por qué.

Buscamos un camino igual al que describía el libro; es decir, complicado de narices de subir. Ya era por la mañana. Meyenii había estado conduciendo toda la noche. No teníamos tiempo que perder y se negó a parar o cambiar de piloto. Estaba segura de que, en el fondo, le relajaba conducir y, aunque no lo dijese en voz alta, sabía que prefería que los demás descansásemos, incluido Ginkgo.

Tras más de dos horas andando atados unos a otros comenzó lo difícil. El camino estaba helado y nos resbalamos en más de una ocasión, empapándonos la ropa y los guantes. Cuanto más arriba estábamos, más trabajo costaba respirar. El paisaje era realmente precioso, pero ni rastro de la flor.

—¡No puedo más! —se quejó Reishi agotada.

—Creo que deberíamos montar un campamento en aquella parte del fondo —observó Ginkgo, señalando una pequeña planicie que estaba a pocos metros de nosotros y prestándose de apoyo para ayudar a Reishi a caminar.

Estuvimos de acuerdo y armamos las tiendas bastante rápido para que Reishi y Echinácea, que eran las que peor lo estaban pasando, se metiesen dentro, se calentasen y descansasen un rato.

—No van a poder —nos dijo Ginkgo a Meyenii y a mí una vez que estuvimos solos.

—¿Qué propones? —le preguntó Meyenii. Me alegraba verlos sin discutir.

—Me quedaré con ellas por si pasa algo y vosotros id en busca de la flor.

—Por mí, de acuerdo —aceptó Meyenii.

Meyenii llenó nuestras mochilas con todo el material de escalada necesario para subir el mismísimo Himalaya, lo que me hizo preocuparme bastante por mi integridad física. Cuando metió martillos, piolets, arneses, mosquetones y otras cosas que no estaba segura de para qué servían o cómo se llamaban, nos pusimos de nuevo en marcha, hasta que nos topamos con una zona en la que había que

escalar sí o sí. Se dio la vuelta, tiró la mochila al suelo, sacó un montón de cuerdas y cosas y me dijo:

—Ábrete de piernas.

—¿Perdona?

—Anastasia, tengo que ponerte esto —me explicó, señalando los arneses que llevaba en las manos, dejándome con cara de estúpida y haciendo lo que me pedía.

Se arrodilló y se quedó a la altura de mi ombligo en una posición un tanto embarazosa. Metió mis piernas por los boquetes como si yo fuese una marioneta y los amarró a mi cintura con fuerza, casi dejándome sin poder respirar, y a continuación lo enganchó a un eslabón que estaba sujeto a su cinturón.

—¿Has escalado alguna vez? —me preguntó, sabiendo de sobra la respuesta.

—¿Tú qué crees?

—Vale, yo iré primero. Tú solo agárrate donde yo y en cada tramo cambia el eslabón de sitio. ¿Podrás? —me preguntó, esa vez preocupado.

—Sí, de verdad —lo tranquilicé. Pero lo cierto era que estaba temblando por dentro.

Meyenii tenía una fuerza increíble en los brazos y parecía que había estado haciendo aquello toda su vida. Yo, cuando hube agarrado y quitado cuatro veces la cosa esa, ya me quería morir...

—¡No mires abajo! —me gritó.

«¿Por qué la gente dice eso justo cuando no lo estás pensando?». Instintivamente, miré y, cómo es lógico, casi me morí. Me aferré con fuerza a la cuerda de la que estaba colgando, me clavé el feísimo casco que llevaba en la frente al chocarme contra la piedra y me puse a gritar. Al momento, Meyenii se deslizó hasta donde yo estaba colgando y con los ojos cerrados.

—Anastasia, abre los ojos.

—No.

—Anastasia, no podemos quedarnos aquí a vivir. Ya están puestos todos los agarres para llegar arriba. Ve tú primero. Prometo no mirarte el culo demasiado —bromeó, haciéndome sentir un poco mejor.

Hice exactamente lo que me dijo a una velocidad que ni yo misma me creía. Cuando estaba en lo alto del risco por el que habíamos escalado, me quedé a cuatro patas sin querer moverme. Si él no hubiese estado, habría besado el suelo. Del miedo que tenía, no notaba ni el frío.

—¿Estás mejor? —me preguntó, tendiéndome la mano para que me incorporase.

—Eso creo —le respondí.

Al agarrarme a él, me falló un pie debido al hielo y la nieve, me resbalé y

ambos caímos por el lado contrario al que habíamos escalado, rodamos durante algunos metros, hasta que un lago paró nuestro descenso.

—¡¡Anastasia!! —me llamó Meyenii.

—¡¡Aquí!! —le grité a punto de helarme.

El peso de la maleta me estaba arrastrando hasta el fondo y el frío no ayudaba demasiado. Me costaba horrores mantener la cabeza en la superficie. Se me empezó a nublar la vista y perdí el conocimiento entre el castaño de dientes.

—Me estoy cansando de salvarla, señorita —escuché la voz de Meyenii al lado de mi oreja.

No era capaz de abrir los ojos ni articular palabra. Mi cuerpo seguía temblando, sin embargo, yo me encontraba cómoda y calentita. Notaba cómo Meyenii me frotaba los brazos con fuerza e insistencia y, con el vaivén de sus sacudidas, me terminé durmiendo de nuevo.

Esa noche tuve unas pesadillas horribles. Soñé que unos gigantescos osos polares nos perseguían y querían comernos. Me desperté sudando. Al moverme, me di cuenta de que estaba sin camiseta y sin sujetador metida en un saco de dormir, pero eso no fue lo que más me impactó. Lo peor fue que, pegado a mi espalda, podía sentir el pecho de Meyenii hinchándose y deshinchándose al respirar. Doblé la cabeza con mucho cuidado, miré de reojo y vi el torso desnudo de Meyenii. Me giré automáticamente, poniéndome roja como un tomate y sudando todavía más, si eso era posible. Bajé la mano para comprobar qué ropa llevaba en las piernas y casi entré en *shock* al descubrir que mi única vestimenta eran unas pequeñas braguitas rosas con dibujos de lacitos de colores.

Meyenii me abrazó de pronto y me estuve más quieta que una estatua, intentando ocultar que estaba todavía despierta. Pensaba hacerme la muerta hasta que él no se levantase, y a lo mejor después también. No fui capaz de volver a conciliar el sueño; estaba demasiado nerviosa. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, me sentía más segura que en toda mi vida con esos fornidos brazos rodeándome, pero, por otra parte, quería que me comiese la tierra antes de que él abriese los ojos.

Pasado no supe bien cuánto tiempo, Meyenii se levantó y salió de la tienda. Aproveché entonces para meter la mano en el gorrito de Felet y sacar ropa seca, abrigada y que me tapara hasta la garganta. Me vestí rápido y salí casi saltando de la caseta.

—¿Estás viva? —Me sonrió junto a una pequeña hoguera en la que tenía un termo de café puesto.

—Sí, no recuerdo nada de lo que pasó después de caer al lago —mentí.

—No mucho. Te saqué y te metí en el saco para que entrases en calor. El color lila en los labios no te sienta muy bien —me mintió él también.

—Bueno, ¿a dónde vamos ahora? —le pregunté, tocando las palmas, demasiado nerviosa como para actuar con naturalidad.

—Pues mira, por una vez, tu torpeza nos ha servido de algo —me dijo, levantándose y dirigiéndose hacia mí.

—¿Sí, por qué?

—¿Te sientes mal todavía? —me preguntó preocupado.

—¿Yo? No, ¿por qué?

—Anastasia, te acabo de insultar en dos frases seguidas y ni me has golpeado ni gritado.

—Cierto, perdona. Vete al peo —le balbuceé.

—¡Mujeres! —exclamó Meyenii, encogiéndose de hombros—. Mira lo que he encontrado.

Me llevó al borde del lago. Escondidas entre unas piedras había muchísimas flores blancas con la figura similar a la de pequeñas patitas de mamíferos. Los pétalos estaban como envueltos en algodón, y donde debería estar el polen, había pequeños capullos que sobresalían tímidamente.

—¡La flor de Edelweiss! —grité, dando pequeños saltitos y abrazándolo. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo y recordé la noche anterior, me separé rápidamente.

—Estás rara de narices. Pero, bueno, será por la hipotermia. Ya podemos volver con los demás —puntualizó.

No pude estar más de acuerdo con él. Necesitaba que hubiese más personas, aparte de nosotros dos, para regresar a la normalidad de nuevo. Al menos, hasta que la imagen de Meyenii semidesnudo pegado a mí se me borrara de la mente.

El camino de vuelta fue más fácil que el de ida, o podían ser las ganas de llegar que tenía, porque fuimos descendiendo por donde mismo subimos. Meyenii retiró los cacharros que había clavado en la roca, me miró y me dijo:

—Cuando se viene a estos sitios, no se debe dejar señales de haber estado. Primera regla del buen escalador —me explicó, levantando la mano derecha como si estuviese haciendo un juramento.

No tardamos en localizar el campamento de nuestros compañeros.

—¿La tenéis? —nos preguntó Echinácea en cuanto nos vio.

—¿Esto? —le indiqué, sacando de la mochila un tarrito de cristal donde había guardado una flor.

—¡¡Bien!! —se alegró Reishi. Hasta juraría que el humor de Ginkgo había mejorado en tan solo unas horas.

—Nos quedan tres noches, ¿qué decís, lo intentamos de nuevo? —les propuse.

—Sí, pero, por favor, en un sitio calentito —me rogó Echinácea, tiritando.

—Volvamos a mi casa. Si necesitamos alguna otra información, estaremos

cerca de los libros de Iris —apunté.

—Cierto —me apoyó Reishi—. Además, tiene bañera y espejo.

Meyenii se estuvo metiendo con ella hasta que llegamos al coche. Me quedé fuera del vehículo un momento mirando las montañas que habíamos subido.

—¿Estás bien? —me volvió a preguntar Meyenii—. Desde que caíste al lago, no has sido la misma de siempre.

—No me pasa nada.

—Anastasia, no soy tonto. Te tuve que quitar rápido la ropa mojada o te habrías muerto congelada. La forma más rápida de que entraras en calor era dándote el mío —me explicó a modo de disculpa.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—¿Entonces? Te prometo que te desvestí con los ojos cerrados. En ningún momento me fijé en los lazos de colores de las bragas. ¡Ups! —me dijo, apartándose de mi lado justo a tiempo de no recibir un puñetazo en el hombro.

Salí corriendo tras él como una niña chica y comencé a tirarle bolas de nieve a la cabeza.

—¡¡Guerra de bolas!! —gritó, atrincherándose contra el coche y llevándose un muy merecido bolazo en la oreja.

—¡Ginkgo, eso es trampa! —le protestó.

—Uno tiene que defender a las damiselas en apuros —se mofó, lanzándole otra, que esa vez sí esquivó.

Reishi y Echinácea se unieron a mí y Meyenii terminó con nieve hasta dentro de los calzoncillos. Cuando sacó la bandera blanca y se rindió, todos nos tiramos sobre él aplastándolo y haciéndole rogar por su vida. Ahora sí éramos un coven de verdad.

Capítulo catorce

Nuevos poderes

El camino de vuelta no fue muy diferente al de ida. Estuvieron sacando los objetos más inverosímiles del sombrero y lanzándole comida al cogote a Meyenii. Era bonito formar parte de una familia de nuevo, aunque fuera una de las raras. Estuve preocupada todo el camino por si alguien había vuelto a entrar en nuestra ausencia. Si algo le pasaba a la habitación de Iris, no me lo perdonaría nunca.

Entramos por la puerta de la cocina, que era la única que quedaba de una pieza después de nuestra anterior visita. Nos quedaban solo tres noches para conseguir derrotar al demonio o las cosas se pondrían muy muy feas. Tal y como ya nos anunció Reishi, se fue directa al baño con el gorro de Felet en la mano para sacar a saber cuántas barbaridades de dentro. Ginkgo se ofreció para hacer la cena mientras que Echinácea, Meyenii y yo nos fuimos abajo a preparar el círculo.

—¿Sabéis qué mosca le ha picado a mi primo? —nos preguntó Meyenii intrigado.

—No tengo ni idea —le respondió Echinácea.

—¿De verdad que ninguno os habéis dado cuenta? —les pregunté asombrada.

—No —contestaron a la vez.

—Es gracioso que para unos temas seáis los más listos del grupo y para otros los más lentos —me burlé.

—No, si me da igual. Prefiero que esté de buen humor y no intentando arrancarme la cabeza cada dos minutos, la verdad —reconoció Meyenii, llevándose un puñado de patatas fritas a la boca.

—¡Como manches algún libro, la que te va a matar voy a ser yo! —le advirtió Echinácea, empujándolo lejos de la mesa y de sus preciados papeles.

—Ginkgo y Reishi se gustan. Antes lo sospechaba, pero después de que estuviesen juntos en el lago el otro día, estoy segura de que pasó algo entre ellos —los informé, orgullosa de mis dotes detectivescas.

—Pues que se casen y tengan muchos niños si con eso Ginkgo deja de protestar —dijo Meyenii, poniéndole un puñado de patatas en la cabeza a Echinácea.

Me guiñó un ojo y me hizo señales para que no le dijese nada. Echinácea estaba tan enfrascada en su lectura que no se dio cuenta, y cuando se movió para consultar otros libros más alejados le cayeron encima los restos de comida y casi sacó a patadas a Meyenii del cuarto.

—Estamos bien, ¿verdad? —le pregunté cuando estuvimos las dos solas.

—Hombre, quitando la que tenemos encima, sí. ¿Por qué? —me respondió sin apartar la vista de la mesa.

—Me refiero al grupo. ¿Crees que lo lograremos? —le insistí.

—Sí, Anastasia. Sé que no somos los mejores amigos del mundo y no tenemos nada o casi nada en común, pero las desgracias unen a las personas y hay poca gente que haya pasado por lo mismo que nosotros en tan poco tiempo. Lo conseguiremos —me dijo, dándome algo que realmente necesitaba: esperanza.

—¡La cena! —nos llamó Ginkgo desde la cocina.

Antes de entrar, escuchamos a Ginkgo chillar:

—¡¡Te he dicho que como se te ocurra coger una jodida croqueta más, te voy a cortar un dedo!!

Meyenii estaba con una croqueta en la boca quemándose el paladar y chinchando al chef, para variar. Era un payaso, pero me daba la impresión de que me estaba empezando a enamorar de ese bufón.

Estábamos todos en la mesa menos Reishi, que entró en la cocina como si fuese una modelo de pasarela. Llevaba puesto un vestido negro ajustado y unos tacones de fiesta. Se había recogido su precioso pelo pelirrojo en un moño alto y tenía un poco de maquillaje de más. Ninguno supo qué decir, en especial Ginkgo, que se quedó pasmado mirándola hasta que Meyenii le dio dos golpecitos en el codo en el que tenía apoyada la cabeza. Le hizo perder el equilibrio y terminó con la cara metida dentro del plato de sopa. Meyenii vio la que acababa de liar y salió corriendo antes de que lo alcanzase. Se llevaron un rato correteándose como perro y gato por el salón hasta que Ginkgo se quedó sin aliento, se limpió y se sentó de nuevo a la mesa, avergonzado.

Salí al patio trasero, que era donde se había escondido el saltimbanqui, y le llevé un bocadillo.

—Me da que te has quedado sin cenar —le dije, ofreciéndoselo.

—No sabe aceptar una bromita —se quejó, dando buena cuenta de la comida —. Gracias.

—Ya estamos en paz. Te lo debía por salvarme de la congelación. —Le sonreí.

—Vale, entonces apunta: quiero un helado, un pollo frito con patatas y un chocolate caliente.

—¿Y eso? —le pregunté sorprendida ante el menú.

—Con eso, a lo mejor empezarías a acercarte un poco a estar en paz conmigo después de todas las veces que te he salvado el trasero. —Me guiñó un ojo y siguió comiendo.

Nos quedamos mirando la preciosa luna llena en silencio.

—Chicos, he estado mirando el calendario astronómico y hoy hay luna azul

—dijo Echinácea, sentándose a nuestro lado.

—Yo la veo igual que siempre —le dije, mirándola más detenidamente.

—La luna azul es cuando hay dos lunas llenas en un mismo mes —me aclaró Meyenii.

—Correcto. Se dice que si realizas un conjuro en luna azul, tiene el doble de efectividad y dura hasta la siguiente luna azul; es decir, dos años y siete meses después, para ser exactos —explicó Echinácea ilusionada con su descubrimiento.

Ginkgo y Reishi salieron también al patio. Gracias a la Diosa, Reishi se había puesto ropa más cómoda para el ritual. Mi césped no estaba lo que se dice bien cuidado y temí que pegase un tropezón con esos tacones.

—¿Listos? —preguntó Ginkgo alegremente y con restos de carmín en la comisura de los labios.

Meyenii se dio cuenta, al igual que yo, y cuando abrió la boca para decir una de las suyas, le pellizqué la pierna disimuladamente y me miró de reojo, moviendo la cabeza de arriba abajo e indicándome que me lo devolvería, pero al menos conseguí que todo estuviese tranquilo antes de comenzar.

Esperamos a que la luna estuviese sobre nosotros y pusimos en medio del patio una gran tela con un pentagrama dibujado que encontramos en el sótano. Encima, Echinácea montó una pequeña mesita con un altar. En la parte superior ubicó dos estatuillas: una que representaba al Dios y otra a la Diosa, con dos velas a cada lado; al oeste, un poco más abajo, un disco de un pentagrama plateado precioso que tenía Iris en un cajón y la concha; al sur, un caldero con la flor de Edelweiss en su interior y la varita de turmalina a su lado; al norte, la sal con el athame; y en el este, la aceitera. Cada uno se colocó frente a su elemento y comencé el ritual tal y como me había explicado Echinácea antes.

Di tres vueltas en el sentido de las agujas del reloj alrededor del altar, les di la bienvenida a los dioses y les pedí que nos acompañasen en aquella difícil tarea. Pero esa vez mi corazón me dijo que tenía que cambiar algo. Si realmente éramos un verdadero coven, no debería ser yo la que me encargase de la ceremonia. En mi opinión, y con lo que había aprendido en aquellas semanas, deberíamos ser uno. Les pedí que acercasen una mano al centro de la mesa sobre el caldero donde reposaba la flor de Edelweiss, cogiéndolos por sorpresa. Empuñé el athame y les hice una pequeña incisión en la palma, apretaron el puño y la sangre cayó sobre la blanca flor, tiñéndola de rojo en el acto. Levanté el caldero para que le entrase la luz de la luna azul y cada uno hizo lo mismo con su objeto. Ginkgo alzó la aceitera; Meyenii, la concha; Reishi, la sal; y, por último, Echinácea cogió la varita. Cuando los rayos de luna penetraron en la turmalina roja, salieron cientos de pequeños destellos que llenaron el césped de brillantes puntitos rojos.

—¡¡*Eiciere me daemonia!! ¡¡Eiciere me daemonia!! ¡¡Eiciere me daemonia!!*
—dijimos los cinco al unísono.

Entonces, de la varita salieron cinco rayos que nos golpearon y nos tiraron de espalda contra el suelo.

—¡Tenemos un problema! —nos indicó Ginkgo, levantando la aceitera rota con su contenido sobre él.

El salero de Reishi no había corrido mejor suerte. Con el batacazo, la sal estaba derramada encima de su cabeza. Meyenii levantó victorioso la concha, pero entonces, un líquido transparente salió de su interior y lo empapó. Fui corriendo a por la flor, la cogí e intenté limpiarla, llenándome las manos de sangre. Era imposible quitársela. Los pétalos se habían pigmentado por completo de rojo. La varita descendió de donde estaba y Echinácea la agarró con fuerza. La turmalina empezó a vibrar hasta que se separó del resto de la vara y chocó contra el pecho de Echinácea como si de una bala se tratase, lanzándola varios metros atrás y derribándola. Corrí en su ayuda, pero antes de que llegase, esta se incorporó de nuevo y se palpó el tórax, asustada. Tenía un enorme boquete en la camisa, pero ni rastro de sangre ni de la turmalina.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté alarmada.

—No lo sé. Cierra el círculo —me aconsejó alterada.

Lo hice lo más rápido que pude para poder analizar las pérdidas.

—¿Podéis rescatar alguna cosa? —les pregunté impaciente.

Reishi estaba sacudiendo la cabeza con cuidado para intentar introducir de nuevo la sal en el recipiente, pero se había esfumado. Ginkgo no sabía cómo limpiarse el aceite y Meyenii tenía el ojo pegado al boquete de la caracola y estaba husmeando dentro. Me senté, abatida y derrotada. Nada de lo que hacíamos nos servía para estar un poco más cerca de terminar con Hippomane. Era realmente estresante y desalentador.

—Tranquila, lo lograremos —intentó consolarme Echinácea, que seguía buscando la piedra de Hyobanche.

—¿Cómo, Echi? —le pregunté, sosteniendo la pequeña flor corinto—. Solo tenemos dos noches y hemos perdido los objetos mágicos que necesitábamos para expulsarlo. No sé qué más podemos hacer.

—¡Me noto rara! —nos avisó Reishi, temblando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ginkgo rápidamente.

—No lo sé. Es como si estuviese temblando por dentro —explicó Reishi, cruzándose de brazos y tiritando.

—Hoy ya hemos hecho suficiente. Deberíamos irnos a descansar. Mañana pensaremos qué hacer —aconsejó Meyenii.

Entramos y repartimos las pocas habitaciones que había. Reishi se acostó en

mi cama y Ginkgo se quedó con ella para vigilarla por si se ponía peor.

Echinácea se quedó en el cuarto de invitados y Meyenii se ofreció para dormir en el sofá. Cuando todo estuvo en silencio, bajé al sótano a seguir investigando. Lo de dormir era del todo imposible en esos momentos. Justo antes de entrar, escuché algo en la habitación de Iris y abrí la puerta rápido, temiendo que alguien se hubiese colado. Entonces, Meyenii dio un salto y tiró los papeles que tenía en las manos.

—¿Tienes pensado matarme? —me preguntó, agachándose y recogiendo.

—Perdona, no te esperaba aquí —me disculpé, ayudándolo.

—¿No podías dormir? —me preguntó.

—No, esto es una locura. Ya no sé qué más podemos hacer. Hemos perdido nuestras monedas de cambio con Hippomane. La piedra de Hyobanche ha desaparecido y yo no tengo más fuerzas para seguir —sollocé, desmoronándome.

Me acerqué a donde había escondido la foto de Iris y Beleño; necesitaba algo que me reconfortara. Pero al cogerla, una punzada espantosa me penetró las sienes y se me cayó, haciéndose añicos el portarretratos.

—¡Anastasia! —me llamó Meyenii, sujetándome y sentándome en la butaca con cuidado—. Tu nariz.

—¿Qué? —Me pasé el dedo por encima del labio y me limpié un hilo de sangre que me caía de la nariz—. Estoy bien, no te preocupes.

—¡No estás bien! ¡Deja de hacerte la valiente, no eres de piedra! —me gritó, dándole un puñetazo a la mesa y partiéndola por la mitad, liando un caos horrible en la pequeña habitación.

—¿Cómo has hecho eso? —le pregunté asustada.

—¿Qué ha pasado? —dijo Echinácea, que venía corriendo al escuchar el jaleo.

Cuando entró y vio el estropicio, casi se desmayó. Ginkgo apareció detrás de ella.

—A Reishi le sucede algo —dijo antes de entrar—. ¿Qué habéis hecho?

—No lo sé —dijo Meyenii, mirando los trozos de mesa en el suelo.

Nos pusimos a recoger los papeles y los libros para que no se deteriorasen sin comprender qué había sucedido. Si no lo hubiera visto, no me creería la explicación del puñetazo.

Me agaché a guardar la fotografía. Echinácea cogió un papel, se puso a leerlo y este salió ardiendo de repente, bajo su atónita mirada. Se quedó paralizada viendo cómo se consumía casi entero, hasta que Ginkgo se lo arrebató y lo pisoteó.

—¿Qué está pasando? —me preguntó ella a mí.

Si Echinácea no lo sabía, mucho menos iba a tener yo la menor idea. La miré y me encogí de hombros.

—Creo que me voy a desmayar —nos advirtió Reishi, entrando en el cuarto.

Ginkgo fue hasta ella para sostenerla justo cuando desapareció delante de nuestras narices.

—¡¡Reishiiii!! —le chilló Ginkgo desesperado.

—¡¡No me grites!! ¡¡Estoy mareada, no sorda!! —protestó Reishi, apareciéndose como si fuese un fantasma.

Meyenii se acercó a ella y movió la mano dentro del estómago de Reishi, atravesándolo. Esta se miró y se dio cuenta de que su cuerpo estaba translúcido y empezó a chillar como una loca. Cuando pudimos tranquilizarla un poco, subimos al salón. Echinácea se sentó en el sofá sin tocar nada, Meyenii se puso junto a ella a una distancia prudencial para no salir ardiendo. Ginkgo estaba intentando consolar a Reishi, que seguía llora que te llora, y yo me fui a la cocina a hacer tilas para todos cuando otra punzada más fuerte que la anterior cruzó mi cabeza de un lado a otro. Cerré los ojos por el dolor y percibí el pánico que sentía Reishi. La asustaba quedarse así para siempre y dejar de gustarle a Ginkgo. Echinácea no paraba de pensar en los libros para buscar algo que explicase la combustión espontánea. Ginkgo estaba entre atemorizado por Reishi y enfadado por no ser especial y que nada en él hubiese cambiado como en los demás.

—Anastasia, ¿puedes levantarte? —me dijo Meyenii, agachado a mi lado y sosteniéndome por el codo.

Cuando lo miré a los ojos, fue como si pudiese entrar dentro de su alma y escuchar perfectamente sus pensamientos. «No sé qué haría si la perdiera a ella también», oí que dijo sin mover los labios.

—¡¡Dejad de pensaaaaar!! —les grité a todos, y salí corriendo de la casa.

Quería huir, apartarme de todos, escapar de aquella locura de sensaciones y sentimientos encontrados que atiborraban mi cabeza.

—Te dije que le tendríamos que haber quitado el libro antes de que se enterase de todo.

—Pues si era tan fácil, ¿por qué no lo hiciste tú?

Me puse a buscar de dónde salían aquellas las vocecitas. Estaba empezando a parecerme que me estaba volviendo loca de remate. Seguí la conversación hasta detrás de un viejo castaño que ocupaba media parte delantera del patio. Me puse a cuatro patas y me desplazé con cuidado hasta que vi a dos niños de no más de diez centímetros de alto, pelirrojos y con los cachetes llenos de pecas, narices respingonas, orejas puntiagudas y unas bocas desproporcionadas a sus cuerpos, que discutían y se pegaban tortazos en la cabeza cuando acababan una frase.

Cada vez que se movían, desprendían un polvo amarillo brillante. Entonces recordé dónde los había escuchado por primera vez. Los agarré a cada uno con una mano y los levanté del suelo.

—Ahora mismo me vais a explicar por qué queréis robarme el libro de las Sombras y qué hacéis aquí, u os daré como comida de gato —los amenacé.

Ambos se quedaron helados cuando me vieron, cerraron los ojos fuertemente y aguantaron la respiración.

Entré con ellos en el salón y se los mostré a Echinácea.

—¿Qué son? —le pregunté, un poco hasta las narices de encontrar criaturas mágicas por todos lados.

—¿Qué son qué? —me preguntó Echinácea, mirándome asustada.

—Estos dos ladronzuelos que he pillado en el patio —le insistí, metiéndole las manos en la cara.

—Anastasia, aquí no hay nada —me dijo Meyenii preocupado—. ¿Estás bien?

—Quitando que vuestras cabezas están metidas en la mía, no sé por qué, y que tengo a dos enanos pelirrojos, que por lo visto solo yo veo, en las manos, sí, de maravilla —le respondí enojada.

—¿Qué has dicho? —me insistió Echinácea.

—Que estáis en mi cabeza.

—No, lo otro. ¿Cómo son? —me apremió.

—Pelirrojos y sinvergüenzas —concluí, viéndolos muertos de risa.

—Muévelos. Agítalos fuerte. Han debido robar polvo de hadas, por eso no los vemos. Lo que no entiendo es por qué tú sí puedes —me explicó Echinácea.

Los meneé como si fuesen dos maracas y, al instante, escuché a Reishi exclamar:

—¡Son feísimos!

—Al menos, estamos enteros —se defendió el más regordete de los dos.

—Son pixies, garrapatas de la naturaleza. Existen porque tiene que haber de todo —les agredió Reishi.

—¿Quién os manda? —les preguntó Meyenii.

—No digas nada. Tendrán que matarnos para que hablemos —le ordenó el gordito al delgado.

Acerqué la boca al oído de este último y le dije flojito:

—Gato.

Los dos se pusieron pálidos y noté cómo comenzaron a temblar entre mis dedos. La verdad era que me daban un poco de pena, pero no estaba de humor para tonterías; la cabeza me iba a estallar.

—¡¡Peyote, cállate, o lo que nos hará será peor que cualquier felino!! —lo amenazó el gordito, que me dio un bocado en un dedo y lo lancé sin querer al

estómago de Ginkgo.

Colisionó contra la barriga de mi compañero, pero en vez de caer como era de esperar, el cuerpo de Ginkgo se estiró hacia atrás como si fuese de plastilina e hizo de tirachinas, arrojándolo más lejos hasta la otra punta de la habitación, donde Meyenii recogió al pixi atontado por el porrazo.

—¿Qué acaba de pasar?! —exclamó Ginkgo entre asustado, alucinado y contento, taladrándome los sesos.

—No penséis, por favor —les rogué, sosteniéndome las sienes.

—¿Ves, Khat? Te dije que lo conseguirían. Me debes tres castañas —le exigió orgulloso el tal Peyote a su amigo.

—Tenemos que bajar y buscar algo... —comenzó a decir Echinácea.

—Sí, buscar algo en los malditos libros, lo sé. ¡No has dejado de pensarlo ni un solo momento! —concluí por ella, saturada de emociones y pensamientos.

Metimos a los dos duendes en la pecera para que no se escapasen. Ginkgo y Meyenii limpiaron los restos de la desvencijada mesa del sótano y Echinácea, Reishi y yo pusimos un poco de orden.

—Ese libro no estaba allí antes —dijo Reishi, señalando con su medio transparente dedo un ejemplar negro de una de las estanterías de más abajo.

—Cierto —le dije, obteniéndolo—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Me gustan los libros de color negro, son más elegantes. —Reishi sonrió más tranquila.

En la cubierta ponía: «Poderes de la luna azul». Dentro explicaban los distintos cambios que se podían sufrir y las consecuencias de realizar un ritual bajo esa luna.

—Echinácea, no tengo la cabeza para más datos. Léelo tú, por favor —le pedí.

—¡Meyenii, estoy bien! —le grité.

—No he dicho absolutamente nada —se quejó.

—No hace falta —le respondí irritada y de mal humor.

—Chicos, escuchad esto: «No se deben realizar hechizos de sangre en noches de luna azul. El brujo que lo haga, puede quedar atado a la cualidad del objeto mágico al que represente hasta la próxima luna azul» —leyó Echinácea en alto.

—¡¡¿Voy a estar casi tres años incorpórea?! —sollozó Reishi.

—Yo no aguanto tanto tiempo sabiendo lo que pensáis. Me vuelvo ermitaña en una casa en el monte —los avisé—. ¡¡He dicho sola, Meyenii!!

—¡Estoy empezando a odiar esa habilidad! —gruño, yéndose del cuarto y haciéndome sentir peor por ser tan desaprensiva ante sus emociones, pero no era capaz de detenerlo.

—Anastasia, el espíritu es el poder más fuerte de los cinco. ¿Recuerdas lo que nos leyó Beleño? Representan al mundo de los sueños y del conocimiento. Los

rayos de luz han magnificado el hechizo y las cualidades de los objetos mágicos, y los rayos de la turmalina formada con el cuerpo de Hyobanche que nació alimentándose de ti han ayudado a que esto suceda —me resumió Echinácea.

—Lo importante es, ¿nos servirán de algo para enfrentarnos a Hippomane? —preguntó Ginkgo, jugando con la elasticidad de sus dedos y usándolos como cuerdas de guitarra.

—Eso es muy desagradable —le dijo Reishi, poniendo cara de asco.

—Perdón —se disculpó Ginkgo, estándose quietecito por una vez.

—Tenemos dos noches para aprender a controlarlos y hacer lo único que podemos hacer —les comenté.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Reishi sin mirar a Ginkgo, que ahora hacía el tonto con el lóbulo de sus orejas.

—Luchar —respondió Meyenii por mí, bajando las escaleras.

Decidimos intentar descansar lo que quedaba de noche y al día siguiente por la mañana temprano regresar al poblado a practicar. Si destrozábamos algo, tampoco era que importase demasiado, y allí estaríamos lejos de miradas curiosas. Yo, por mi parte, no dormí lo suficiente. Cada vez que cerraba los ojos, me metía en los sueños de los demás. Ginkgo estuvo soñando con que era un antiguo guerrero chino con un poder especial. Echinácea tuvo pesadillas. Se imaginó en una biblioteca de libros antiguos, y cada vez que cogía uno, este salía ardiendo. Reishi se veía en un gran barco con un montón de camareros sirviéndola. Cuando ya estuve más que cansada de dar vuelta tras vuelta, me fui a la cocina a por un poco de agua y a tomarme algo que últimamente estaba infravalorado: una pastilla para la jaqueca. Meyenii estaba dormido en el sofá. Me senté en el otro y me dormí observándolo. Estaba más segura si lo tenía cerca, y me sentía culpable por lo mal que lo había tratado.

Al poco tiempo, no sé cómo, me vi de nuevo en la tienda en las montañas. Noté la cálida respiración entrecortada de Meyenii en mi espalda. Me di la vuelta para verlo. Tenía la cabeza metida dentro del saco de dormir. Le sostuve la barbilla y se la levanté con la intención de besarlo. Cerré los ojos e hice exactamente lo que estaba pensando. No estaba segura de si era un sueño suyo o mío, pero la realidad era que me daba igual. Necesitaba ese momento de intimidad entre nosotros dos sin que el mundo nos molestase.

Cerré los ojos y lo besé apasionadamente, hasta que me pinché con algo de su boca. Cuando los abrí, me topé con los rojos ojos de Hippomane, que me miraban de forma lujuriosa. Sacó una larga y asquerosa lengua lila que me rodeó el cuello e intentó forzarme a continuar con el beso. Entonces, mi tatuaje comenzó a arder y las líneas del dibujo brillaron con tal intensidad que nos cegaron a los dos, pero a él mucho más que a mí. Cuando recuperé la visión, mi

corazón iba a mil por hora. Salí corriendo de la caseta y me choqué con alguien.

—¿Qué haces aquí? Ya no puede uno ni soñar tranquilo —me preguntó Meyenii.

—¡Estaba aquí! ¡Hippomane estaba ahí dentro e intentó asfixiarme con la lengua! —le grité, y lo abracé.

—¿Estás segura? —me preguntó preocupado.

—Sí —afirmé.

—Tenemos que despertarnos y marcharnos. No hay tiempo que perder —me aconsejó.

—¿Y cómo lo hacemos?

Meyenii se acercó más a mí, inclinó la cabeza y me abrazó por la cintura. Nuestras narices se tocaron, pero esa vez no dejé de mirarle los ojos. Me daba miedo que fuese otra artimaña de Hippomane. Justo cuando nuestros labios estaban a punto de rozarse, Meyenii me sonrió y me dijo:

—Lo siento, te dejo que tomes represalias luego.

No sabía lo que decía, pero entonces me empujó y caí en un barranco, dándome un susto de muerte.

—¡¡Aaaaah!!

Me levanté sobresaltada y me caí del sofá, haciendo el ruido necesario para despertar a la casa entera, incluido Meyenii, que se despertó riendo.

—Me encanta. ¿Lo repetimos?

—Te juro que esta te la devuelvo —lo avisé.

—¡Vais a dejarnos dormir o montamos una fiesta! —se quejó Ginkgo desde la parte superior de las escaleras.

—¡Nos vamos! ¡Todos arriba!

Meyenii subió con una cacerola en la mano, dándole desagradables golpetazos y despertando a todos de un humor de perros.

—¿Qué hacemos con Peyote y Khat? —preguntó Echinácea antes de irnos.

—Nos pueden servir de ayuda. Voy a buscarlos —se ofreció Ginkgo.

Estábamos en el vehículo esperándolo. Todavía no había amanecido, pero si Hippomane estaba al tanto de quién era yo, realmente no teníamos tiempo que perder.

—¡No están! —dijo Ginkgo una vez dentro.

—¿Cómo se han escapado? —preguntó Reishi.

—Precinté el acuario y lo cerré con un candado. Es imposible que lo hayan hecho sin ayuda —explicó Echinácea.

—No sabemos si solo son dos. Puede ser que sean más —opiné.

—Me da en la nariz que volveremos a verlos —dijo Meyenii, arrancando el motor y dirigiéndose a su antiguo hogar.

Capítulo quince

El entrenamiento

Todo seguía igual de triste y desolado que cuando nos fuimos. Era un pueblo fantasma, o eso pensaba, hasta que vi humo salir de la chimenea de casa de Iris. Bajé del coche y fui corriendo a ver quién se atrevía a usurpar su hogar.

Entré dando un portazo, decidida a matar a alguien. El trayecto no había sido demasiado divertido. Estar en un sitio cerrado con cuatro personas más hacía que lo que pensaban se me mezclase en la cabeza y me volviese loca.

—¡Buenos días! Estoy haciendo tortitas para que desayunéis. —Beleño sonrió amablemente.

Me relajé y salí a avisar a Ginkgo que su padre estaba allí.

—Quiero colaborar, pero hay temas que no puedo asimilar tan pronto. Prefiero permanecer en mi casa cuando no estemos entrenando —me razonó, y estuve de acuerdo con él.

Reishi lo acompañó. Quedamos en una hora en la parte del pueblo más cercana a las montañas y Echinácea, Meyenii y yo nos sentamos a desayunar con Beleño.

—Ginkgo y Reishi han ido a buscar algo de ropa —mintió Echinácea.

Beleño asintió; supuse que disimulando que sabía la verdad.

—Necesitamos tu ayuda —le expliqué para cambiar de tema.

—Lo sé. Meyenii me llamó —me respondió comprensivo, y Meyenii sonrió con los dientes llenos de sirope de chocolate.

—No entiendo muy bien cómo ha sucedido lo de los dones. La que estaba más puesta en la magia antigua era Iris —se lamentó—. Pero sí que puedo ayudarlos a comprenderlos. Antes de que el demonio apareciese, la mayoría de nosotros teníamos una habilidad distinta; no tan impresionantes como las que me ha contado Meyenii, pero haré lo que pueda.

La oleada de pensamientos parecía que me estaba concediendo un margen de descanso, cosa que agradecí inmensamente, y pude desayunar tranquila y conversar. Incluso con la que teníamos encima, mi buen humor habitual regresó.

A la hora estuvimos todos en el sitio pactado. Primero empezó Meyenii. Se acercó a una roca de un metro y medio de alto y otro de ancho y le dio un puñetazo, rompiéndola en dos partes casi simétricas, sin hacerse ni un rasguño en la mano. Luego, Echinácea intentó hacer arder algunas partes del bosque: primero una ramita, luego un arbusto y, después, casi salimos incendiados todos. Lo que más me preocupaba era que cada vez que su poder aumentaba, la piedra de turmalina que estaba dentro de su pecho se hacía más visible desde el

exterior.

Después, Reishi intentó atravesar árboles, con sus respectivos golpes incluidos. Cuando se pegó con el tronco del mismo árbol tres veces seguidas pensé que iba a dejarlo, pero eran tantas las ganas que tenía de volverse a ver sólida que puso todo su empeño, hasta que lo consiguió. Ginkgo estuvo un poco más reacio. Teniendo en cuenta quién era nuestro profesor, no era de extrañar. Ginkgo se puso de blanco y Meyenii le tuvo que tirar piedras. Seguramente, no fue un gran sufrimiento para él arrojarle objetos...

—¡¡Si te mueves, no vale!! —le gritó Meyenii.

—¡Ponte tú, listo! ¡A ver si no las ibas a intentar esquivar! —le respondió Ginkgo.

La siguiente le acertó en el hombro con una fuerza descomunal, pero la piedra le rebotó y regresó a Meyenii, estrellándose contra su cabeza y haciéndose polvo. Era increíble verlos a los dos. El demonio estaba empezando a tenerlo más difícil.

—Anastasia, ¿qué hay de ti? —me preguntó Beleño.

—Me temo que yo no sirvo de mucho. Tan solo tengo fuertes dolores de cabeza —le confesé.

—No te preocupes. Estoy seguro de que con el arsenal que lleváis, será más que suficiente para derrotarlo —me animó.

Teníamos el resto del día para hacer lo que quisiéramos. Habíamos estado entrenando hasta la hora del almuerzo. Ginkgo cruzó las palabras precisas con su padre mientras que yo necesitaba tenerlo cerca. Cuando él estaba, mis jaquecas y los ruidos dentro de mi cerebro desaparecían. Era como si al estar junto a él, todo el mundo dejase de pensar.

—¿Comemos? —sugirió Meyenii tan hambriento como siempre.

—¿Ginkgo? —le preguntó.

—Voy a mirar en casa a ver si encuentro algo que nos guíe hasta mi madre. Aunque a vosotros se os haya olvidado, a mí no —le respondió bruscamente.

—Te ayudaré a hacer un hechizo localizador —me ofrecí.

—Gracias —me respondió.

Beleño se fue con Meyenii y Reishi a casa de Iris a preparar la comida, y Echinácea y yo acompañamos a Ginkgo a su casa.

—Traeré algo de ella —dijo Ginkgo, saliendo del salón.

—¿Estás segura? —me susurró Echinácea.

—Se lo debemos. Seremos más fuertes si descubrimos la verdad —le expliqué, y ella asintió.

Saqué mi colgante de amatista y lo puse sobre el plano que Echinácea había extendido en la mesa. Ginkgo me dio un pendiente de Gayuba, lo sostuve con la

mano izquierda y con la derecha dejé que la cadenita oscilase de un lado a otro. Derramé un poco de sangre sobre el papel y recité en voz baja:

—¡¡Ubi, ubi, ubi!!

Pero nada sucedió. Lo repetimos otras dos veces más. Cuando estaba a punto de decirlo por tercera vez, Ginkgo me agarró la mano.

—Déjalo, Anastasia. Sabemos lo que eso significa.

—No tiene por qué. Puede estar bajo un hechizo de invisibilidad como el que le hicimos a los gnomos para que no los viese el demonio —le debatí.

—Anastasia, no veo por qué querría mantenerla oculta —se empecinó Ginkgo.

—Ginkgo, puede ser que sea ella la que no quiere ser encontrada —le insinuó Echinácea.

—Mi madre no ha sido lo que se dice una santa ni la mejor madre del mundo, pero si había algo que quería, incluso más que a mí, era a este pueblo. Jamás hubiese consentido que lo aniquilaran como lo han hecho —nos contó Ginkgo abatido. Él, realmente, pensaba que Gayuba era inocente, y yo lo creí.

—¿Qué quieres que hagamos? —le pregunté.

—Me gustaría descansar un rato —nos pidió.

Lo dejamos solo y nos marchamos a casa de Iris con los demás. No me gustaba abandonarlo, pero comprendía que, si pensaba que su madre estaba muerta, lo más lógico era que quisiera asimilarlo y digerirlo con tranquilidad y sin compañía. Era respetable.

Al entrar, encontramos a Beleño y Reishi riendo. Beleño era una persona muy agradable y sociable, pero desde nuestro último encuentro estaba aún más servicial que de costumbre. A Reishi la tenía completamente hipnotizada.

—Queda algo de comida, ¿queréis? —nos preguntó Meyenii, saliendo de la cocina con un trapo colgando del hombro y dos humeantes platos en las manos.

Nos sentamos en la isleta que la separaba del salón y comimos un poco. Las verduras tenían un extraño sabor amargo.

—¿Quién ha cocinado? —le pregunté a Meyenii, que estaba entretenido fregando.

—Beleño. No nos ha dejado a nosotros. Dijo que debíamos descansar. Tu abuelo es un crac —me felicitó Meyenii entusiasmado con que alguien le cocinase.

Al caer la tarde, los nervios iban aumentando. No sabíamos por dónde iba a aparecer, con qué aspecto ni con quién. Me dolía más el estómago que la cabeza. Solo pude dar dos pinchadas al almuerzo. Tenía un nudo en la garganta que no me dejaba tragar. El tatuaje de Hyobanche también había estado haciendo de las suyas y, de buenas a primeras, ahora estaba brillando y caliente. Tenía un mal

presentimiento, pero no lograba descubrir sobre qué; simplemente se lo achaqué a los nervios del combate y a sentirme inútil.

Ya era media noche. Esperamos en el centro de la plaza del pueblo como se pactó. Beleño se quedó en la casa vigilando por la ventana para hacernos una señal si lo veía acercarse. Después de dos horas y de que no apareciese, empezamos a impacientarnos y a agobiarnos.

—¿A qué crees que está esperando? —me preguntó Reishi asustada.

—Puede ser una artimaña para cogernos desprevenidos —respondió Ginkgo por mí.

A las cuatro horas, cuando ya estábamos muertos de frío, nos metimos de nuevo dentro, decepcionados.

—Es raro —opinó Beleño.

—No lo comprendo —dijo Echinácea.

—¿Se habrá arrepentido? —preguntó Reishi esperanzada.

—No lo creo. Algo anda mal —conjeturé.

El tatuaje quiso salir a la luz y quemó la manga de la camiseta que llevaba puesta. El intenso dolor repentino me pilló por sorpresa y me agarré a Beleño para no caerme. En el momento en el que mi mano estuvo en contacto con su brazo, cruzaron por mi mente imágenes confusas y borrosas, entre ellas las del propio Beleño muriendo y agonizando. El demonio lo encerraba en un armario que había visto en casa de Ginkgo. Meyenii vino rápido por mi espalda, solté a mi abuelo y dejé que mi fornido amigo me sostuviese.

—¿Estás bien? —me miró Beleño nervioso.

No podía decirle que acababa de ver cómo iba a morir, así que decidí callarme y disimular.

—Sí, la cabeza me va a estallar.

—Deberías descansar. Haremos esos turnos de vigilancia por parejas que tanto te gustan —me aconsejó Echinácea sonriendo.

—Ginkgo y yo iremos primero —se ofreció Reishi, más animada de lo que la había visto en días.

Eso de que todavía siguiésemos con vida le concedía más tiempo para estar con Ginkgo, y no podía reprocharle estar alegre por ello.

—Echinácea, ¿qué crees? —le susurré una vez que estuvimos metidas en la cama.

—No lo sé. También pienso que es una trampa, si es a lo que te refieres —me confesó.

—¿Por eso no te separas de los libros que has traído del sótano? —le pregunté.

—Desde que Ariel me dio la campana, he tenido curiosidad por saber para qué

sirve. No entendí lo que quiso decirme con eso de que yo sabría en qué momento hacerla sonar. Esta noche, mientras esperábamos a Hippomane, me di cuenta de que no lo sabía y que a lo mejor no llegaba a descubrirlo nunca. —Se entristeció y se encogió, sosteniéndose el estómago.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupada.

—No, me duele la barriga —se quejó.

Me levanté para llevarle una manzanilla. En la casa solo estaba Meyenii, despierto y tranquilo en el sillón del salón. Sudaba demasiado para el frío que hacía.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, sentándome en el brazo del asiento.

—No lo sé. De pronto, me ha empezado a dar punzadas el vientre.

—¡Qué raro! Echinácea está igual —le conté.

Le toqué la frente y la tenía ardiendo. Corrí a comprobar a Echinácea, y tenía los mismos síntomas que él. Entonces escuché que la puerta de la entrada se abrió de golpe. Esperaba que fuese Beleño y que se le ocurriese algún brebaje de esos raros para curarlos. Pero no era él. Se trataba de Ginkgo, que cargaba a Reishi en brazos.

—¡Está enferma! ¿Dónde está Echinácea? —me preguntó.

Los conduje a la habitación y la acostamos junto a Echi. Nuestra doctora en funciones no estaba como para sanar a nadie; más bien alguien tendría que curarla a ella primero. Meyenii pasó por mi lado como una exhalación directo al baño y vomitó hasta la primera papilla.

—¿Qué les pasa? —me preguntó Ginkgo alarmado.

—Creo que ha sido la comida. Ellos terminaron con sus platos y Meyenii incluso repitió. A mí no me supo del todo bien y lo tiré sin que Beleño me viese para no preocuparlo —conjeturé.

—¿Beleño cocinando? Es la primera noticia que tengo al respecto. Mi madre siempre se ha quejado de que no sabía hacer ni un huevo frito.

—Voy a buscarlo. Quédate con ellos, no tardaré —le pedí, saliendo de la casa.

Algo no estaba bien. Había algo raro, lo sabía; podía sentirlo en mi interior. Anduve dando vueltas por el pueblo buscando a Beleño. Al pasar por la puerta de la casa de Ginkgo, el tatuaje de la flor empezó a brillar y a dolerme. Seguí mi instinto: le hice caso a las señales y entré. Al fondo del salón estaba el armario que distinguí en la visión. A medida que me acercaba más a él, el grabado se iluminaba más. Rodeé el pomo con la mano, lo giré y, cuando lo abrí, di un salto hacia atrás, horrorizada. Beleño estaba maniatado. Tenía los ojos abiertos y totalmente en blanco. Le habían puesto una ligadura en la boca y estaba petrificado, con una expresión de pánico en el rostro. Cerré la puerta y me apresuré a avisar a los otros. Cuando llegué casi sin aliento y me topé con

Beleño de frente entrando en la cocina, casi me dio un patatús.

—¿Te pasa algo? —me preguntó sonriendo—. No os puedo dejar solos. Me marchó a estirar un poco estas viejas piernas y mira lo que me encuentro cuando regreso.

—¿Qué haces? —le pregunté, intentando aparentar estar tranquila.

—Les estoy preparando un remedio casero —me respondió, cogiendo un cazo del fuego.

Pensé rápido. Me puse junto a él y simulé marearme, sujetándome del brazo con el que sostenía el mango y derramándole encima el contenido «sin querer». A pesar de haberle arrojado una olla de líquido hirviendo en los pantalones, Beleño tan solo dio un pequeño saltito. Me disculpé unos cientos de veces por ser tan patosa y se marchó a buscar algo de ropa para cambiarse, prometiéndome que estaba bien y que no me preocupase. En cuanto me aseguré de que estaba lo suficientemente lejos como para no escucharme, fui a advertir a los demás de mis sospechas.

—Tenemos un problema enorme —comencé a decirles, sentándome en la cama.

Echinácea estaba como de color azul, Reishi sin peinar ni maquillar y con restos de vómitos en la camiseta, y Meyenii había vuelto a ir al baño.

—¿Qué sucede? —balbuceó Echinácea.

—No hay manzanilla para las infusiones —la engañé—. Ginkgo, acompáñame a buscar más.

—En la ventana tienes una plantación —me indicó Ginkgo sin moverse del lado de Reishi. Le di un pisotón y le hice señas con la cabeza para que me siguiese.

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —refunfuñó cuando estuvimos en el salón.

—Beleño está muerto.

—Nada me gustaría más que eso, pero siento comunicarte que estaba aquí hace tan solo un instante —me corrigió, intentando entrar de nuevo en el dormitorio.

Le tiré del brazo, me lo puse frente a los ojos y le expliqué, indignada:

—¡¡Te estoy diciendo que tu padre está muerto en el armario de tu maldito salón!!

Ginkgo se quedó helado con la noticia.

—¿En serio? Entonces, ¿quién es ese?

—¿Quién no ha parecido todavía? ¿Y por qué todos están enfermos después de comerse lo que él les preparó menos yo? Quiere terminar con nosotros desde dentro. El problema es que no sabemos cuándo dejó de ser realmente Beleño —
continué.

—¡Tenemos un jodido caballo de Troya! —dramatizó enfadado.

—¡Exacto! —afirmé.

—¿Qué propones? —me preguntó.

—Primero tenemos que curarlos y luego desenmascararlo —le dije.

Le expliqué mi plan, el que, por cierto, tenía bastantes lagunas, pero en menos de cinco minutos no se me podía ocurrir nada mejor. El cerebro del grupo no es que fuese yo precisamente. Les hice la manzanilla y se la di a todos, rezando porque al menos les limpiase algo de lo que nos había dado para envenenarnos.

—¡Listo! Ya podemos seguir —dijo Beleño, entrando.

—No hace falta. Ya les di algo y están bastante mejor. —Le sonreí.

La expresión de disgusto que puso delató sus intenciones. Me sentía culpable por no haberme dado cuenta del cambiazco, pero mi contacto con mi abuelo había sido bastante fugaz. Mantenía la esperanza de que estuviese con Iris y que por fin pudiesen ser felices y estar juntos, aunque no fuese a mi lado. Ahora sí que me había quedado sin familia.

—Beleño, ¿podemos hablar de hijo a padre? —le pidió Ginkgo, acercándosele y pillándolo desprevenido.

—Por supuesto —le contestó cordial, podría decirse que incluso cariñoso, y ambos salieron de la casa.

Me apresuré y les conté todo a los demás. Echinácea intentó curar a Reishi como buenamente pudo. Cuando fue el turno de Meyenii, que era el que peor estaba de los tres, Echinácea le puso las manos en los hombros para canalizar mejor la energía y comenzó a realizar su magia. Cerró los ojos y vimos perfectamente cómo entraba su aura dentro de él. Todo iba de maravilla. Se le estaban borrando las ojeras en segundos, pero, de pronto, el tono naranja pálido de las manos de Echinácea se tornó rojo intenso y Meyenii gritó de dolor. El nuevo poder de Echinácea se estaba mezclando con el de sanación, siendo el del fuego más fuerte y quemando la mitad del torso de Meyenii.

—¡Lo siento, lo siento mucho! —se disculpó Echinácea, sollozando.

Reishi y Echinácea fueron a la cocina a realizar un ungüento para aliviar el dolor de la quemadura e intentar que no se le infectase.

—Estoy más guapo así, morenito. Di la verdad —bromeó Meyenii, guiñando un ojo al hablar debido al dolor.

—Cállate, si no quieres que me ensañe a la hora de ponerte las vendas —lo silencié, preocupada.

Con Meyenii en ese estado no podíamos enfrentarnos al demonio, pero sí que podíamos tenderle una trampa.

Le puse la crema y las gasas, intentando hacerle el menor daño posible. La herida tenía muy mala pinta. La mitad de su cuerpo estaba sin piel y le salía

sangre de distintos sitios que empapaba el tejido en cuanto se lo ponía encima. Le coloqué varias capas, dándome prisa para que Beleño no nos pillase desprevenidos.

—Me alegra que hayamos hablado —le estaba diciendo Beleño a Ginkgo al entrar en la casa.

—Beleño, he pensado que deberíamos seguir entrenando un poco más —le sugerí.

—¿Seguro que os encontráis en condiciones? —nos preguntó extrañado.

—¡Como un roble! —exclamó Meyenii, saliendo del dormitorio.

No sabía cómo podía tener ese aguante. Si yo hubiese tenido la mitad de las heridas que él, habría estado agonizando.

Nos dirigimos al descampado, y la primera en actuar fue Reishi. Se situó junto a Beleño y se puso incorpórea. Cada vez se le daba mejor. Luego, Ginkgo agarró por los brazos a Beleño. Este se sorprendió e intentó zafarse de su agarre, pero gracias a los nuevos dones de Ginkgo, sus extremidades eran como una cuerda irrompible y elástica y lo redujo hasta que lo inmovilizó. Meyenii levantó una piedra aún más grande que la del primer entrenamiento y se la tiró justo al lado, rozándolo. Echinácea prendió el árbol que tenía detrás y entonces fue cuando yo lo encaré. No sabía si lo derrotaríamos, pero si yo hubiese estado en su lugar, habría estado muerta de miedo.

—¡¿Qué has hecho con mi madre?! —le gritó Ginkgo en la oreja.

—¡Estáis locos, soy yo! ¡Soltadme inmediatamente! —exigió Beleño.

—¡El auténtico Beleño está muerto dentro de un armario! —le indiqué.

Puso cara de sorpresa y agregó:

—¡No sé de qué estás hablando! Soy yo, tu abuelo, Anastasia —insistió.

—Echinácea, tócalo —le ordenó Meyenii—. Te aviso desde ya que duele.

Echinácea se acercó temblorosa a colocar las manos sobre el ser cuando algo pasó por nuestro lado silbando y se le clavó en el costado. Ginkgo saltó y tuvo que soltarlo para no ser atravesado por la flecha. Beleño cayó al suelo, intentó arrancársela, pero me agaché y lo detuve.

—¡Anastasia, cuidado! —me gritó, dándome un empujón e interponiéndose entre otra flecha y yo. Esa vez le hizo diana en el pecho y quedó tumbado a mi lado.

—Lo siento —se lamentó.

—¡¿Sentir el qué?! ¡¿Quién nos ataca?! —le chilló Reishi.

En ese justo momento, de la nada surgió Hippomane con su aspecto humano, sonriendo. Reishi, Meyenii, Echinácea y Ginkgo se pusieron en posición de ataque, haciéndonos a Beleño y a mí una especie de barrera.

—Yo no quería que nada de esto sucediese —me prometió Beleño,

agarrándome la mano y derramando una lágrima.

—¿Pero...? —le comencé a preguntar, pero me interrumpió.

—Déjame hablar, no me queda mucho tiempo —me rogó, tosiendo y escupiendo sangre—. Cuando planificamos todo esto, no sabía que iba a matar a todo el mundo. Lo único que quería era que fuésemos normales, sin magia. Él me prometió que no te lastimaría. Te lo juro. Pero, cuando obtuvisteis esos poderes, empezaron a ponerse nerviosos. Me dieron dos días para envenenaros u arrebatároslos yo misma. ¿Podrás perdonarme?

Tragué saliva, le di la mano y pronuncié:

—*¡Ostende te!*

Poco a poco, el rostro de Beleño se fue transformando en el de Rosa.

—¡Mamá!

—Siento no haber estado más tiempo a tu lado. La única forma de vencerlo es... —empezó a decirme.

Entonces, Hippomane lanzó a mis amigos a unos metros de distancia, dejándolos fuera de combate. Levantó la mano y cerró el puño, clavándose él mismo las garras en la palma, y expulsó un líquido negro viscoso de ella. A mi madre se le volvieron los ojos, le salió sangre por la nariz y dejó de respirar.

—¡¡Nooooo!! —chillé horrorizada con los ojos llenos de lágrimas.

Me puse en pie, me giré y me dirigí hacia Hippomane. Mi madre estaba equivocada, pero nunca quiso lastimarme. Miré directamente al demonio a los ojos y di un paso tras otro. Iban apareciendo ante mí las caras de todos los que había matado, y me fui encolerizando cada vez más. Al mirarlo, me pude adentrar en el abismo negro que se escondía en su cabeza. No tenía sentimientos, no existía ningún tipo de remordimiento, la conciencia era algo que no había estado nunca en su interior, y decidí darle una dosis de la mía.

—¡¡Aaaaaaaahhhh!! —bramé. El tatuaje de la flor ardió bajo mi piel, recordándome que no estaba sola.

Con cada pisada, volcaba una de esas sensaciones dentro de él. Hippomane comenzó a retroceder y a sostenerse la cabeza. Estaba decidida a seguir hasta que el último hilo de sangre que había derramado mi madre le brotase a él también. Quería matarlo, descuartizarlo, quemarlo. La ira pudo conmigo y seguí gritándole hasta que, de pronto, cuando estuve a escasos centímetros de él, se esfumó, diciéndonos:

—¡¡Volveré!!

El cielo se llenó de nubes y comenzó a llover. Empecé a tambalearme y Meyenii me sostuvo antes de caerme al fango. Las piernas me temblaban, todo me daba vueltas y la visión se me estaba empezando a nublar, pero entonces vi el cadáver de mi madre con dos flechas clavadas y los globos oculares en blanco.

Saqué fuerzas de donde no las tenía, volví a ponerme derecha y dije en voz alta, más para mí misma que para ellos:

—Recojamos el cuerpo de Beleño y mi madre y llevémoslos al panteón familiar. Se merecen descansar.

Capítulo dieciséis

La batalla final

Ginkgo no puso ninguna pega por querer enterrar a su padre en el panteón de mi familia. Después de todo, él nunca lo consideró de la suya.

—¿Estás bien? —me preguntó Echinácea cuando estuvimos dentro del cementerio.

—Lo estaré cuando lo aniquilemos —le confesé.

No quise hacer una ceremonia mágica; ese era el motivo de todo aquello. La locura y las muertes habían sido fruto de la incomprensión. Mi abuela nunca aceptó que su hija no tuviera poderes ni que no los quisiese, y mi madre, lo único que ansió toda su vida fue tener una familia normal. Cuando nací y empecé a hacer juegos malabares de luces y cosas parecidas, seguramente fue demasiado para ella, y mirarme era observar todo lo que odiaba. No la culpaba por no querer estar a mi lado, pero tampoco podía eximirla de todo lo que hizo. Lo que todavía no comprendía era cómo alguien sin magia ni poderes podía haber traído a un demonio desde otra dimensión. Me temía que solo estábamos comenzando a descubrir la punta del iceberg.

Reishi se ocupó del tema burocrático para que nos diesen los ataúdes lo más rápido posible y Echinácea se encargó de dirigir la ceremonia. Ginkgo estuvo serio todo el tiempo. No sabíamos si Rosa había asesinado a su padre para hacerse pasar por él o fue Hippomane. No podía estar cien por cien segura de la visión. No podía evitar sentir un terrible sentimiento de culpabilidad por no haber tratado de acercarme a mi madre. Tan solo crecí pensando que no me quería. Muchas veces me pregunté el porqué, pero al tener a Iris haciendo las funciones de madre y padre nunca me preocupé mucho del tema, y no fui una niña infeliz o con carencias afectivas. Rosa era una persona que de vez en cuando aparecía en mi vida y desaparecía. Era más bien la típica tía lejana que te visita cuando está por la ciudad más que una madre. De mi padre jamás supe nada. Mi abuela siempre me contó que nunca le dijo quién fue. De niña nunca terminé de creerla hasta que conocí mejor a mi madre, y entonces estuve segura de que si ella no quería contar algo, no lo contaba y punto, sin más explicaciones.

—Anastasia, ¿quieres decir algunas palabras? —me preguntó Echinácea, sacándome de mis divagaciones y trayéndome de vuelta a la realidad.

—Sí —le respondí, levantándome del asiento y acercándome al altar—. Por desgracia, no conocía demasiado a Rosa ni a Beleño. Estoy segura de que todo lo

que hicieron, en el fondo, fue por amor.

Me quedé callada un instante y fijé la vista en un punto para concentrarme, cuando de pronto percibí que la mochila de Echinácea se abría y la campana que tanto la intrigaba andaba sola como por arte de magia lentamente sobre el banco. Brinqué del sagrario y la agarré por el mango, pero algo tiró de ella hacia el lado contrario.

—¿Qué haces, mimo ahora? —me preguntó Meyenii, alucinando.

—¡Quieres dejar de decir estupideces y ayudarme! —le grité.

Ginkgo se le adelantó y atrapó algo entre sus manos. En el forcejeo, unos polvos amarillos brillantes volaron por todos lados.

—¡Muévelo! —le mandé.

En el instante en que les dio dos brascas sacudidas a los ladrones invisibles, aparecieron Khat y Peyote ante nosotros.

—¿Otra vez? ¿Sois una plaga o qué? —los insultó Reishi.

—Esta vez no os largaréis de rositas —los amenazó Ginkgo, sosteniéndolos tan fuerte que casi no eran capaces de respirar.

Concluimos la ceremonia y me despedí de ambos silenciosamente, pidiéndoles perdón por no haber podido hacer nada para salvarlos, y nos fuimos al poblado con los dos pasajeros perfectamente custodiados por un muy cabreado Ginkgo. Una vez en el interior de la casa, los sometimos a un primer grado. Meyenii los ató con seda dental y Ginkgo se encargó de no quitarles la vista de encima a los dos escurridizos pixies.

—¿Para qué queréis esto? —les pregunté, moviendo la campanita a su lado.

En el momento en el que escucharon el pequeño tintineo, ambos cerraron los ojos y se encogieron como si esperasen que algo terrible fuese a suceder.

—¿Os asusta esto? —dijo Reishi, quitándomela de las manos y haciéndola sonar más fuerte.

—¡Para, estás loca! —le gritó Khat.

—Tenéis tres segundos para explicarnos para qué sirve o estaremos tocándola hasta que habléis —los desafió Echinácea, que estaba loca por conocer la función del objeto.

—¡Es una llama lamassu dorado! —contestó finalmente Peyote.

Nos giramos y miramos a Echinácea, esperando la explicación, pero ella se encogió de hombros, dándonos a entender que tenía la misma idea que nosotros al respecto.

—¿Qué es eso? —lo interrogó Ginkgo.

—¡No sabéis nada de nada! —exclamó Khat indignado.

—Para descubrir lo que sabéis, con tener a uno es suficiente —lo intimidó Meyenii, sacando el athame de su funda.

—Es una criatura mágica. Su misión es destruir toda amenaza al mundo mágico de la Tierra, pero no puede ser llamado por cualquiera. Hace falta mucho poder para lograrlo —continuó Khat atemorizado.

Al pasar los dedos por el borde inferior de la campana dorada, noté un pequeño relieve, pero fui incapaz de descifrarlo; era demasiado minúsculo. Me fui al salón y vacié la mitad de los cajones, buscando una lupa, mientras el resto me miraban atentos.

—¡Aquí! —dije, corriendo de vuelta a la cocina. Le cedí la lupa y la campanita a Meyenii y le pedí que lo tradujese.

—*Venator daemon* —leyó Meyenii—. Que viene a significar cazador de demonios.

—Ahora estamos empezando a estar igualados —cavilé en alto, echando un vistazo a la nueva arma que habíamos descubierto y, de paso, dándole un poco de esperanza a los demás y a mí misma.

Salí de la casa a contemplar la luz del sol, quizá, por última vez.

—¿Qué locura está ideando esa cabecita? —me sondeó Meyenii, situándose justo detrás de mí, rodeándome con sus brazos y dejando caer la cabeza sobre mi hombro.

Era la primera vez que se mostraba así de cariñoso tan abiertamente. Me acababa de dar cuenta de que sus expectativas de supervivencia estaban realmente bajas. Intenté ignorar lo cerca que estaba su cuerpo del mío y me centré en el plan que se empezaba a dibujar en mi mente.

—Esto terminará hoy, para bien o para mal —le respondí, admirando el horizonte.

Me giró, me miró a los ojos, me levantó la barbilla y me besó suave y lentamente los labios. Aquello, más que una muestra de amor, me pareció una despedida y, aunque deseaba que lo hiciese, en el fondo me molestó.

—Meyenii —le dije, apartándome y cogiéndole las manos—. Lo vamos a conseguir, lo sé.

—Y yo estaré a tu lado —me prometió, sonriéndome y acariciándome la mejilla.

—Chicos, ¿qué, matamos a un demonio o seguís pelando la pava? —nos gritó Ginkgo, extrañamente de buen humor, desde la ventana de la cocina.

Cuando miramos, los tres nos observaban, incluso los pixies estaban sentados en el borde de la ventana entretenidísimos.

—¿Queréis palomitas? —les gritó Meyenii divertido.

Entramos y me fui directamente hacia los pixies sin contar a los demás el plan para que los dos ladronzuelos no se enterasen.

—Uno de vosotros irá a avisar al demonio que tenéis escondida la campana y

el otro se quedará aquí para asegurarnos de que no hacéis ninguna tontería —les ordené a los pixies.

—¿Estás segura? —me preguntó Reishi nerviosa.

Asentí en silencio, y como vi que no se ponían de acuerdo, elegí yo misma: desaté a Peyote, que era el que menos desconfianza me inspiraba.

—Tienes que hacer que venga a media noche —le especificué mientras lo soltaba.

—¿Por qué él? —se quejó Khat.

—Porque tú venderías a tu madre —le inquirió Ginkgo, de acuerdo con mi decisión.

Peyote salió de la casa, atemorizado y tembloroso. Me daba miedo de que no fuese capaz y le ocurriese algo. Eran dos granujas, pero no por eso merecían morir.

—¿No temes que no vuelva? —me preguntó Echinácea.

—Ese no sabe dar un paso sin mí —respondió confiado Khat.

—Esperemos que así sea —agregué.

Para las once de la noche, ya lo teníamos todo listo. Nos jugábamos nuestras vidas a una sola carta: campanita, y lo peor era que nos estábamos fiando de la palabra de dos pixies que hasta el momento no era que hubiesen hecho muchos méritos por ganarse nuestra confianza. Me estaban empezando a entrar las dudas, pero por muchas vueltas que le diese, ya no había marcha atrás.

Nos dirigimos al centro de la plaza y nos colocamos en nuestros sitios como si fuésemos a realizar un círculo mágico; pensé que así nos sentiríamos más seguros. El cielo se volvió negro y grandes nubarrones amenazaron con descargarse sobre nosotros. Un gigantesco rayo impactó en un árbol al lado de Meyenii y todos nos giramos a comprobar que seguía de una sola pieza. Este levantó el dedo pulgar, indicando que estaba bien.

Cuando volvimos de nuevo la cabeza, frente a nosotros había una figura cubierta por una túnica negra que andaba lentamente en nuestra dirección. Tímidas gotas de lluvia comenzaron a precipitarse, concediéndole una imagen todavía más terrorífica a la escena. El encapuchado se detuvo, levantó el cuello, se descubrió el rostro y lanzó la capa lejos de él, dejándonos de piedra al contemplarlo.

Tenía la piel negra con tribales rojos a ambos lados del cuerpo y unas orejas puntiagudas le enmarcaban la cara. Los ojos brillantes, que ya conocía, estaban sobre una afilada nariz. Los amarillentos colmillos, con los que devoró a Sorassa, sobresalían de una boca con labios casi imperceptibles. Una larga e hipnótica cola de serpiente ondeaba de izquierda a derecha tras él. Tenía las manos abiertas, señalando al suelo con sus punzantes garras. Movié una de las

manos al frente y, de la nada, surgió una varita, igual a la que tenía el príncipe de las salamandras en su montaña. Agudicé un poco más la vista y comprobé que no era similar; se trataba de la del hado. En esos dos días que nos concedió de ventaja, se había pasado por el hogar de las hadas de fuego a concluir lo que sus criaturas de hielo empezaron y, al parecer, lo había logrado.

Dio otro paso al frente. Cogí la campana, la levanté y la hice sonar repetidas veces. Hippomane se detuvo y miró al cielo, inquieto, pero nada sucedió. El demonio esbozó algo semejante a una sonrisa.

—¿De verdad pensabas que podrías derrotarme con eso? —Tenía una profunda voz sepulcral que resonó en las montañas a nuestro alrededor.

Moví de nuevo el supuesto artefacto milagroso, desesperada, y siguió sin pasar nada. Hippomane se carcajeó, agitó la varita y nos lanzó a los cinco por los aires, derribándonos. Volví a levantarme y me encaré a él, haciendo sonar la campana una y otra vez insistentemente. Si iba a morir, sería luchando.

—¡¡Anastasia, *venator daemon*!! —me recordó Meyenii.

Hippomane abrió los ojos, se centró en él y, con la vara, levantó una piedra y se la tiró al pecho. Cuando esta se hizo pedazos sin siquiera provocarle un rasguño, noté cómo la ira del demonio iba aumentando.

—¡¡*Venator daemon, venator daemon, venator daemon*!! —pronuncié hasta quedar sin aliento, sin obtener ningún resultado más que el de agrandar el ego de Hippomane.

Echinácea me miró como si de pronto hubiese descifrado todos los secretos del cosmos y chilló:

—¡¡Todos a la vez!! ¡¡La unión hace la fuerza!! ¡¡Pensad en vuestro elemento!! —nos ordenó.

Hippomane, convencido de su superioridad, se cruzó de brazos con actitud desafiante y gesto de aburrimiento. Hicimos exactamente lo que nos mandó Echinácea. Yo recordé lo que habían significado para mí todos esos días, a todas las personas que conocí y las que perdí, y de dentro del alma me brotó un llamamiento.

—¡¡Espíritus elementales, ayúdenos!! ¡Gnomos, compartid vuestra sabiduría! ¡Ondinas, jueguen en nuestra presencia! ¡Sílfides, haced que la brisa nos guarde! ¡Salamandras, préstennos sus llamas!

A continuación, una ola de energía y valor recorrió todo mi cuerpo. Pisé fuerte y recitamos ahora todos juntos:

—¡*Venator daemon, venator daemon, venator daemoooooooooon!*

Noté cómo una oleada de calor me embargaba y cómo una gran energía salía de mi cuerpo hacia el exterior. Cerré los ojos, atemorizada, y cuando los abrí y miré a los demás, vi sobre ellos los espíritus de todas las criaturas que acababa

de llamar.

Sobre Ginkgo estaba Ariel, aleteando junto a más de veinte sílfides más. A los lados de Meyenii nadaban en el viento seis ondinas fantasmales, que le revolvían el pelo juguetonas. Reconocí el rostro de la que fue engañada y asesinada por Hippomane y la saludé con la mirada. Reishi estaba un poco más incómoda. Al menos, treinta gnomos acampaban a sus pies y Felet me sonreía sobre su hombro, agarrado de la mano de su querida Sorassa. Echinácea tenía sobre la mano a mi pequeña Hyobanche junto al hado, respaldada por cientos de salamandras que esperaban ansiosas una orden para empezar la revancha. En el interior del pecho de Echinácea brillaba la turmalina, latiendo como un segundo corazón.

El suelo tembló bajo nuestros pies, haciendo que perdiésemos el equilibrio, incluso a Hippomane le costó mantenerse en pie. El cielo crujió, las nubes se separaron y tras ellas comenzó a formarse un torbellino que empezó a aspirar hacia su interior todo lo que teníamos a nuestro lado, arrancando ramas, succionando piedras y cualquier objeto que no estuviese debidamente aferrado a la tierra. Cuando pensé que nos abduciría a nosotros también, paró en seco y se creó una calma extraña, para, en cuestión de segundos, invertirse y lanzarnos todo lo que se había llevado. Tras esa locura, un deslumbrante destello nos cegó, iluminando la noche como si fuese mediodía. Del agujero que se había formado salió una figura que se situó sobre nosotros y la luz se desvaneció. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude ver mejor lo que había salido de la nada. Un ser el doble de grande que un toro, con cuerpo de león, cabeza de hombre y alas de águila se posó a mi lado, agachó la cabeza frente a mí y me saludó.

—¡He sido invocado por los elementos! ¡Te advierto, joven wiccana, que si no se trata realmente de una amenaza digna de mi presencia, te llevaré a ti en su lugar!

En ese momento no sabía si me daba más miedo Hippomane, que estaba paralizado, o el lamassu dorado. Tragué saliva, me armé de valor y le respondí:

—Ha exterminado a la mayoría de las criaturas mágicas de la tierra, gran lamassu —lo informé, pretendiendo ser lo más correcta posible por miedo a que me devorase de un bocado.

El lamassu se acercó a mí y me puso una garra en el pecho, haciendo que me tambalease. Meyenii intentó ir corriendo a socorrerme, pero le hice señas para que se detuviese. La zarpa se iluminó y por mi cabeza pasaron como si fuesen diapositivas todas las cosas que habían sucedido por culpa de Hippomane.

—¡¡Se escapa!! —gritó Reishi, alertando al lamassu.

Efectivamente, el muy cobarde estaba corriendo con la varita en la mano

aprovechando que estábamos entretenidos. El lamassu se giró, volvió a hacerme una reverencia en señal de respeto, extendió sus imponentes alas y persiguió a Hippomane, alzándolo por los aires, clavándole las garras en los hombros y haciéndolo sangrar y gemir de dolor. El demonio intentaba zafarse de su agarre manoteando y disparándole rayos que impactaban en el cuerpo de la criatura atravesándolo como si no fuese corpóreo. El lamassu lo arrastraba hasta el agujero negro que se había creado en el cielo. Hippomane, viendo venir su derrota, me lanzó una mirada envenenada de odio, dirigió hacia mí la vara y me disparó un fulminante y colosal rayo. Entonces, Hyobanche voló hasta el demonio, haciendo que le ardiese la mano con que la sostenía, y este no tuvo otra opción que tirarla. Cerré los ojos, esperando a que el estallido colisionase contra mí, sin poder hacer nada para esquivarlo, pero al segundo ya no sentí nada. Cuando los abrí, me encontré a Meyenii tumbado en el suelo, con una herida que le atravesaba el corazón.

La tregua que la lluvia nos había concedido cesó y las gotas volvieron a caer sobre nosotros. Me puse sobre él e intenté reanimarlo. Lo llamé, le grité e imploré a Echinácea que me ayudase. Pero el resto estaban demasiado ocupados mientras yo luchaba por intentar que Meyenii despertase. Gayuba había salido de las sombras y recogido la varita, disparándonos a todos e intentando concluir la labor del demonio. Me vio con Meyenii en los brazos y me eligió como un blanco fácil. Justo cuando estaba a punto de disparar, Ginkgo se interpuso en su trayectoria con lágrimas en los ojos y cara de desesperación e incertidumbre y le gritó a Ariel:

—¡Sílfide, ahí tienes a tu culpable!

«Termina con el titiritero y exterminarás a la marioneta», recordé.

Nuestro ejército espectral se le echó encima a Gayuba, que disparaba sin obtener blanco alguno. Entre todos la agarraron y la izaron en una nebulosa azul, encarcelándola y arrastrándola junto al lamassu, que seguía con Hippomane asido a punto de desmembrarlo. Los espíritus de los seres mágicos arrojaron a Gayuba dentro del agujero negro. Hippomane se resistió a perder y le propinó un puñetazo a la quimera en el vientre. De la herida que le acababa de ocasionar salió un líquido dorado que se le derramó encima al demonio, abrasándolo donde fuera que lo rozase, creándole yagas y lesiones. El lamassu rugió de dolor y tiró a Hippomane por encima de su cabeza, haciéndolo parecer una verdadera marioneta, y cuando estuvo a la altura de su mandíbula, se metió la cabeza del demonio en la boca, separándosela del cuerpo y engulléndola de un solo bocado. El cuerpo segmentado de Hippomane cayó a mi lado y su negra sangre se mezcló con el agua, tiñéndola de gris. El lamassu dorado bajó a recoger los restos y los arrojó dentro de la otra dimensión, donde solo los dioses sabían lo

que le estaba ocurriendo a Gayuba. A lo lejos se podían escuchar sus gritos de desesperación. En cuanto el cadáver del demonio estuvo en su interior, el agujero se cerró y la lluvia cesó, dando paso a un cielo estrellado y a una espectacular luna llena.

—¡Sálvalo! —le ordené, llorando.

El lamassu se puso junto a mí, pegó su oreja al pecho de Meyenii y negó:

—No puedo hacer nada por él. Ya no está aquí.

Me levanté y comencé a darle puñetazos en el costado sin importar lo que me ocurriese.

—¡¡Tienes que hacerlo!! —le repetí una y otra vez sin dejar de pegarle, hasta que Echinácea me separó de él.

—Anastasia —me intentó consolar.

—¡¡Nooooo!! ¡¡No es justo!! —sollocé.

El lamassu alzó el vuelo y desapareció entre las estrellas sin decir nada más. No podía creer que aquello fuese su fin, no era capaz de comprender por qué todo había terminado así. Reishi y Ginkgo estaban a nuestro lado. Reishi no para de hipar y lamentarse y Ginkgo tenía los ojos vidriosos; no sabía si por la muerte de su primo o por descubrir que la artífice de todo lo que había sucedido había sido su madre después de todo.

Me tiré sobre el cuerpo inerte de Meyenii y lloré hasta quedarme sin lágrimas. Levanté la cabeza y me enfadé; estaba disgustada con él.

—Eres estúpido. ¿Por qué tuviste que meterte? ¿No podías haberte estado quietecito? ¡No, tú tenías que dar la nota, como siempre! —le chillé.

Noté una onda de calor a mi lado. Hyobanche estaba junto a mí, agarrándome la cara con sus diminutas manitas. Cogió una de mis lágrimas y le sopló, haciendo el mismo juego de luces que me vi hacer a mí cuando tan solo era un bebé. Se ubicó frente a Echinácea e introdujo su etéreo brazo dentro de mi amiga, agarrando la turmalina. La extrajo, me la dio, me sonrió y me guiñó un ojo.

—Gracias —gimoteé, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer.

Metí la piedra incandescente donde debería estar el corazón de Meyenii —en esos momentos, inexistente debido al impacto— y me separé de él. La piedra destelló su potente luz roja y las venas y los trozos de piel hechos girones se fueron recomponiendo rápidamente. Cuando todo estuvo cerrado, el pecho se le hinchó, tomando una postura inhumana, y a continuación fue bajando hasta colocarse en su posición habitual. Meyenii abrió los ojos, tosió y se puso de lado como pudo. Me tiré sobre él, lo abracé y le di besos en la frente, en la mejilla, en los ojos, en la boca y en la nariz, llorando esa vez de alegría.

—¿Me he perdido algo? —dijo, sentándose conmigo encima. Pero no pensaba

soltarlo ni separarme de él nunca más.

Nuestra improvisada tropa se despidió y se fueron esfumando de uno en uno, dejándonos a todos una sensación de paz absoluta en nuestros corazones.

Capítulo 17

En casa

—¿Ya estás contándole historias de miedo? —me reprochó Meyenii.

—Tiene que conocer sus raíces —me defendí.

—Mamá, dime ahora cómo salvasteis al tío Ginkgo del abismo —me rogó la pequeña Iris.

—Iris, creo que ya es hora de dormir. Te prometo que mañana seguiré contándote historias —le aseguré—. Buenas noches, mi vida.

—Buenas noches, papá.

—Descansa, mi hada guerrera —le dijo Meyenii, dándole un beso en la frente. Cerramos la puerta y bajamos al salón.

—Es demasiado chica para saber todo eso —me advirtió Meyenii.

—Nunca es demasiado pronto para comprender —le respondí, dándole un beso en los labios y sentándome con él en el sofá a leer el libro de las Sombras de Iris. Me gustaba recordarla, y cada vez que lo cogía, encontraba algún nuevo acertijo escondido entre algunas líneas.

El timbre de la puerta me sacó de mi lectura; le puse cara de pena a Meyenii para que abriese él. Al momento, escuché que discutía con alguien y me levanté a ver.

—No pienso dejar a Anastasia y a la niña solas —se quejaba Meyenii.

—No lo harás. Os necesitamos a los tres. —Ginkgo y Reishi estaban fuera de la casa.

—¿Pasa algo? —les pregunté preocupada.

—La sacerdotisa os llama. Tenéis que regresar al poblado —me instó Reishi.

—¿Qué mosca le ha picado a Echinácea ahora? —protestó Meyenii.

—Alguien quiere desequilibrar la magia de nuevo —me explicó Ginkgo.

—Meyenii, tú coge a Iris que yo hago las maletas. —Le sonreí.

—Ginkgo, no te cases. Hazme caso, nunca más podrás opinar —le aconsejó Meyenii resignado.

—En cinco minutos estamos —les dije, y salí corriendo a prepararlo todo para una nueva aventura.

Fin



La vida secreta de la última
WICCANA

Gemma Taccón

D.J.57

Glosario

Anastasia: En tiempos remotos se utilizaba como elemento adivinador del [clima](#), ya que era un vegetal [higrómetro](#). La historia cuenta que, antiguamente, los comerciantes las traían de Arabia como preciados [talismanes](#) para bendecir sus casas y negocios.

Iris: En el caso de las flores iris azules, significa buenas noticias. Las iris blancas son una buena forma de dar esperanza, y el iris común ayuda con elementos de elevación del espíritu.

Rosa: El significado de las rosas es, en general, el del amor, pero dependiendo del color de la flor, este puede variar. Por ejemplo, las amarillas representan la envidia y por eso no se recomiendan para obsequiar. En el caso de las blancas es inocencia, las rojas son pasión y las rosadas felicidad.

Hippomane: Una de las plantas más peligrosas del mundo. Tocar el tronco ocasiona graves quemaduras, comer los frutos conlleva una intoxicación mortal, e incluso quemar su madera produce un humo tóxico. En caso de lluvia, tampoco es conveniente resguardarse bajo el árbol, ya que el agua que se escurre por las hojas se convierte en una lluvia ácida como si cayera ácido clorhídrico.

Gayuba: Logra la paz del matrimonio en situaciones difíciles. Ayuda en las depresiones.

Ginkgo: Es un símbolo de unidad de los opuestos. Es poseedor de un poder milagroso, portador de esperanza y del pasado, un símbolo de amor.

Meyenii: Aumentan la [fertilidad](#). Mejoran las capacidades físicas y mentales.

Reishi: El hongo de la eterna juventud. Promueve la longevidad y mantiene la vitalidad del cuerpo. Es catalogado en sus orígenes como el «alimento que cura» y «seta de la inmortalidad» por sus propiedades terapéuticas.

Echinácea: Se puede utilizar para tratar cualquier enfermedad, desde un resfriado común al cáncer.

Beleño: Ha formado parte durante muchos siglos de los ingredientes para realizar pócimas. Las brujas lo usaban durante la Edad Media para confeccionar líquidos con los que cautivar a sus amantes.

Acacia: La fragancia de la acacia nos transporta a algún lugar entre los mundos del sueño y la realidad. Aclara la confusión, ayuda en los desórdenes del sueño. Estimula la imaginación, despierta el pensamiento artístico.

Peyote: Para el científico, crea alucinaciones, pero para los brujos es la apertura de un portal hacia otra dimensión.

Khat: Genera irritabilidad, agitación, pérdida del apetito e insomnio, y provoca además trastornos dentales, intestinales y mentales.

Biografía



Gema Tacón nació en Cádiz, en 1981. Estudió en el Liceo Sagrado Corazón. Actualmente es propietaria de la cafetería biblioteca La Buhardilla y es una de las promotoras de la cultura en San Fernando, Cádiz. Es una fiel creedora de que no hay metas a las que no se puedan llegar. Luchadora, creativa e incansable serían algunos de sus atributos más notorios.

La primera novela de la saga La Reina de las Sombras, *Escondida*, representa su debut en el mundo literario, siendo esta la primera de una trilogía fantástica juvenil ilustrada.

La siguiente que vio la luz fue *Vencida*, segundo libro de la saga La Reina de las Sombras.

En 2017 saldrá el tercero y último de esta saga: *Condenada*.

Ha cambiado de género con su tercera novela publicada, adentrándose en el mundo de la novela *chick lit* con el libro *¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices?*, siendo el primero de una bilogía.

Y, por último, en julio de 2017 publicó *El último Susurro*, una novela de género *grip lit*, que nada tiene que ver con lo que había escrito hasta ahora.

Agradecimientos

Toda novela que se precie debería ser sacada del corazón del escritor y estar llena de originalidad y pasión. Para ello, es necesario muchas veces la labor externa del lector cero que nos regañe cuando la liamos y nos dé su humilde opinión. Las críticas sirven para aprender y superarse.

En cada libro que escribo cuento con mis pequeños duendes a los que no me puedo saltar en estas líneas.

Me gustaría dar las gracias a un lector cero muy especial de tan solo catorce añitos y fiel devorador de mis aventuras. Javier Perriñán, es todo un honor tenerte entre mis seguidores.

A mis lectoras cero de fantástica Carolina Galobardas Pérez, Eva Saura, María José González y Sonia Fernández. Me encanta cuando me reñís por matar personajes. Estoy segura de que, sin vuestros consejos, esta novela no sería espectacular.

A mi paciente correctora Caro Santana. Gracias por colarme esta novela — ahora que no se entera nadie— para poder entregarla a tiempo. Eres un solete. Hemos corrido, ¿eh?

Y como siempre, tengo que agradecer a mi hija y a mi familia, que me motivan día tras día para que no desista y siga viviendo prácticamente delante de una pantalla de ordenador. Os quiero.

^[1] Adjetivo calificativo insultante que califica a la persona a la que se refiere como alelado, pánfilo, corto, simple.

^[2] El athame es una daga ceremonial utilizada en la Wicca.

^[3] Cuchillo de mango blanco o bolline se utiliza para realizar cortes; es decir, cortar hierbas, ramas o los materiales que sean empleados en un ritual mágico.

^[4] Nombre técnico para designar el pie de un hongo.

^[5] Las hadas de fuego son también conocidas como salamandras.

^[6] Es un mineral con capacidades [piroeléctricas](#) y [piezoeléctricas](#).

Table of Contents

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo 17](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)